



SS

**SERVICIO
SECRETO**

KENT MILLER

**LA TELA
DE ARAÑA**

LA TELA DE ARAÑA



KENT MILLER

La tela de araña

1.ª EDICION
SEPBRE-1951

EDITORIAL  **BRUGUERA**
Proyecto, 2-T. 254463 BARCELONA (6)



LA TELA DE ARAÑA

por KENT MILLER.

I

El «Pensacola» era un bonito paquebote de ocho mil toneladas. En sus buenos tiempos desarrollaba sus dieciocho nudos, costeando la zona comprendida entre Tampa, Nueva Orleans y Galveston. Entonces, el «Pensacola» tenía sus costados pintados de blanco, y sus chimeneas lucían franjas en azul sobre las que destacaban las iniciales de la compañía propietaria. Era la época anterior al ataque a Pearl Harbour, cuando sobre su cubierta apiñábanse viajeros que venían del norte, ávidos de conocer las tierras del sur y solazarse bajo la caricia ardiente del sol de Florida, Texas y Louisiana.

Ahora, transcurridos cinco largos años de aquellos cruceros de placer, el «Pensacola» no era ni una sombra de lo que siempre fue. Grandes y sucios manchones llenaban su casco y chimeneas. Sobre la cubierta sólo podían verse hombres de sombría mirada, que hablaban recelosos, reflejando sus semblantes una intensa preocupación. Finalmente, las costas luminosas del Golfo de Méjico habían sido substituidas por las grises y brumosas del sur de Gales. El «Pensacola» acababa de enfilarse la entrada al Canal de Bristol, y dentro de poco se hallaría a la vista de Swansea.

Apoyado en la borda del barco, Wade Shendell miraba hacia el frente, sin ver otra cosa que una muralla de espesa niebla que desde hacía un par de horas los envolvía inexorablemente. Parecían encontrarse solos en la inmensidad del Océano. Sin embargo, Shendell sabía que alrededor del «Pensacola» había medio centenar de barcos de todas clases conduciendo tropas, pertrechos y considerables cantidades de material con destino a las Fuerzas Norteamericanas destacadas en Gran Bretaña. Tampoco ignoraba el muchacho que un enjambre de destructores les daba escolta, yendo de un lado para otro, alerta los equipos de detección en su esfuerzo por prevenir cualquier ataque de los submarinos enemigos que rondaban aquellas costas.

Luego, a medida que el día iba declinando, comenzaron a observarse señales de estar llegando el convoy al término de su viaje. Las patrullas de la vigilancia costera se hicieron visibles, la niebla pareció disiparse, y con ello fue posible distinguir las siluetas de otros navíos y la masa oscura de la costa cercana. Más tarde, Shendell observó que a su izquierda eran ya visibles las construcciones del puerto.

Wade Shendell sabía que en aquellos momentos se estaban dando por radio las órdenes señalando a cada buque el lugar donde debía atracar. Separóse de la borda, y marchó a donde estaban los dormitorios de la marinería. Allí terminó de ordenar sus cosas, arregló su equipaje y se encaminó al camarote del capitán.

A su llamada, un hombre de unos cincuenta años, vestido de uniforme, apareció en el umbral.

—Buenas tardes, capitán —saludó Shendell—. He venido para despedirme.

El capitán miróle por unos instantes. Hízose a un lado, y con un gesto de cabeza invitó a entrar.

—Pase usted, Shendell.

El joven no se hizo repetir la invitación. Entró en el camarote y quedóse en el centro del departamento, mirando a la puerta.

—Siéntese, Shendell —siguió el marino—. Haga el favor.

Tomó asiento en el butacón que le señalaba el capitán, quien, a su vez, hizo lo propio frente a él.

—He observado que el barco atracará de un momento a otro —dijo Shendell mirando atentamente a su interlocutor—. Hemos perdido ya mucho tiempo en desviarnos de la ruta, y debo saltar a tierra cuanto antes.

—Lo comprendo, Shendell. He estado pensando en ello, y ya lo tengo todo dispuesto para que nadie pueda ponerle el menor impedimento. Sus papeles están en regla, y figura como marinero del «Pensacola» con un permiso de ocho días.

—Gracias, capitán.

El marino esbozó un gesto evasivo con su mano derecha.

—No tiene nada que agradecerme, Shendell. Me limito a cumplir las órdenes que a la salida de Nueva York recibí de mis superiores. Si, hasta ahora, usted realizó los trabajos propios de la tripulación ha sido porque así se me indicó. Espero que tendrían sus buenas

razones.

—Era preciso que así fuera —indicó Shendell, inexpresivo.

El capitán fue hasta su mesa de trabajo, y de uno de los cajones sacó un sobre que entregó al muchacho.

—Ahí dentro está todo lo que me dieron para usted. Buena suerte, Shendell.

Shendell estrechó la mano que le tendía el marino, y salió del camarote. Fue en busca de su equipaje, y volvió a la cubierta. El barco estaba acercándose al muelle, y algunos hombres esperaban para ayudarle a realizar la maniobra.

En el momento de tender la pasarela, uno de los oficiales se le acercó.

—El capitán me ha ordenado que lo acompañe hasta la salida del muelle —le dijo—. Podrían ponerle algún impedimento.

—Está bien.

Unos minutos más tarde, pisaban suelo británico. Unos oficiales de la vigilancia especial, parecían aguardar a que desembarcaran.

El oficial del «Pensacola» se acercó a ellos, y les mostró un documento que llevaba en la mano.

—El marinero Wade Shendell —les dijo— debe presentarse inmediatamente en nuestra embajada en Londres. Tiene un permiso especial, avalado por el consulado inglés de Nueva York.

Uno de los oficiales tomó el papel, y lo examinó atentamente. Luego escribió en él unas palabras, estampando un sello, y lo devolvió al oficial.

—Perfectamente —repuso, saludando—. Puede marchar.

El marino estrechó la mano a Shendell.

—Buen viaje, Shendell —le dijo.

—Adiós, teniente Briddey.

Shendell tomó su saco de marinero y se alejó del muelle. Media hora más tarde, abandonaba la ciudad en un tren que le conducía a Londres.

A primeras horas de la madrugada llegó a la capital. Inmediatamente entró en la cabina telefónica de la estación, y marcó un número que llevaba anotado. No tardó en contestarle una voz recia y autoritaria.

—Acabo de desembarcar —manifestó Shendell—. A un marino no le es fácil encontrar alojamiento.

—¿A qué hora desembarcó? —preguntó el desconocido.

—A las cinco cuarenta.

—En tal caso, lleva un retraso de... ocho horas y... veinticinco minutos. ¿No es así?

Shendell hizo un ligero cálculo. Ello le convenció de que al otro extremo del hilo estaba la persona con la que debía encontrarse.

—Exacto —convino—. ¿A dónde debo dirigirme?

—Diríjase a Newington. En el número 48 de

St. George's

Road. Pregunte por Samuel Hepple. Le estoy aguardando.

No le fue difícil encontrar un taxi disponible. Subió a él, y le dio la dirección del misterioso enlace, y poco después corría el vehículo por las oscuras calles de la capital británica.

Ante el número 48 de la citada calle detúvose el automóvil, y Shendell se apeó. Del portal que había enfrente destacóse una sombra, que se acercó a él.

—Me llamo Samuel Hepple —declaró, sin esperar a que Shendell terminara de pagar al conductor—. Venga conmigo.

Shendell observólo atentamente. Tratábase de un hombre de unos cuarenta y cinco años. Vestía un oscuro gabán, y se cubría con un sombrero gris de ala caída.

—Bien —dijo Shendell, recogiendo el cambio que le entregaban en aquel momento—. Creí que éste era su domicilio.

Tomó el saco de viaje y echó a andar junto al desconocido.

—Yo no vivo en Londres —indicó Hepple—. Tampoco mi nombre es Hepple, pero se me indicó que lo usara hasta que ya no fuera necesario. Tengo a mi cargo la sección de asesorar al mayor Canthrup.

—¿Qué misión realiza el mayor Canthrup?

El otro se encogió de hombros.

—Eso ya se lo explicará él mismo. Yo sólo debía recogerle y conducirlo al campamento número 56. Es allí donde se concentran las fuerzas de su país.

Shendell advirtió el acento extranjero de la persona que le acompañaba y prefirió no seguir preguntando.

Doblaron la primera esquina que encontraron, y a los pocos pasos el tal Hepple se detuvo frente a la puerta metálica de un almacén. Sacó una llave, la introdujo en la cerradura, y corrió el

enrejado.

Cinco minutos más tarde, sacaba de allí un coche, en el que invitó a subir a su acompañante.

—El campamento está a ciento veinte millas de aquí —explícole, mientras enfilaba New Kent Road—. Si no hay contratiempo, podemos estar muy bien en él tan pronto como amanezca. Contaba con haber cenado allí, pero el retraso del barco...

—Esta clase de viajes no pueden sujetarse a ningún horario.

—Desde luego —repuso Hepple, rápidamente—. No irá a creer que le reproche eso...

—No —sonrió Shendell—. Desde luego que no.

Unas cinco millas antes de alcanzar el emplazamiento del campamento, apareció ante ellos la costa oriental. Estaba amaneciendo, y una fresca brisa barría las brumas que hasta entonces encontraran en su camino. Por dos veces tuvieron que detenerse para identificarse en los puestos del control. El último de ellos estaba constituido por soldados norteamericanos, y ello demostró a Shendell que estaban llegando al campamento 56.

Atravesaron una aldea, cuyos habitantes dormían aún tranquilamente, y al poco rato aparecía ante ellos una aglomeración de barracones, cuidadosamente emplazados. Ante uno de ellos detuvo Hepple su automóvil. Hizo ademán a Shendell de que lo siguiera, y ambos hombres entraron en las construcciones.

Un oficial de las Fuerzas Aéreas les salió al paso.

—¿Se levantó ya el mayor? —preguntó Hepple.

—¿Es usted la persona que aguarda? —inquirió, a su vez, el oficial, dirigiéndole al muchacho.

—Sí —contestó Hepple—. Desembarcó anoche en Swansea. Hemos hecho el viaje juntos desde Londres.

—El mayor Canthrup ha dejado dispuesto que se aloje en una habitación que se le ha preparado. Posiblemente, sentirá necesidad de descanso.

—Gracias —respondió Shendell—. ¿Debo quedarme aquí mismo?

—Venga conmigo. Yo le acompañaré.

Hepple le tendió su diestra.

—Bien, amigo. Hasta luego. Me estoy cayendo de sueño, y aprovecharé estas horas para recuperar lo perdido.

Shendell siguió al oficial acompañándolo hasta un modesto departamento confortablemente amueblado.

—Ésta es su habitación, señor —díjole el militar—. Puede descansar hasta las nueve. Si algo necesita, ahí fuera encontrará quien le atienda.

El oficial salió del cuarto, y Shendell quedó solo. Procedió a lavarse, metiéndose luego en la cama.

Unos golpes en la puerta le despertaron. Incorporóse, y abrió. Era un soldado que venía a comunicarle que el mayor Canthrup le recibiría dentro de media hora en su despacho.

El mismo soldado le acompañó. Cruzaron por entre los barracones, hasta un sencillo edificio rodeado de un pequeño jardín. Allí, en una habitación del primer piso, el mayor Canthrup tenía su despacho. Desde aquel lugar, Franklin Canthrup dirigía y manejaba los hilos de la intrincada trama de la guerra oculta. De aquella habitación salían las órdenes destinadas a los agentes que Canthrup tenía diseminados por toda la zona comprendida entre la Bretaña y el Zuiderzee, y entre sus cuatro muros eran descifrados los misteriosos e inexpresivos mensajes que desde el otro lado del canal se recibían por los equipos que se mantenían en constante alerta.

Al entrar en el despacho, Shendell vio a un hombre de unos cincuenta años, alto, musculoso, de rostro bronceado y cabello negro y ligeramente revuelto, que adelantóse a su encuentro, tendiéndole la diestra.

—Bienvenido, Shendell —saludóle, sonriente—. ¿Ha tenido buen viaje?

—Hubiera podido ser peor, mayor Canthrup —correspondió el joven, estrechando la mano del militar—. Lo importante es que estoy aquí, tal como usted deseaba. ¿No es así?

Canthrup lo miró fijamente, escrutando el semblante de su interlocutor. Parecía querer estudiarlo a fondo, antes de entrar de lleno en el planteamiento de la cuestión que le moviera a dar aquel paso.

—Exacto —repuso—. Necesitaba de una persona como usted. Ha llegado en un momento que... ¡Oh, Shendell! Perdone que le tenga de pie. Siéntese, por favor.

Sentóse en el sillón que le ofrecía Canthrup, haciéndolo este frente al muchacho. Tomó una caja de cigarrillos, alargándola a su

visitante.

—Gracias —dijo tomando uno—. ¿Le dijeron mi nombre?

—Gilford me habló de usted en una de sus cartas. Le pedía ayuda, y me indicó que tal vez la única persona que podría hacerlo era usted: Wade Shendell. Se llama Wade, ¿no es cierto?

Asintió Shendell, con un ligero movimiento de cabeza.

—Sin duda estará por completo ignorante de los motivos por los que se encuentra aquí.

—Así es. El inspector Gilford me preguntó si tendría inconveniente de venir a Europa para desempeñar una delicada misión. No podía ofrecerme ningún detalle, pero al saber que se trataba de un servicio a la causa aliada, no titubeé en aceptar.

—¿Sabe alguien que vino a Inglaterra?

—Mis amigos creen que me encuentro en el Oeste. Gilford me recomendó la conveniencia de no dar a conocer mis propósitos.

—Sí... yo se lo dije. Aunque, en realidad, no importa gran cosa. Lo esencial es que haya venido. No es propiamente un asunto del F. B. I.,

el que nos preocupa, pero su importancia es tan vital para nuestras armas, que ello me indujo a pedir ayuda a Gilford. Ustedes, en el F. B. I.,

disponen de personas capacitadas para las empresas más difíciles y arriesgadas. Después de recurrir a todos los medios a mi alcance, me convencí de que si alguien podía ofrecerme esa ayuda se encontraría, sin duda alguna, entre sus componentes.

Quedóse mirando a Shendell, como esperando su asentimiento, pero el muchacho seguía observándolo sin pestañear.

—Bien, Shendell —continuó Canthrup, tras una breve pausa—. Ahora que ya sabe por qué se encuentra aquí, ¿está dispuesto a ayudarnos?

—No me ha dicho aun de qué se trata.

—Tiene razón, Shendell —sonrió el mayor—. Sentiría que me creyese desconfiado. Pero nada hay más lejos de la realidad —dio una larga chupada a su cigarrillo, y, de pronto, dijo—: ¿Estaría dispuesto a marchar al Continente?

Los labios de Shendell distendiéronse en una leve sonrisa.

—Lo esperaba —dijo.

—¿Sí?

—Lógicamente, cabía suponer que no iba a investigar cualquier caso en el propio suelo británico. Desde el primer momento, sospeché que había que ir a Europa.

—Pues no se ha engañado. Tenemos precisión de enviar una persona de absoluta confianza... En estos últimos meses hemos lanzado sobre Francia, Holanda y Bélgica numerosos agentes encargados de las más diversas misiones. De algunos de ellos, sospechamos que sucumbieron, pero hay otros que nos envían regularmente sus mensajes. Están cifrados, y nos llegan acompañados de la contraseña convenida. Contienen indicaciones precisas y singularmente valiosas... en el caso de que sean ciertas.

Shendell entornó los ojos, intrigado.

—¿Que sean ciertas? —repitió—. ¿Qué significado da a sus palabras, mayor Canthrup?

—El que tienen. Sin embargo, me explicaré mejor. Temo, Shendell, que los mensajes que se nos envían lleven el visado del enemigo.

—Eso significaría que sus hombres...

—Se encontrarán prisioneros de los alemanes —terminó Canthrup, fríamente—. Es la explicación más adecuada que he podido encontrar a lo que ocurre. Hasta el momento, ninguna de sus revelaciones ha podido sernos de la menor utilidad. Tampoco se ha dado el caso de que ninguno de ellos consiguiera regresar a Inglaterra. ¿Se da cuenta de que mi situación es bastante más delicada de lo que parece?

—Creo que le comprendo —repuso Shendell—. Y lo que usted desea de mí es que vaya al Continente y averigüe lo que allí sucede. ¿No es eso?

—Exactamente, Shendell. Usted aquí no es conocido. Saldría sin que nadie se apercibiera de ello y pudiera así avisar al enemigo. Sólo le acompañaría un operador, provisto de un transmisor portátil.

—Sería lo suficiente.

—No quiero ocultarle el riesgo que habrá de correr en territorio ocupado por el enemigo. Cualquier paso en falso, significará la muerte.

—Lo mismo que en Nueva York y Chicago.

—Probablemente, no tendrá la menor oportunidad de volver a

Inglaterra.

—Sin embargo, no dejaré, por ello, de intentarlo.

El militar recostóse en su asiento, llevóse el cigarrillo a los labios y expelió una larga bocanada de humo.

—Esperaba eso de usted, Shendell. ¿Cuándo quiere salir para el Continente?

—Cuanto antes empiece mi trabajo, mucho mejor —contestó el joven—. La inactividad y la espera terminan por deshacer mis nervios.

—¿Le parece... esta misma noche?

—Lo prefiero.

Canthrup se puso en pie y dando la vuelta alrededor de la mesa abrió uno de sus cajones, del que extrajo un manojo de llaves. Marchó hacia la pared del fondo. Separó un tapiz, y apareció una caja fuerte empotrada en el muro.

Instantes después regresaba llevando una cartera. Dejándola encima de la mesa, extrajo de ella unos papeles. Examinólos atentamente, y separó tres de los mismos.

—Es preciso que aprenda ciertos datos de memoria —dijo—. Se refieren a los nombres de nuestros principales agentes y de quienes pueden ayudarle en su misión. También habrá que estudiar el plano del sitio donde llevará a cabo sus pesquisas. Los detalles más importantes, los recibirá cuando se halle en pleno vuelo.

—Perfectamente, mayor. ¿Puedo llevarlos conmigo hasta esta tarde?

—Desde luego, Shendell. Sólo le ruego que no tome la menor nota que luego pudiera orientar al enemigo en el caso de caer en sus manos.

—Lo tendré en cuenta —sonrió Shendell, comprendiendo.

Despidióse del mayor y regresó a su aposento. Allí permaneció hasta la hora del almuerzo.

A media tarde volvió al despacho de Franklin Canthrup. Lo halló en compañía de Samuel Hepple.

—Conoció ya a Samuel Hepple, aunque nadie se lo haya presentado —habló Canthrup, invitándole a aproximarse—. Prefiero ser yo mismo quien lo haga, ya que, de lo contrario, el conocimiento sería incompleto.

Shendell estrechó la mano a los dos hombres y sentóse donde le

indicó Canthrup.

—He estado hablando a Hepple de usted, Shendell —comenzó el mayor—. Era necesario que supiera sus magníficas cualidades. En justa correspondencia debo manifestarle que Samuel Hepple es el capitán Zierbahn, del Ejército de Holanda. Desde Dunkerque, presta sus servicios en nuestro Estado Mayor, habiendo planeado importantes operaciones de gran alcance estratégico. Él se encargará de dar las últimas orientaciones a sus proyectos en territorio enemigo.

Shendell devolvió al mayor Canthrup los documentos que le facilitara aquella mañana. El militar desdobló el plano sobre la mesa, al tiempo que hacía una seña a los dos hombres para que se acercaran.

—Desde hace algún tiempo —explicó Canthrup—, todos nuestros esfuerzos y nuestra atención se concentran en el suelo holandés. Muchos de los hombres lanzados sobre Francia y Bélgica morían apenas llegaban a tierra. Las condiciones del suelo resultaban sumamente peligrosas para descender en la obscuridad y sin ayuda de ninguna clase. Se estrellaban irremisiblemente, y los que no morían, quedaban en tal estado que de poco les servía haber alcanzado su objetivo inmediato. Ello decidió al Alto Mando a escoger como campo de sus operaciones el suelo de Holanda.

Canthrup señaló un punto en el mapa, y prosiguió:

—En la zona comprendida entre el Regge, y el Issel, lanzamos hace quince días a tres de nuestros hombres: el sargento Jackson y los soldados Brently y Mac Albeith. Brently iba encargado del radioemisor, y los tres tenían por misión investigar qué se había hecho de nuestros quince agentes desparramados por todo el sector comprendido entre la costa y la frontera alemana. A las veinticuatro horas recibíamos el primer mensaje. Habían tomado tierra sin el menor tropiezo, y se dirigían hacia el oeste para unirse a sus compatriotas. Tres días más tarde, llegó el nuevo mensaje. Se había establecido contacto con dos de nuestros puestos de observación. La cosa iba bien, superándose todas las dificultades previstas. A partir de entonces, hemos estado en continua comunicación con el grupo de Jackson. Sin embargo, algunos indicios nos hacen sospechar que ya no es Brently quien lanza sus llamadas al espacio.

—¿Acaso... los alemanes?

—Eso es lo que a usted corresponde averiguar, Shendell —declaró Canthrup, con voz apagada—. Comprenda que estamos jugando a ciegas, y que no podemos continuar facilitando al enemigo unos triunfos que se vuelven contra nosotros.

Shendell inclinóse sobre el mapa, y estuvo examinando el lugar indicado por el mayor.

—De modo que, según sus cálculos, Jackson debe encontrarse por esa zona. Norman y Kirze, por ahí. Jeffrey y Bronson, al oeste de Rijssen, y el teniente Becker y Murray, en las inmediaciones de Doesborgh.

Fue señalando con el dedo los lugares mencionados, aguardando luego la conformidad del militar. Sin embargo, fue el propio Hepple quien respondió.

—Ésa es la posible situación de nuestros agentes —dijo—. Usted, Shendell, tendrá a su cargo la misión de buscar a Jackson y averiguar lo que está ocurriendo. No es una misión muy propia de un inspector del «Federal Bureau of Investigation» —añadió, sonriendo—, pero no es menos cierto que se trata de un hecho que puede tener gravísimas e incalculables consecuencias para la seguridad e integridad de los Estados Unidos de América, y por tal concepto, sus superiores accedieron al requerimiento de que un miembro de tan prestigioso organismo fuera quien investigase una cuestión de tal alcance y trascendencia.

—Es una expresión exacta, Hepple —asintió Canthrup. Y dirigiéndose a Shendell, prosiguió—: Según los últimos informes, Jackson se encuentra en las inmediaciones de Deventer, sobre el Issel. Comprendo que será una labor ímproba para usted, Shendell. Gilford informó que habla bien el francés y el alemán, y que tiene bastantes conocimientos del idioma holandés. Posiblemente, ello haya influido en su decisión, aunque no tanto como sus excepcionales dotes para resolver las más difíciles cuestiones.

Shendell pasó por alto los elogios que ambos hombres le dedicaban, y decidió discutir plenamente la cuestión.

—¿Habrá que ir solo?

—Le acompañará un soldado con equipo radioemisor.

—¿Puedo conocerlo?

—No lo he designado aun —explicó Canthrup—. Pensaba presentárselos, y dejar a su elección el hombre que lo acompañará.

—Bien. En este caso, creo que lo mejor será irlo disponiendo todo. ¿Quiere llevarme a ver a los radiotelegrafistas disponibles?

Canthrup llamó a uno de sus oficiales, y le dio una orden. Shendell fue acompañado hasta un barracón, donde varios jóvenes se entretenían jugando o leyendo.

—Esos tres que hay en aquella mesa, lo son —indicóle su acompañante—. Y también el joven rubio que escribe junto a la ventana. Además, tiene a Thompson, que es el que se está abrochando la guerrera, y a Hickman, el pelirrojo de los solitarios.

—Ése me gusta —decidió Shendell—. Parece un muchacho inteligente.

—¿Se refiere a Hickman?

—Sí. Eso es.

—Está bien, señor. Se lo diré al mayor.

Regresaron al despacho del mayor Canthrup, dándole el oficial cuenta de lo acordado.

—Perfectamente —dijo Canthrup—. Esta noche le daré las últimas instrucciones.

II

El zumbido de los motores era el único ruido qué desde hacía media hora escuchábase en el interior del avión. Los tres hombres de la tripulación inclinábanse, inmóviles, sobre los instrumentos de a bordo. Hacía diez minutos habían cruzado la línea de la costa, y volaban ya sobre territorio ocupado. La obscuridad era intensa, y nada podía orientarles como no fueran las indicaciones de los aparatos de precisión.

Wade Shendell había desplegado sobre sus rodillas los papeles que al partir le diera Canthrup. Consistían éstos en un plano de la región sobre la que iban a descender, y una nota conteniendo los datos precisos para facilitar su labor. A pesar de que Shendell habíaselos aprendido de memoria, repasólos una vez más para cerciorarse de que no había olvidado ningún detalle.

Sabía que el terreno donde iba a descender era una pequeña depresión situada en el centro de una serie de colinas de poca elevación. A un par de millas, hacia el sur, se encontraba el río. En dirección oeste estaba la aldea de Haaremond, y en ella se juntaban las carreteras que conducían a Deventer. En esta ciudad se encontraba la única persona de absoluta confianza de Canthrup. Tratábase del dueño de una frutería situada en la Wilhelmplatz. Había facilitado la huida de algunos elementos perseguidos por los ocupantes, y todos coincidían en considerarlo como absolutamente adicto a la causa de los aliados. Llamábase Kleim, y vivía en compañía de su madre, una anciana casi ciega y paralítica.

Shendell echó una última ojeada al plano, y luego encendió un fósforo, prendiéndole fuego. Desde el butacón opuesto, Hickman quedósele mirando, soñolienta la expresión de sus ojos a causa del tiempo que había estado dormitando.

—¿Quemando las naves, Shendell? —preguntó.

—Cuanto más ligeros vayamos, tanto mejor —repuso, sonriendo

—. ¿Diste el salto alguna vez, antes de ahora?

—Sólo una vez, en Flandes. Volamos unos depósitos de municiones cerca de Ypres. Escapamos por Francia, y llegamos aquí atravesando el canal en una pequeña embarcación. Fue la aventura más emocionante de mi vida.

Shendell se levantó, y fue hasta donde estaban los pilotos del aparato.

—¿Falta todavía mucho para llegar? —preguntó.

—Estamos volando sobre la zona de Utrecht. Deberán irse preparando para estar dispuestos dentro de diez minutos.

Entonces vio Shendell la carta que los tres hombres estaban estudiando. En ella se señalaba el lugar donde debía efectuarse el descenso, mediante un círculo en tinta roja.

—Al llegar, daremos una vuelta hasta distinguir las tres luces verdes que encenderán los «resistentes» —habló el observador, volviéndose hacia el inspector.

—Esta vez no habrá luces verdes ni nadie ha sido avisado de nuestra llegada —declaró Shendell, tranquilamente.

Los tres hombres se le quedaron mirando, asombrados.

—¿De modo que se lanzarán a la ventura?

—Así es. Sin embargo, es preciso que al encontrarse sobre el lugar elegido, el aparato se desvíe hacia el sur. El salto lo daremos casi inmediatamente, aunque unas dos millas alejados del sitio marcado con el círculo rojo.

El piloto movió la cabeza, asintiendo.

—Le daré la señal tal como desea, inspector.

—Sin embargo, no es eso todo. No bien hayamos abandonado el avión, virarán volviendo al lugar primitivo. Lanzarán una bengala, y una vez extinguido el resplandor lanzarán los dos fardos que tengo preparados ahí detrás.

—Ya entiendo —repuso el piloto.

Shendell volvió junto a Hickman, y ambos hombres comenzaron a disponerlo todo para dar el salto. El inspector ciñóse fuertemente el ametrallador ligero, de escaso peso y volumen, especialmente diseñado para ocasiones como aquélla. Luego dejó dispuestos los dos fardos, sujetos a los correspondientes paracaídas. Ayudó a Hickman a colocarse a la espalda la mochila con el equipo radioemisor y volvió de nuevo junto a los pilotos.

—Estaremos llegando.

—Vamos a sobrevolar la zona elegida. ¿Quiere echar una ojeada?

Uno de los tripulantes corrió la puerta, y miró hacia el abismo que se abría a sus pies. Shendell colocóse a su lado, e hizo lo mismo. La obscuridad era absoluta, y ni una sola luz taladraba las tinieblas. Únicamente hacia el este distinguíanse los haces de un puesto de la defensa contra aeronaves, rebuscando en la noche.

—¡Vire ya al sur! —gritóle Shendell. Y seguidamente hizo una seña a Hickman para que se le acercarse—. ¡Colócate detrás de mí!

—¡Nueva ruta! —gritó el piloto, levantando una mano—. ¡Cinco mil pies!

Shendell consultó su reloj. Dejó que la aguja del minuterero diera una vuelta completa. Tanteó las correas del paracaídas, y levantó un brazo.

—¡Hasta la vista, muchachos!

—¡Suerte, inspector! —gritóle el piloto.

Apoyóse en el borde del saliente, y saltó al vacío. Mientras bajaba sintió el viento silbar en sus oídos. Casi inmediatamente, un fuerte tirón en los brazos le dio a entender que el paracaídas acababa de abrirse.

Asióse fuertemente a las cuerdas, y miró hacia abajo, tratando de atravesar aquel muro de tinieblas.

De pronto vio una masa obscura elevarse hacia él. Comprendió que se trataba de un grupo de árboles y que iba a llegar a tierra. Abrió las piernas, y trató de flexionarlas para reducir el golpe. Inmediatamente se puso en pie y con sin igual maestría cortó las cuerdas que le sujetaban.

Mientras recogía y plegaba la tela, trató de distinguir el paracaídas de Hickman, pero en aquel instante la bengala lanzada por el avión permitióle descubrir a su compañero a punto de tomar tierra a unas cien yardas más abajo.

Escondió entre unos matorrales el paracaídas plegado, y echó a correr en dirección del lugar donde había ido a parar Hickman. Al estar más cerca, oyó alejarse el avión en dirección del mar. Indudablemente habrían lanzado los dos fardos sobre el pequeño valle que le indicara Canthrup. Nadie, sino los tripulantes del avión, conocía en aquellos momentos el lugar de su lanzamiento. Pudiera

muy bien ser que sus sospechas carecieran de fundamento, y que en aquellos momentos nadie se encontrara esperando los dos fardos simulando los cuerpos de dos agentes, pero también cabía la posibilidad de que el servicio de espionaje enemigo hubiera transmitido el emplazamiento elegido. Y en este caso...

No tardó en encontrar a Hickman. Ayudóle a librarse del paracaídas y a ocultarlo tal como hiciera con el suyo.

—Debemos marchar sin pérdida de tiempo —habló, sin levantar demasiado la voz—. Haaremond no puede estar lejos de aquí.

—No me gusta esta quietud. Prefiero mil veces el barullo de la pelea.

Shendell inclinóse hasta quedar casi de bruces sobre el suelo. Sacó la brújula de esfera luminosa, y junto a ella desdobló el plano reducido, copia del que le mostrara Canthrup. Apretó el botón de su linterna de bolsillo, y durante breves segundos estuvo examinando el papel. Luego lo redujo a minúsculos pedacitos, terminando por enterrarlos.

—Iremos hacia allá —dijo a Hickman, que lo observaba en silencio.

Emprendieron la marcha, cruzando algunas tierras de labor y buscando los lugares donde la vegetación, escasa allí, podía ofrecerles alguna probabilidad de pasar desapercibidos.

Por dos veces les salió al paso la sombría silueta de una rústica edificación. No había la menor señal de luz en las ventanas, y prefirieron evitarlas.

A la media hora de marcha llegaron a una carretera. Tuvieron conocimiento de su proximidad mucho antes de distinguir la blanquecina cinta serpenteando entre los campos. Un automóvil se acercaba, procedente del este, turbando la apacible quietud de la noche.

—Me dan ganas de detenerlo y pedirle que nos lleve a esa aldea —sugirió Hickman, apoyándose en el tronco de un árbol.

—Lo más probable es que vaya ocupado por soldados alemanes. A estas horas son muy escasos los vehículos civiles que poseen permiso de circulación.

Dejaron pasar el coche, y continuaron hacia la carretera. Sin embargo, una vez en ella tuvieron buen cuidado de mantenerse a prudencial distancia, para evitar ser descubiertos. Cruzaron unos

canalillos de riego, y sortearon de nuevo el obstáculo de una granja.

De pronto, Shendell se detuvo y sujetó a su compañero de un brazo, fuertemente.

—¿Qué ocurre? —preguntó éste, alarmado.

—Hay alguien junto al puente, entre los arbolillos de la orilla —susurró Shendell, a su oído—. Ha visto el resplandor de un cigarro.

Con la mirada fija en aquella dirección, permanecieron los dos hombres algún tiempo. Al fin, brilló de nuevo la lucecita rojiza.

—Es cierto —habló Hickman—. ¿Crees que puedan ser soldados alemanes?

—Casi seguro. Tenemos que retroceder hacia el bosque.

Desandaron un corto trecho, y se adentraron en la espesura de un grupo de chopos. Dando un largo rodeo, fueron a salir a la misma carretera, a cosa de una media milla más lejos.

—Se acerca otro automóvil —observó Shendell, deteniéndose—. Aguardaremos a que pase.

Pero aquella vez el vehículo se detuvo no lejos de allí. Unas sombras surgieron a ambos lados de la pista, rodeándolo.

—Está infestado de soldados —dijo Shendell, malhumorado—. Ya no cabe duda que estaban esperando nuestra llegada. De haber descendido en el sitio previsto...

Un silbato sonó hacia la derecha. Los soldados separáronse del coche, y echaron a correr en aquella dirección. Casi inmediatamente, a espaldas de los dos hombres, escucháronse furiosos ladridos.

—¡Llevan perros policías, y nos han olfateado! —exclamó Hickman, intentando retroceder en busca del refugio del bosque.

—¡Ahí nos cazarían como a conejos! —Contúvole Shendell, sujetándolo del brazo—. ¡Vamos a la carretera!

—¿A la carretera? ¿No has visto a éstos, vigilándola? Además, el coche...

—¡Sígueme y procura no alborotar! —exigió Shendell—. Si hubieras estado en el

F. B. I.,

sabrías que la audacia es una de las mejores cartas a jugar contra el hampa. Y aquí no iba, por ello, a ser distinto.

Procurando no mostrarse demasiado ostensiblemente a los que vigilaban aquella parte, los dos hombres se aproximaron al

vehículo. Empuñaban sendas «Stengun», las pequeñas pistolas ametralladoras, eficaces y muy apropiadas para ocasiones como las que atravesaban.

Desde muy corta distancia distinguieron la silueta del conductor, sentado al volante. Acababa de guardar algo en su bolsillo interior, y en aquel momento encendía un cigarrillo.

Shendell fue quien primero llegó a su lado.

—¡No se mueva ni de la señal de alarma! ¡Sería la última vez que despegara los labios!

Hickman acababa de aparecer por el lado opuesto, y con su linterna inspeccionaba el interior del vehículo.

—¡No hay nadie, Shendell! —Avisóle—. ¿Subimos ya?

Shendell abrió la portezuela, y sentóse junto al conductor. Éste acababa de volver su rostro y, a pesar de su sangre fría, Shendell no pudo por menos que sorprenderse.

Tratábase de una mujer. Era una mujer bastante joven. Tal vez no contara más allá de veintidós o veintitrés años. Sus facciones eran singularmente bellas y atractivas, y, al mirar, los labios finamente delineados sonreían de un modo burlón y despectivo.

—¡Qué mal habla nuestro idioma! —dijo—. Americanos, ¿no es así? Los conozco sólo con el olfato.

Shendell acarició la «Stengun» que empuñaba, con gesto harto significativo.

—Este amigo habla toda clase de idiomas. Espero no querrá convencerse por sí misma. Así, pues, ya está poniendo el coche en marcha, y aléjese de aquí cuanto antes.

La muchacha no se hizo repetir la orden dos veces. Puso el motor en marcha, pero el automóvil parecía reacio en arrancar.

Hacia la derecha, los perros aullaron fieramente. Tal vez no les separaran de ellos más que unas cincuenta yardas.

—¡No trate de jugarnos una mala pasada! —habló la voz fría y amenazadora de Wade Shendell.

—¡Está poniéndome nerviosa con el cañón pegado a mi costado! —gimoteó la joven—. Ni siquiera me ha dado tiempo a serenarme.

El coche se puso en marcha, y en pocos segundos alcanzó una regular velocidad. Desde alguna distancia, les llegaron los repetidos toques del silbato de alarma. Luego, algunos disparos aislados.

—Sus amigos no parecen muy resignados —sonrió Shendell,

irónicamente.

—¿Quiere quitar ya ese revolver de ahí? Le prometo que voy sin ningún arma.

—Es cierto. Le ruego que me perdone. Con el nervosismo, me olvidé que estoy hablando a una dama.

Con la mano derecha apartó la mujer el cabello que le caía por el rostro.

—En cuanto a lo que dijo antes, debo decirle que esa gente no son amigos míos.

—Tanto mejor —comentó Shendell—. No era mi intención indisponerla con ellos.

—Pero va a ser peor. ¿Imagina el interrogatorio que tendré que sufrir cuando me haya librado de ustedes?

—Eso tiene solución. No se separe de nosotros.

Ella rió, forzadamente.

—No aspiro a que me coloquen delante de un pelotón de ejecución. Ustedes son agentes enemigos, y cualquiera que los proteja sufrirá su misma suerte.

Shendell miróla, extrañado.

—¿Dónde aprendió a hablar tan bien el inglés?

—¡Bah! —rió, indiferente—. Eso lo hace cualquiera. Pasé unos años en Londres. ¿Cree que lo hablo bien?

—Demasiado bien... para trabajar para esa gente. Francamente, me cuesta trabajo creer...

—¡Oye, Shendell! —llamóle Hickman, desde el asiento trasero—. Aquí han dejado una cartera. Hay varios papeles, pero no comprendo lo que dicen.

—Guárdalos. Los veremos cuando tengamos un rato libre.

La mujer volvióse hacia Shendell, asustada.

—¡No pueden hacer eso! —protestó con vehemencia—. Serían capaces de someterme a las peores torturas. Es la cartera del comandante Kittzenbach.

—¡Ah, vamos! Un jefe de la «Reichswehr». Tal vez de la «Gestapo».

—Él es quien manda las tropas de ocupación en este sector. No pretenderá que toda la culpa de sus actos recaiga sobre mí.

—No, desde luego que no es esa mi intención. Sin embargo, comprenderá que en una guerra cruel como la que estamos llevando

a cabo, ninguna consideración de orden sentimental puede desviarnos del camino propuesto.

—Podía haber buscado otro camino —replicó, malhumorada.

—Usted fue quién se interpuso en el nuestro. ¿Qué hacía a tales horas, en medio de la carretera?

—Es usted demasiado curioso.

—No conteste si no quiere —sonrió Shendell, burlón—. ¿Desde cuándo un jefe alemán, como es el comandante Kittzenbach, utiliza como conductor de su automóvil a una linda jovencita como es usted?

Bruscamente, la muchacha detuvo el vehículo, y se encaró con su acompañante.

—¿Quién le dijo que yo trabajo como conductor de ese jefe nazi? —exclamó, indignada.

—Bueno —sonrió Shendell, de nuevo—. No vaya a enfadarse por eso. La encontramos en el coche parado en medio de la carretera, hablando con los soldados alemanes. Luego aparece aquí mismo la cartera del jefe alemán. ¿Qué es lo que prueba todo eso?

—Para usted, no sé —repuso, molesta—. Por si le sirve para aclarar sus sospechas, le diré que soy médico, y que los alemanes me obligaron a salir a prestar un servicio. Me dijeron que el médico de la unidad se encontraba en La Haya, y que era preciso que saliera con ellos, que posiblemente tendría que actuar.

—¿Le dijeron de qué se trataba?

—No, pero es difícil suponer que era a ustedes a quienes iban destinados mis servicios.

—¿Oyes eso, Hickman? —rió Shendell, volviéndose a su amigo.

—En realidad, la trajeron para ayudarnos —comentó el ayudante de Wade, irónico—. No me parece que nos hayamos excedido.

—No veo la gracia por parte alguna —habló de nuevo ella, con evidente mal humor—. ¿A dónde voy a ir, después de lo que acaban de hacer?

—¿A dónde crees que debemos llevar a la señorita? —preguntó de nuevo Shendell, dirigiéndose al radiotelegrafista.

—Pues... es verdad. No sé para qué nos serviría un médico, si lo que pretende es unirse a nosotros.

—No he dicho tal cosa —protestó, con vehemencia.

—Cálmese, señorita —rogóle Shendell, suavemente—. Y, por lo que pudiera ser, ponga de nuevo el coche en marcha. ¿Quién nos asegura que en estos momentos no estén siguiéndonos desde cerca? ¿O, acaso, es ésa una de sus artimañas para ganar tiempo?

—¡No, no! —exclamó, asustada—. Le aseguro que no es esa mi intención.

Y para mejor demostrar su buena fe, la joven puso de nuevo el vehículo en marcha, y lo lanzó a considerable velocidad carretera adelante.

Shendell volvióse hacia Hickman.

—Dame esa cartera, Johnny.

—Estuve hojeándolos, pero no entiendo una palabra de lo que dicen —repuso Hickman, alargándosela.

Shendell encendió la lamparita y los examinó ligeramente.

—No creo que contengan nada de interés —dijo, como hablando para sí—. Un militar alemán no dejaría abandonada en el coche una cartera que encerrara documentos de valor.

A los pocos segundos volvió a guardar los papeles, cuidando de dejarlos en el mismo orden que los hallara.

—¿Halló el modo de ganar la guerra para su país? —preguntóle la joven, con una mueca burlona.

—Es usted muy bonita —habló con la mayor naturalidad y sin mirarla—. Pero demasiado graciosa. Además, se pasa de lista.

—Gracias.

—No tiene por qué darlas. ¿Le importaría decirme su nombre?

—De ningún modo —contestó, con obsequiosa ironía—. Llámeme Marta.

—¿Es el verdadero... o el otro?

—¿Para qué desea saberlo? —murmuró, encogiéndose de hombros—. Cada vez que lo pronuncie, sabré que se refiere a mí.

—Bien —sonrió Shendell—. Yo soy Wade, y Johnny es mi compañero. Nos dirigíamos a Escocia, a pescar truchas, y equivocamos el camino.

—¿Pescan allí con esa clase de aparejos? —preguntó Marta, burlona, señalando la «Stengun», con cuya culata jugueteaba Shendell.

El muchacho aparentó no haber oído su pregunta. Sacó la cabeza por la ventanilla, y miró hacia atrás.

—Creo que ya es hora de apearnos —dijo—. Cuando menos lo pensemos, puede salirnos una patrulla alemana y dar al traste con nuestras buenas intenciones.

—¿Y no se le ha ocurrido pensar lo que va a ser de mí?

—No tema. No le harán nada. Los papeles están intactos en la cartera, y no advertirán que hemos husmeado en ellos. Al fin y al cabo, no son más que órdenes y apuntes sin importancia.

—Pero...

—Puede, incluso, esconderlos bajo el asiento, y luego decir que los ocultó para evitar que los halláramos. Incluso se ganará su agradecimiento y, muy posiblemente, una recompensa.

—Creí haber dado con verdaderos patriotas —habló, secamente—. Ustedes huyen de los alemanes, y nada les estorbaría mi presencia.

—¡Vaya! —exclamó Shendell, asombrado—. No vaya a decirme que quiere unirse a nosotros.

—Muchas mujeres trabajan en la «resistencia».

La miró unos instantes, fingiendo vacilar. Luego volvió la cabeza, pesaroso.

—Siento decepcionarla, Marta, pero no puedo ser responsable de haber llevado a una mujer tan linda ante el pelotón de ejecución. Tenga en cuenta que no sabemos nada de usted.

—Ni yo sé de ustedes —replicó, con vehemencia—. Y, sin embargo, me inspiran absoluta confianza.

—Lo siento, pero no puedo consentirlo.

—Necesito ayuda.

—¿Quiere parar, por favor? —ordenóle, con alguna sequedad.

—Todavía falta un kilómetro para llegar a Haaremond.

—No tenemos intención de ir allá. ¡Pare ya de una vez!

Marta lo miró, resentida. Detuvo el coche y quedó inmóvil, mirando al frente, a través del cristal del parabrisas.

Los dos hombres se apearon. Shendell miró a su alrededor y apoyóse en la ventanilla.

—A pesar de todo, estoy agradecido por su ayuda —dijo, tendiéndole su diestra—. Cuando la encuentren le harán mil preguntas de cómo somos, hacia dónde nos dirigimos y lo que estuvimos hablando. Si es usted buena chica, les dirá lo que le parezca; pero nada que sea cierto. ¿Ha entendido?

Marta volvióse hacia el muchacho, y ensayó una última tentativa.

—Si me deja ir con usted, ambos podremos ayudarnos en muchas cosas. De lo contrario...

—De lo contrario, ¿qué?

—Me obligarán a confesar la verdad —murmuró vacilante—. Tal vez lleguen a torturarme. ¿No se da cuenta del lío en que acaba de meterme?

Shendell movió la cabeza, con gesto de duda, y sonrió.

—No le ocurrirá nada de eso, querida Marta. Lo que usted desea es facilitar a los alemanes un punto de mira para dar con nosotros cuanto antes. Esas historias me las sé de memoria, y en esta vida he tenido que habérmelas muchas veces con mujeres tan lindas como usted. Desde el primer momento he comprendido que trabajaba con ellos. De todos modos, muchas gracias por este rato de agradable compañía.

Vio Shendell los ojos de la mujer relampaguear de ira.

—¡Es usted el ser más cínico y engreído que jamás conocí en mi vida! —Lanzóle al rostro—. ¡Tal vez no sea ésta la última vez que nos veamos! ¡Entonces es posible que venga a suplicarme lo que ahora tan desinteresadamente le ofrezco! ¡Le prometo que se arrepentirá!...

Las palabras de Marta dejaron de oírse. Shendell y Hickman corrían ya en la oscuridad, alejándose de la carretera en su intento de poner lo antes posible la mayor distancia entre ellos y sus posibles seguidores.

A los pocos minutos escucharon el ruido del motor al reemprender la marcha. Entonces, hicieron un pequeño alto.

—Haaremond debe estar en aquella dirección —dijo Shendell, señalando hacia el norte—. Lo importante, por el momento, es alejarnos cuanto antes de estos lugares. Podemos caminar hasta la madrugada. Luego, buscaremos donde escondernos.

Sortearon unos campos de labor y se dirigieron hacia donde un macizo de árboles recortaba su oscura silueta sobre el fondo del firmamento. Pero en el momento que iban a adentrarse en la espesura, una voz imperiosa contuvo su acción.

—¡No deis un paso más o vamos a abrasaros como a ratas!

III

Johnny Hickman fue el único de los dos que no comprendió el significado de aquella orden; pero adivinó por su tono que no admitía réplica alguna. Miró a Shendell y lo vio inmóvil, aunque tranquilo.

Por espacio de unos segundos, un impresionante silencio reinó a su alrededor. Luego escuchóse el rumor de la maleza al ser separada a sus espaldas. Tres sombras dibujáronse pronto en la penumbra.

—¿Quiénes sois? —preguntó Shendell, sin levantar la voz.

—¿Dónde está el hombre de la cicatriz en la sien? —preguntó uno de los aparecidos.

—Os habéis confundido, amigos —habló Shendell sin moverse, no obstante, de la posición en que fuera sorprendido—. Mi compañero y yo somos gente pacífica. Vosotros no sois alemanes.

Dos de los hombres se les acercaron, sin dejar de apuntarles con las escopetas que empuñaban. Mientras tanto, el tercero procedía a registrarlos.

—Van muy bien armados, tío —habló excitado—. Conviene vigilarlos. Pueden ser peligrosos.

Obligáronles a avanzar pegados al lindero del bosque, hasta una edificación que había no lejos de allí. Shendell vio recortarse las aspas de un molino, y comprendió que los conducían a una granja.

Al entrar vio a otros dos hombres, que parecían estar aguardando. Quedáronseles mirando con muestras de gran asombro.

—¿Quiénes son éstos? —preguntó el de más edad.

A la luz de la estancia pudieron los dos muchachos contemplar a su antojo a los reunidos. Todos ellos empuñaban sendas escopetas de caza, y tenían el aspecto de pacíficos aldeanos.

—¿Qué habéis venido a buscar? —preguntó uno de los que acababan de sorprenderlos, expresándole en alemán.

Sin embargo, Shendell juzgó conveniente responder en holandés.

—Creo que os habéis confundido, amigos. ¿Acaso nos habéis tomado por soldados alemanes?

Los cinco hombres examinaban, con mal disimulada curiosidad, los extraños uniformes que ambos vestían.

Aquellos hombres se pasaban del uno al otro las dos pistolas ametralladoras «Stengun» que acababan de quitarles.

—Debieras decirles que somos americanos —habló Hickman, dirigiéndose a su compañero—. Nos toman por alemanes, y creen que hemos venido con fines no muy agradables.

—¿Quién es el dueño de esta casa? —preguntó Shendell, con una seguridad y aplomo que jamás abandonara.

—Yo soy —respondió un campesino de largas barbas.

—Desearía hablar a solas contigo —propuso Shendell—. Gomo puedes ver, estoy desarmado, y nada has de temer de mí.

Aquel hombre lo miró unos distantes.

—Ven —le dijo, gravemente.

Marcharon hasta un alejado rincón de la estancia. Allí se detuvieron.

—Adivino que estabais esperando a una partida alemana —dijo Shendell, mostrándose sin ambages—. Afortunadamente para todos, os habéis equivocado.

—Dijeron que iban a volver —hablo el granjero, ron voz ronca—. Pretenden llevarse a mi hijo y a mi sobrino; pero estábamos dispuestos a impedirlo. El oficial de la cicatriz en la sien nos amenazó con adoptar graves represalias.

—Nosotros también huimos de unas patrullas alemanas —declaró—. Hace poco más de una hora que descendimos, lanzándonos desde un avión procedente de Inglaterra.

—Así, pues, ¿sois ingleses?

—Somos americanos —rectificó Shendell—. Sin embargo, ahora no debéis ver en nosotros más que unos buenos amigos.

El semblante de aquel hombre transfiguróse súbitamente. Abrió los brazos, y rodeó con ellos el cuerpo alto y corpulento de Wade Shendell.

—¡Venid, amigos! —exclamó, llevándolo hacia sus compañeros—. Ya me daba a mí en las narices que éstos no tenían pinta de nazis. ¡Son dos buenos camaradas que nos envían desde el otro lado

del Canal! ¡Americanos de auténtico cuño!

En un instante, Hickman y Shendell viéronse rodeados por aquellos sencillos aldeanos, que estrechaban sus manos con sincero afecto, y les asediaban a preguntas.

—Considero que sería una locura llevar a cabo lo que intentáis —habló Shendell—. Intentar resistir a los ocupantes tal como pensabais hacerlo, llevaría forzosamente a vuestra destrucción. Preferible es que os unáis a los grupos que componen el ejército de la resistencia. Desde él, vuestros esfuerzos no se malograrán. ¿Quién es vuestro jefe?

Los hombres se miraron, desconfiados.

—Bueno —sonrió Shendell—. Es natural que receléis de nosotros. Al fin y al cabo, acabáis de encontrarnos y poco sabéis de nuestra personalidad. No es preciso que me digáis nada. Sólo queremos que nos ayudéis y, al mismo tiempo hacer por vosotros cuanto esté en nuestras manos.

—¿A dónde os dirigíais cuando os encontramos? —interrogó el viejo de antes.

—Tenemos precisión de llegar cuanto antes a Deventer. ¿Alguno de vuestros hombres podría conducirnos allá?

—Ciertamente —afirmó, seguro—. Mi propio hijo irá con vosotros.

Shendell hizo una seña a Hickman, y éste se acercó.

—Será preciso dejar escondido el radioemisor. A dónde vamos a ir, no nos hará falta —seguidamente volvióse hacia los aldeanos—. ¿Podréis guardarnos algunas cosas?

—Tengo un buen escondite. Allí seguro no llegarán nunca.

—Se trata de guardar ese equipo portátil de radio. En estas circunstancias, será un estorbo.

Acompañaron a los dos hombres hasta el establo. En un hueco perfectamente disimulado en el muro, fue escondido el radioemisor. Luego volvieron a la granja. El granjero sacó unos vasos y una botella de licor; ofreció uno a cada uno de los reunidos. Seguidamente, levantó su vaso en alto.

—¡Por nuestro triunfo y por el éxito de nuestros dos amigos!

Bebieron en silencio. Al dejar los vasos sobre la mesa, Shendell le dio una afectuosa palmada en la espalda.

—Habéis brindado por nuestra misión —le dijo—, a pesar de no

saber nada de cuánto nos ha traído por aquí.

—Sólo sabemos que es en beneficio nuestro, y es suficiente. Aquí siempre nos hallaréis dispuestos a ayudarlos.

Diez minutos más tarde, los dos agentes, acompañados por el hijo del granjero, abandonaban aquel lugar. Antes habían dejado bien escondidos los monos con que cubrían sus vestidos de paisano, a fin de no llamar la atención una vez se encontraran en la ciudad del Issel.

Lucius Kleim recorrió los cierres de las puertas, y dejó que la luz del nuevo día penetrara en el interior del establecimiento. Era un día magnífico, un espléndido día de otoño, y por espacio de unos segundos quedóse Kleim contemplando el cielo azul y radiante que parecía sonreír en lo alto.

Luego dedicóse a observar los escasos transeúntes que comenzaban a circular por la plaza. Por una bocacalle, aparecieron dos soldados de las tropas ocupantes; pero sin preocuparse de nadie, se alejaron en dirección del cuartel donde se alojaban.

Kleim entró en la tienda, y comenzó a arreglar las cajas y cestas de mercancías que recibiera la víspera. Todavía no había llegado Willey, su ayudante, un muchacho de unos quince años; pero no tardaría en hacerlo. Tal vez se habría entretenido contemplando los vistosos ejercicios de los soldados alemanes, en la explanada que había frente a los cuarteles.

No llevaría cinco minutos en su tarea, cuando observó que una carreta se detenía ante la puerta. Adivinó que se trataba del hijo de Veldom, que cada mañana llegaba con las hortalizas y legumbres recogidas en las huertas que su padre poseía en las riberas del Issel.

Efectivamente, no tardó en comprobar que se trataba del joven Veldom; pero no venía solo. Dos hombres ayudábanle a descargar la mercancía.

—Buenos días, Kleim —saludó el muchacho. Dejó el canasto sobre un cajón y aguardó a que los dos hombres hubieran entrado—. ¿Estás solo?

Kleim asintió en silencio. Vio cómo los dos acompañantes de Veldom lo miraban fijamente, y comprendió que se trataba de algo anormal.

—Vengan conmigo —les dijo, señalándoles una puerta que comunicaba con la trastienda.

Una vez en ella indicóles que podían sentarse, y regresó a la tienda. Cerró la puerta de cristales, y volvió junto a sus visitantes.

—Acaban de llegar de Inglaterra, Kleim —habló el campesino—. Saltaron esta noche, logrando burlar a las patrullas alemanas que los aguardaban.

Los ojillos menudos y vivarachos de Lucius Kleim empequeñeciéronse hasta semejar dos puntitos brillantes, de un gris claro.

—¿Avisaron previamente de su llegada? —preguntó, dirigiéndose a Shendell.

—No. Hemos hecho el viaje «a ciegas». Nuestro servicio secreto sospecha que algo raro ocurre aquí con los agentes que envía.

—Y hace bien en sospechar —afirmó Kleim—. Llevo cerca de dos meses sin conseguir ver uno solo de sus compatriotas. ¿Acaso han desistido de mandarlos a Holanda?

—Los siete últimos que mandaron, siguen transmitiendo regularmente sus mensajes, y con las claves y números de control correctos. Pero nuestros jefes sospechan que sean los alemanes quienes se encargan de ello. Eso es lo que yo tengo que averiguar.

—¿Sabe usted sus nombres?

Shendell afirmó en silencio; pero no despegó los labios.

—Londres avisó previamente su llegada. Incluso se recibió allí la conformidad de los «comités de recepción». ¿Cómo puede ser que las cosas sigan funcionando con tanta apariencia de normalidad y, sin embargo, sólo se cosecha fracaso tras fracaso?

—Muy sencillo —habló Kleim, paseando su mirada sobre los tres hombres—. No hace aún veinticuatro horas que yo me preguntaba lo mismo. Ahora ya sé cuáles son las causas que lo motivan.

—¿Cuáles son?

—El «comité de recepción» que actuaba entre Rijssen y Goor, fue cogido por sorpresa, y todos sus miembros se encuentran en prisión. Lo mismo ocurrió con el de Dalen, en la Drenta oriental. Y, es casi seguro, que otro tanto habrá sucedido en Utrecht y en Frisia.

A pesar de su sangre fría, Shendell no pudo por menos que lanzar una exclamación de asombro e incredulidad.

—¿Cómo es posible que haya podido suceder tal calamidad?

Kleim miró por la rendija de la puerta hacia la tienda, tranquilizándose al observar que nadie había en ella.

—Un alto jefe del contraespionaje alemán y el jefe de la policía nacional nombrado por los nazis, tienen organizado un servicio altamente eficaz para cazar los agentes que nos mandan los ingleses. Actualmente estoy tratando de averiguar cómo obtienen los informes; pero la realidad es que apenas avisan la llegada de un nuevo agente, cuando ya funciona un nuevo «comité de recepción», constituido por agentes del servicio alemán.

—¿Eso quiere decir...?

—Que todos aquéllos a quienes busca, se encuentran prisioneros de los alemanes.

—¿Entonces... los mensajes...?

—Son falsos; absolutamente falsos. Los mismos alemanes los reciben y se encargan de transmitirlos.

Los músculos del rostro de Shendell contrajéronse, acusando la violenta tensión que lo dominaba.

—No es posible... no puedo creerlo. ¡Si ni siquiera conocen la clave ni el número de control!

—Los propios agentes no tardan en revelarlos.

—¡Imposible! —exclamó Shendell, resentido—. ¡Ningún compatriota mío es capaz de semejante infamia!

—Sin embargo es así —replicó Kleim, inmutable—. Tengo buenas razones para creer en la veracidad de los informes que me han dado.

—¿Quién le dio esos informes?

Kleim guardó silencio por unos segundos. Shendell se dio cuenta de que estaba dejándose llevar de su impetuosidad, y trató de sonreír.

—Cuando hablo en la forma, que acabo de hacerlo, es porque tengo sobrados elementos de juicio para ello. Los alemanes son astutos. Usted, y con usted la mayoría de los que han organizado todo esto, creerán que lo primero que hace nuestro hombre, en cuanto le presentan uno de sus agentes, es enviarlo a una celda de tortura y acosarlo desde varios puntos con las consabidas descargas de preguntas, al objeto de agotarlo y obligarle a confesar. ¿No es cierto?

—No... no es eso precisamente, lo que yo opino; pero supongamos que así es.

—Pues nada más lejos de la realidad. ¿Sabe lo que hace ese jefe

del contraespionaje alemán, en cuanto le llevan a un nuevo agente recién caído de un aparato aliado? Sencillamente, lo recibe sonriente, empleando el más amable tono que podría utilizar con cualquiera de sus amigos, lo instala en un aposento dotado de todas las comodidades, aunque bien vigilado, y ordena que lo atiendan debidamente.

—No lo creo.

Kleim lo miró socarronamente.

—Déjese coger por ellos, y me dará la razón.

—Bien; supongamos que así es. ¿Qué sucede luego?

—Al día siguiente comienza el interrogatorio, aunque sin presiones. Es un interrogatorio hábil, buscando la manera, de obligarle a contradecirse, lento, constante y persuasivo. El agente se encuentra con un ambiente para el que no estaba preparado. Él estaba dispuesto a morir soportando toda suerte de sufrimientos y amenazas. En lugar de ello, se siente rodeado de una atmósfera irreal. Los enemigos que creía encontrar acosándolo, le sonríen afablemente y se muestran corteses y obsequiosos. Ello le desconcierta; hasta cierto punto, le aturde, y su aturdimiento es aprovechado por su interrogador para obtener de él cuánto desea. A las contradicciones siguen los fallos, y termina por recelar muchas de las cosas que consideraba como sagradas. El hombre no estaba preparado para defenderse de tal clase de armas y, forzosamente, había de sucumbir.

—A pesar de todo —dijo Shendell—, me cuesta trabajo creer que todos nuestros hombres hayan sido tan estúpidos.

—No era preciso que lo fueran todos. Lo fue el primero, y los demás fueron sorprendidos en su buena fe. Apenas tomaban tierra, entraban en contacto con el falso comité de recepción; éste le presentaba al enlace que debía encontrar, que no era otro que un agente del espionaje alemán previamente impuesto de las contraseñas convenidas. El nuevo agente caía fácilmente en la ratonera y, así, no tardaba en revelar cuánto debía llevar a cabo. Su número de control y clave de transmisión pasaban a poder del contraespionaje alemán, el cual apresurábase a informar a Londres de que todo iba por buen camino, y a dar cuenta de los primeros «éxitos».

Shendell desvió la mirada para fijarla en una pequeña ventana,

por la que comenzaban a entrar los rayos del sol.

—Ahora ya comprendo —murmuró, sintiéndose derrotado—. Por algo el mayor Canthrup sospecha que están ocurriendo cosas muy extrañas.

—Y, mientras tanto —continuó Kleim—, la emisora de Radio Orange está desgañotándose todas las noches, procurando levantar los ánimos de los desventurados holandeses. ¿Green en Londres que los nazis son tan estúpidos como pregonan?

—No; desde luego que no lo creen. La propaganda tiene que formar un ambiente hostil y alentar a los que confían en sus aliados.

—Como táctica no me parece mal; pero si todo se reduce a esto...

—En adelante, las cosas irán de otra forma.

En las pupilas de Kleim brilló una luz de esperanza.

—¿Ha venido usted para organizado de nuevo?

—No —repuso Shendell—. No es ésta la índole de mi trabajo. Todo llegará a su debido tiempo. Lo principal es que pueda encontrar a alguno de los hombres que me han indicado mis superiores. Sólo entonces habré cumplido la misión que me ha traído aquí.

—¿Y cree que esto va a serle fácil?

Shendell sonrió, imperceptiblemente.

—En el

F. B. I.,

todos los trabajos carecen del calificativo de «fácil». De lo contrario, posiblemente no habría llegado a organizarse.

—Bien —sonrió Kleim—. No voy a negarle que lo admiro. Haré cuanto esté en mi mano por ayudarle.

—Por el momento, basta que me diga una cosa. ¿Cuál es el lugar al que llevan los agentes aliados que caen en su poder?

Ahora Kleim echóse a reír, ruidosamente.

—Con ello no adelantará gran cosa. Todo el mundo sabe que hay una celda para ellos en el Seminario de Haren. Reciben allí un trato muy distinto al de los demás prisioneros. No me negará que el procedimiento de ese jefe del contraespionaje, es sumamente hábil.

—Sí —murmuró Shendell, pensativo—. Es un sistema con el que no habíamos contado hasta ahora. Habrá que proceder con más cautela en lo sucesivo.

Lucius Kleim buscó en su misma casa un alojamiento confortable y seguro para sus huéspedes. Trabábase de un cuartito en el desván de la casa, y en el que había una ventana que daba a la plaza. Desde ella pudieron observar Shendell y Hickman el ajetreo de los pacíficos ciudadanos en el mercado.

Apenas se observaba, de tarde en tarde, la presencia de uniformes alemanes. A no ser por ello, hubiérase creído que aquél era uno de tantos días como los que conoció la tranquila ciudad en los tiempos anteriores a la guerra.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntóle Hickman, que habíase tumbado en el camastro y, con las manos cruzadas bajo la nuca, dejaba vagar su mirada por el techo.

—No lo tengo pensado aun —repuso Shendell—. Lo que más me interesaba saber ya esta averiguado. Jackson y los que le precedieron se encuentran prisioneros de los nazis. El servicio de contraespionaje alemán juega a placer con un adversario a quien le han vendado los ojos. Incluso mueve los peones a su antojo, preparando todas las jugadas para que nada le falle. ¡Qué incautos y estúpidos hemos sido!

—En este caso, creo que lo mejor que podríamos hacer es ir buscando el modo de volver a Inglaterra.

Shendell movió la cabeza, lentamente.

—Ya que estamos aquí, debemos procurar enderezar una situación que ha degenerado en caos. Kleim va a reunir a los más destacados elementos de la resistencia en esta ciudad... Hay que reorganizar cuanto antes los comités de recepción y centros de enlace, para intensificar la lucha en la retaguardia del enemigo. Me avergonzaría volver a Londres y decir al mayor Canthrup, simplemente: «Mayor: sus sospechas eran ciertas. Cuántos hombres envían a Holanda, caen en poder de los alemanes. Todos los hilos de la trama los manejan ellos a su antojo».

—En realidad, eso es lo que te han encomendado.

—Pero si dejamos las cosas así, todo seguirá tan desquiciado como hasta ahora. ¿No te has dado cuenta de cómo los mismos patriotas están desmoralizados? Convendría levantar su espíritu y, al propio tiempo, ver de hacer algo por saber de nuestros compatriotas cautivos.

—Eso ya me parece más razonable. Sin embargo, tengo la

impresión de que desde Nueva York, las cosas se ven distintas a como las vemos desde el otro lado del Canal.

—Tal vez; pero se aprecian con más objetividad. Por ejemplo...

Hickman se incorporó sobre el lecho, esperando que Shendell concretara su insinuación; mas al ver que no despegaba los labios, inquirió:

—¿Qué ibas a decir?

—Nada... Quizás no pase de ser una sospecha; pero acaba de ocurrírseme que, posiblemente, sea desde el mismo suelo británico donde el enemigo conduce la guerra sorda contra nuestros agentes. Si esto es así, va a ser aquí mismo donde averigüemos los detalles precisos.

Hickman volvióse a recostar en el camastro, dejando escapar un suspiro de cansancio.

Al mediodía entró Kleim. Traía algunos alimentos para los dos jóvenes.

—Será mejor que procuren dormir, a fin de estar descansados para la noche —les advirtió.

—¿Avisó a sus amigos? —inquirió Shendell.

—Nos reuniremos a media noche en un lugar solitario, a unos tres kilómetros de la ciudad —habló el holandés en voz baja—. Van a venir todos y, muy posiblemente, la «dama duende». Acaban de asegurarme que ha llegado hoy mismo de Rotterdam, con objeto de averiguar lo que está sucediendo por esta parte del país.

—¿«La dama duende»? —replicó Shendell, extrañado—. ¿De quién se trata?

Kleim miróle con cierta condescendencia, sonriendo comprensivo.

—Es natural que usted no oiera hablar de ella. Si llevara más días en Inglaterra, se habría enterado. Incluso se la menciona con frecuencia desde «Radio Orange».

—Nadie me habló de ella antes de ahora. ¿Es una patriota?

Kleim bajó algo más la voz, con cierto aire de respeto y veneración.

—Yo sólo la he visto en dos ocasiones. Es una mujer de porte distinguido, aunque al reunirse con los de la resistencia se muestre con prendas masculinas. Habla con cierta suavidad; pero sus palabras hacen vibrar de entusiasmo, y enardecen a cuántos la

escuchan. Ella es el alma de la independencia, y la que infunde el necesario aliento a los que luchan por la emancipación de Holanda. Se dice que es una gran señora; posiblemente, una dama de la nobleza.

Shendell sonrió, divertido.

—Será para mí un verdadero placer saludar a ese capitán con faldas... aunque no las lleve por el momento.

La alusión no pareció agradar a Kleim.

—Creo que debiera guardar sus bromas para otra ocasión.

—No ha sido mi intención molestarle —recusóse Shendell—. No voy a negarle, no obstante, que siento un verdadero interés por conocer a esa paladín en la lucha por la liberación de su país.

—Espero proporcionarle esta misma noche la oportunidad que desea.

Iba Kleim a retirarse, cuando Shendell fue hacia él y le contuvo, cogiéndolo de un brazo.

—Dígame, Kleim —solicitó—. ¿Cómo se les ocurrió llamarla la «dama duende»?

El comerciante volvióse hacia su interlocutor. Tal vez esperaba esa pregunta, porque respondió inmediatamente.

—Aparece y desaparece simultáneamente en dos o tres lugares distintos —explicó, sonriendo maliciosamente—. Para los alemanes es un misterio; pero no existe tal enigma. Nuestros hombres se las componen para que corra la voz de que se la ha visto a la misma hora en puntos muy distantes entre sí. Particularmente, yo creo que mis compatriotas cuentan con la ayuda de otras mujeres para tal fin.

Y Kleim echóse a reír ruidosamente.

Shendell volvióse, y se dejó caer sobre el camastro. En la escalera resonaban aún las carcajadas del comerciante.

—Tengo deseos de ver de cerca a ese portento —comentó el muchacho, al tiempo que alargaba el brazo y cogía de encima de la mesilla un emparedado.

—Preferiría encontrármela en pleno Broadway, y junto a una jarra de cerveza —repuso Hickman, indiferente.

Comieron con apetito cuánto Kleim les llevara. Poco después, Hickman dormía profundamente. Tambado sobre el mismo lecho, Shendell encendió un cigarrillo, y se puso a reflexionar acerca de lo

que esperaba llevar a cabo en la tierra de los molinos y los tulipanes.

Todavía fumó dos cigarrillos más; pero el tercero lo arrojó cuando habíase consumido por la mitad. Cerró los ojos, y dejó que el sueño se apoderara de él.

IV

Aquella noche la luna reflejábese en las plácidas y silenciosas aguas del Issel. No obstante, la gran cantidad de nubes blancas y algodonosas que el viento empujaba hacia el mar corría con frecuencia un ligero velo sobre los campos y las aldeas que dormitaban inquietas, con la inquietud propia del que aguarda un mañana repleto de angustiosas incertidumbres.

A muy pocos kilómetros de la ciudad, en dirección oeste, existía una sucesión de cerros que corrían paralelos al curso del río. En la vertiente meridional de una de estas elevaciones, y rodeadas de un extenso bosquecillo de hayas y algunos pinos, se encontraban las ruinas de un antiguo molino. Allí llegaron aquella noche los dos americanos, acompañados de Lucius Kleim y del granjero que los sorprendiera la víspera al huir del acoso de los alemanes.

—Es un bonito lugar para celebrar una reunión con unos desconocidos de los que nada sabemos y que, probablemente, se mostrarán desconfiados de nosotros —observó Shendell, dirigiéndose a su compañero Hickman.

—Me gustaría pasear por aquí sin tener que ir huyendo de todo el mundo. Probablemente, cuando termine la guerra me decidiré a volver.

Shendell observó que de entre las ruinas del viejo molino surgían unas sombras, y que el comerciante de Deventer se dirigía hacia ellas.



*...de entre las ruinas del viejo molino surgían...
unas sombras*

—Cada vez que veo llegar a uno de esos aldeanos, me pregunto si no se tratará de la famosa «dama duende» de que nos habló ese Kleim.

—No me gusta que las mujeres anden, metidas en esto. Siempre he creído que traen mala suerte.

—Ésta debe ser excepcional.

—A pesar de todo, no me fío. Ni siquiera sé qué voy a hacer entre esos buenos ciudadanos. Me es tan difícil comprender lo que hablan...

—Ya me encargaré de ponerte al corriente.

El grupo de hombres que aguardaban, se acercaba en aquellos momentos a los dos jóvenes.

Shendell los examinó atentamente. Eran cinco en total, sin contar a los dos con los que llegaron allí. El que parecía llevar la voz cantante era un hombre de unos sesenta años, de poblada barba y entre cuyos labios insertábase una larga pipa de la que no se desprendía ni cuando hablaba con sus compatriotas. Le acompañaba un individuo bien vestido; a juzgar por su aspecto, debía de tratarse de un acaudalado comerciante de la ciudad. De los tres restantes, dos tenían un aspecto inconfundible de gente de leyes. El tercero era menudo y caminaba ligeramente encorvado. Al estar más cerca, descubrió Shendell que se trataba de un hombre bastante joven. Sus ojos se movían inquietos mirando a todos los reunidos y, en particular, a los dos americanos.

—De modo que ustedes son los dos hombres que nos enviaron anoche, ¿no es verdad? —Hablóles el de la barba—. ¡Buenos chicos los americanos!... —alabó enfáticamente—, aunque un poco impulsivos. Creo que de haber obrado con más cautela, los que les precedieron todavía se encontrarían trabajando en libertad. Fue una verdadera lástima...

—Cierto —repitió el hombrecillo que no se separaba de su oscuro chaquetón—. Fue una verdadera lástima.

—Mejor diría que fue una verdadera desgracia —observó Shendell, tranquilamente—. No olviden que mis compatriotas llegaron aquí fiados en unas indicaciones falsas, y creyendo encontrar a gentes dispuestas a cooperar con ellos. Si en lugar de recibirlos un grupo de honorables ciudadanos lo hicieron agentes del servicio alemán, era absolutamente imposible que sus buenos propósitos llegaran a dar el menor fruto.

—Es cierto —intervino el joven menudo y encorvado—. Hans no ha estado muy acertado en sus observaciones. Debería aprender a tratar con mayor consideración a quienes tanto arriesgan para venir en nuestra ayuda.

El llamado Hans le dirigió una furibunda mirada, y no contestó. Por la parte del río acababan de aparecer dos nuevas sombras. Todos se habían vuelto en aquella dirección, y habían enmudecido como por encanto.

—Tengo la impresión de que acaba de llegar la dama que se evapora ante sus perseguidores —habló Shendell, al oído de Hickman.

Efectivamente, no tardó en ver cómo los reunidos rodeaban a los recién llegados, cambiando con ellos los correspondientes saludos en tono singularmente afectuoso. Shendell también se acercó, y entonces el grupo de hombres se abrió para dejar paso a una mujer que vestía ropaje masculino. Llevaba el cabello recogido en la espalda mediante un pequeño lazo de terciopelo granate.

Se detuvo a poca distancia de Wade y lo contempló con una mezcla de curiosidad y admiración. Seguidamente desvió los ojos hacia Hickman.

—De modo... que vosotros sois los americanos, ¿verdad?

—Sí, Excelencia —repuso Shendell, inclinándose ligeramente.

Las finas cejas de la mujer arqueáronse levemente.

—¿A qué viene ese tratamiento? —inquirió, extrañada—. ¿Acaso le han dicho...?

Y se echó a reír, divertida.

—Discúlpeme mi torpeza —excusóse Shendell—. Comprenda que para un americano resulta, bastante embarazoso tratar con una dama de la nobleza. No estamos habituados...

—De todos modos, prescinda de esos cumplidos. Considéreme como a uno más de los que esta noche se encuentran aquí. ¿Me hará el favor?

—Trataré de hacerlo, aunque no sea tan fácil como supone.

Ella volvióse hacia sus acompañantes, y les hizo una seña... A sus espaldas estaba el saliente del antiguo torreón, y en él tomaron asiento.

—Celebro que mi llegada aquí haya coincidido con la suya —comenzó la mujer, dirigiéndose a los dos americanos—. Ello nos dará ocasión para discutir un más amplio plan de operaciones. Es preciso que, cuanto antes, Hans se encargue de reorganizar los comités de enlace y de acción, a fin de que, llegado el momento, puedan actuar con la rapidez y eficacia requeridas. El valiente y leal

amigo Kleim dispondrá la constitución de nuevos comités de recepción. Londres no tardará en enviarnos nuevos agentes y abundante material, que tan necesario nos es en estas circunstancias. ¿No son ésas las intenciones del general Augustus? —añadió, encarándose con Shendell.

—¿Quién es el general Augustus? —preguntó el muchacho, sorprendido.

—¿De modo que no sabe quién es? ¿A qué han venido, entonces? ¿No nos dijeron que iban a enviar personal especializado para endurecer la resistencia y activar los actos de sabotaje?

—Es posible que así sea —respondió, mirándola a los ojos—. Por mi parte, sólo puedo decirle que la misión que me ha traído aquí es muy distinta a la que se imagina. No dudo que si le han prometido esa ayuda, llegará. Pero debe saber que mi compañero y yo estamos aquí para averiguar el paradero de varios agentes lanzados sobre estas tierras, y cuyos radioemisores siguen comunicando con nuestros puestos de escucha al otro lado del Canal. No podemos hacer más ni menos de lo que se nos ha ordenado.

Shendell vio cómo la mujer se encogía de hombros, indiferente.

—Está bien. No por ello se alterarán las disposiciones adoptadas. Y, ya que sólo les interesa, la suerte de los agentes encerrados en el Seminario de Haren, debo decirle que hace tres días ha conseguido escapar de allí un agente francés. Le hemos ayudado a esconderse, y no pasarán muchas horas antes de que puedan hablar con él. ¿Se convence, señor americano, de que también está en mi mano facilitarle el camino de su misión? —terminó, con una mal disimulada expresión de triunfo.

—Es justo reconocerlo así, señorita —sonrió Shendell, sin ocultar la admiración que sentía—. ¿Y dónde podré ver a ese hombre que dice?

—Yo misma me encargaré de prepararle una entrevista en la casa de Lucius Kleim. Es un lugar seguro, y al abrigo de toda sospecha.

—Me parece muy bien.

La mujer volvióse hacia los que se encontraban a su alrededor.

—Por su parte, Munloehs tentará de averiguar el número y la... ¿Dónde se ha metido Munloehs? —inquirió, al no verlo por allí.

Los reunidos se volvieron para buscar al joven que les

acompañara en el momento de la llegada de la «dama duende».

—¿Se refiere a ese joven que caminaba ligeramente encorvado? —preguntó Shendell.

—Ése es Munloehs —afirmó el viejo de la barba.

—Lo vi alejarse hacia allá —dijo Shendell, señalando hacia el bosque—. Supuse que iría en busca de alguien más.

La mujer se puso en pie, y todos los reunidos la imitaron.

—Nunca me gustó ese hombre —comentó Kleim.

Y fue hacia la casa; pero no había dado media docena de pasos, cuando desde el bosque una voz potente les gritó:

—¡Que nadie se mueva! ¡Dispararemos al menor intento de resistencia!

Instintivamente, los reunidos replegarónse al amparo de las sombras que les ofrecían los derruidos muros.

—¡Munloehs nos ha traicionado! —exclamó la «dama duende» con acento de rabia y de decepción a un tiempo—. Hasta nuestros propios adictos...

Shendell se aproximó a ella, y advirtió que su diestra empuñaba, una pistola. También los demás habían llevado allí armas de distintas clases y calibres.

—¡Es preciso que usted pueda escapar! —le dijo, cogiéndola de un brazo y obligándola a seguirle—. ¡No te separes de mí, Hickman!

Indudablemente los alemanes habían advertido sus propósitos, ya que desde el bosque comenzaron a disparar contra las ruinas del molino. Inmediatamente, Kleim y sus acompañantes contestaron, agazapados tras los muros.

El individuo que llegara acompañando a la «dama negra» se acercó a Shendell, sujetándolo del brazo.

—¿Qué va a hacer? —preguntóle en correcto inglés.

—Ayudarla a huir —repuso secamente—. Únase a los demás, y procure que no se acerquen a la casa.

—Es preciso que obedezcas, Gustavo —indicóle la mujer—. No olvides que debo estar mañana, sin falta, en el palacio del Gobernador General. Sería un verdadero desastre que tal cosa no pudiera llevarse a cabo.

Aquel hombre inclinóse, sumiso, y retrocedió hacia el molino.

Descendieron por la vertiente opuesta hacia el borde mismo del canal. Al tenue resplandor de la luna podía Shendell apreciar los

rasgos firmes y enérgicos de aquella mujer. Era bastante hermosa y a pesar de que sobrepasaba los treinta años, manteníase fresca y ágil como en plena juventud. Shendell se dijo que motivos muy importantes habríanla decidido a adoptar aquella actitud de franca hostilidad hacia los ocupantes de su país, e intervenir de un modo tan activo en la lucha emprendida por sus compatriotas para conseguir la liberación del suelo patrio.

Al llegar junto al canal, agazapáronse los tres tras unos matorrales.

—Todo lo tienen vigilado —observó el muchacho—. Hay sombras deslizándose por entre aquellos setos.

—Me abriré paso aunque sea a tiros —exclamó decidida.

Shendell movió la cabeza, dudando. Examinó la «Stengun» que sostenía apoyada en su antebrazo, y contestó:

—Dudo que lo consiguiera.

—No puedo dejar que me cojan aquí. Hay muchas vidas que dependen de que mi identidad permanezca en secreto.

—¿Tan importante es su papel?

—Quizás algún día llegué a saberlo. Esos hombres que resisten en el viejo molino, se dejarán matar hasta tener la seguridad de que he conseguido huir.

—En tal caso, sólo se me ocurre un medio.

—¿Cuál?

—¿Sabe nadar?

Ella asintió, segura.

—Sabía que me iba a decir que me lanzara de cabeza al canal. Con ello no adelantaría gran cosa. Me cazarían de la manera más estúpida.

—No tiene otra probabilidad —declaró Shendell—. Nosotros nos encargamos de que no adviertan la maniobra.

Ella lo miró incrédula.

—¿Lo cree así?

—No tiene más que dejarse llevar por la corriente, y sumergidos unos segundos al llegar al lindero del bosque. Mi compañero y yo distraeremos su atención, y no se fijarán en las aguas del canal. Será cuestión de pocos minutos.

La mujer quedó pensativa. El tiroteo arreciaba y se había corrido hacia la izquierda, en dirección del camino por el que habían

llegado allí.

—Bien —dijo al fin la «dama duende»—. Tiene razón al señalar que no hay otro escape posible. Intentaré seguir sus instrucciones al pie de la letra.

—No se arrepentirá.

La mujer tendió su diestra a los dos muchachos, quienes la estrecharon efusivamente.

—Si algo les ocurre, tengan presente que no les olvidaré. Sé de muchos que estarán dispuestos a sacrificarlo todo a una indicación mía.

—Esperemos que no llegue ese caso —sonrió Shendell.

La mujer despojóse del grueso chaquetón de pana, y lo ocultó entre los matorrales. Seguidamente deslizóse por la orilla, hasta quedar sumergida en las aguas.

Durante unos segundos, los dos jóvenes vieron la sombra de su cuerpo bracear en la brillante superficie del canal.

—Vamos ya, Johnny —dijo Shendell—. Habrá que dar comienzo a la sesión.

Arrastráronse por las irregularidades del campo, separados ambos unos ocho o diez metros. Cuando estuvieron lo suficientemente alejados del canal, Shendell lanzó un tenue silbido. Inmediatamente. Hickman apretó el gatillo del arma que empuñaba.

Las sombras que se movían en las inmediaciones del canal, corrieron hacia el interior del bosque. Entonces aprovechó Shendell la ocasión, y unió sus disparos a los de su compañero.

Pronto les respondieron los del bosque. Shendell sonrió satisfecho. En aquellos momentos, la mujer estaría aproximándose a la zona vigilada. Introdujo un nuevo cargador y siguió disparando, procurando cambiar su emplazamiento en relación con la posición de Hickman.

De pronto, los dos muchachos advirtieron que el crepito de la fusilería hacía más intenso hacía la derecha. Tal circunstancia intrigó a Shendell. Acercóse a Hickman, y le hizo observar lo que ocurría.

—Es preciso que subas hasta el molino, y trates de averiguar lo que sucede —le dijo—. Tengo la impresión de que allí las cosas no van como debieran.

Hickman se separó de su compañero. Entre tanto, Shendell

siguió disparando para cubrir la maniobra.

Cinco minutos más tarde estaba de regreso.

—Han abandonado el molino y los alemanes suben ya por la ladera que da al bosque —exclamó jadeante.

—Han debido creer que habíamos escapado con esa mujer. Estarán tratando de ganar alguna salida.

—¡Bonita jugada la que nos han hecho! ¡Huyamos, pronto!

Agazapado, echó a correr hacia el canal. Desde muy cerca le seguía Hickman. Al llegar al canal, arrojó la «Stengun» en su seno.

—Tira eso, Johnny. De nada nos va a servir ya.

Hickman le imitó. Unos gritos escucháronse en lo alto de la colina, dándoles a, entender que estaban registrando las ruinas del molino.

Shendell entró en el agua, y comenzó a nadar hacia la orilla opuesta. Casi al mismo tiempo de alcanzarla, lo hizo Hickman. Sin detenerse siquiera, reanudaron la marcha en dirección de la carretera general.

No habían avanzado unos cincuenta metros, cuando se detuvieron. Las siluetas de cinco soldados se acercaban por el centro del campo. Empuñaban sus fusiles, y registraban cuidadosamente todas las desigualdades a su paso.

Los dos muchachos arrastráronse hasta una hendidura, y permanecieron en ella inmóviles, sin apenas respirar.

Faltaba escasamente media docena de pasos para que llegasen hasta ellos, cuando unos disparos resonaron hacia la izquierda. Inmediatamente, el que conducía la patrulla dio una orden, y los cinco hombres echaron a correr en la dirección del tiroteo.

—¡Démonos prisa, Johnny! —apremióle Shendell.

Deslizáronse unos metros hacia unos matorrales. Desde allí podían ver unos cuantos vehículos detenidos al borde de la carretera.

—Esto está complicándose cada vez más —habló Shendell, al oído de Hickman.

—De todos modos, hay que hacer lo posible por salir de aquí. Dentro de pocos minutos registrarán el bosque. Probablemente, traerán los perros policía, y en tal caso nadie nos librará de caer en sus manos.

Tras dirigir una escrutadora mirada a su alrededor, Shendell

descubrió un pronunciado declive que sombreaban los árboles de la carretera. Tocó el hombro de su compañero, y reanudó el avance.

Sobre el fondo luminoso, se recortaban las siluetas de los centinelas apostados junto a los camiones.

De nuevo los disparos rasparon la quietud de la noche. En tanto sus manos apoyábanse en el césped, tanteando el terreno por el que se arrastraban, los dos hombres preguntábanse, intrigados, qué habría sido de la misteriosa dama que se arrojara a las aguas del canal, y cuál era la suerte de los patriotas que intentaron la resistencia entre las ruinas del viejo molino.

Por dos veces viéronse obligados a agazaparse ante la proximidad de los que buscaban en el bosque. Al fin, consiguieron verse a respetable distancia, y sentirse confortados con una cierta sensación de seguridad.

Dejaron de caminar a gatas, y cruzaron al otro lado de la carretera.

—Kleim era el único enlace que teníamos, y lo más probable es que haya caído en poder de los alemanes —expuso Shendell, comentando la situación delicada en que se encontraban.

—Eso quiere decir que no podemos volver a la casa que nos sirvió de alojamiento.

—Y, también, que se nos ha planteado un problema bastante más arduo que el que hasta ahora nos ocupaba. ¿Dónde nos metemos ahora, al no conocer la gente con quien hablemos?

—En cualquier granja que encontremos nos atenderán por el momento, salvo en el caso de estar ocupada por los nazis. Con estas ropas empapadas, no podemos ir por el mundo.

Se alejaron de la carretera buscando la protección de los árboles. No habrían recorrido unos cien metros, cuando Shendell se detuvo, repentinamente. Su fino oído acababa de percibir el chasquido de una ramita al ser pisada. Y aquel ruido procedía de un macizo de arbustos situado a muy poca distancia, a su derecha.

—¡En alto los brazos! —ordenó una voz en holandés, aunque el acento era inconfundible de los germanos.

Los dos muchachos comprendieron la inutilidad de sus esfuerzos, y obedecieron. Luego de tantas precauciones y fatigas, habían ido a parar de bruces contra una patrulla de emboscados alemanes.

Tres sombras se irguieron por encima de los arbustos, y tres cañones de inconfundible silueta les apuntaron.

Uno de los soldados avanzó hacia ellos, y los examinó brevemente.

—¡Den la vuelta, y sigan hacia la carretera! —les ordenó, con acento autoritario.

Obedecieron en silencio, y a los pocos minutos estaban junto a la hilera de vehículos. Un teniente de las S. S., se hizo cargo de ellos, y sin formularles la menor pregunta, obligóles a subir a uno de los camiones. Allí fueron maniatados, con los brazos hacia atrás.

El vehículo arrancó seguidamente. Iban vigilados por los tres mismos soldados que les capturaron. El teniente sentábase en la parte delantera, junto al conductor.

Diez minutos duró aquel viaje. Cuando les obligaron a descender, vieron los dos jóvenes que se encontraban frente a una granja. Había en ella bastante animación, circunstancia por la cual adivinaron que en ella tenían los alemanes una especie de cuartel general.

—Buen final para nuestra corta misión —habló Shendell, sonriendo a su compañero—. Ahora ya estoy seguro de ver a Jackson y a los demás agentes, mucho antes de lo que esperaba.

Dos de los soldados colocáronse a ambos lados, cogiéronles de un brazo y obligáronles a dirigirse hacia la edificación.

Un nuevo oficial había en el centro de la estancia a la cual les condujeron. Fumaba silenciosamente, y al entrar los prisioneros, dirigióles una atenta mirada.

—¿Quiénes son éstos? —preguntó al oficial que los conducía.

—Los sorprendimos a poca distancia de la carretera. No cabe duda que formaban parte del grupo que se reunió en el molino de Güschaen. Debieron cruzar el canal a nado.

—¿Los habéis registrado?

—No llevaban ningún arma encima. Debieron deshacerse de ellas.

—¿Y la documentación?

El teniente volvióse, y llamó a uno de los soldados que habían quedado fuera, aguardando. Diole una orden, y comenzó a registrar a los dos hombres, comenzando por Hickman. Cuántos objetos hallaban en sus bolsillos, fueron colocados sobre la mesa. La cartera

de piel que Canthrup entregara a Wade con los documentos falsificados, atrajo la atención del alemán. Tomóla, y examinó los papeles de su interior.

—Franceses —dijo al fin. Y encarándose con Shendell, le preguntó—: ¿Qué ha venido a buscar por aquí?

—Estoy en el país desde el comienzo de la guerra.

—Desertor, ¿no es cierto?

—Llámelo así, si desea.

Dejó la cartera sobre la mesa, y volvióse hacia el teniente.

—Enciérrelos en lugar seguro. Mañana se les interrogará de nuevo. Ponga un centinela a la puerta.

Nuevamente se apoderaron de ellos, conduciéndolos hasta una dependencia de los graneros. Tenía una sola abertura, y estaba provista de sólida reja.

Dos soldados les libraron de las ligaduras, saliendo de allí una vez terminada su tarea.

Cuando la puerta del cuarto se hubo cerrado, y chirrió la cerradura, Shendell frotóse las doloridas muñecas, y se acercó a Hickman.

—No creo que se traguen lo de la documentación —le dijo en voz baja—. Nunca creí que fuesen tan estúpidos como dicen. Sin embargo, habrá que seguir, los papeles que nos asignaron en Inglaterra. No olvides que somos dos aventureros de Madagascar, y que la guerra nos sorprendió aquí buscando el modo de embarcar para América. Desde entonces hemos estado ocultándonos y viviendo como hemos podido. No van a creernos; pero alguna cosa hay que decir.

Seguidamente tendióse Shendell sobre el montón de paja que había en un rincón, e Hickman lo imitó.

—¡Lástima no tener un cigarrillo, Shendell! —Deploró Johnny, con cierta melancolía que hizo sonreír a su camarada.

—¿Y si lo pidiéramos al centinela?

—No te burles, Shendell. Hablo en serio.

Shendell suspiró profundamente.

—En mi aposento del barracón donde me alojó Canthrup, dejé una docena de cajetillas. Fue imposible traerla. Allí aguardan el día en que panda regresar, una vez cumplida mi labor.

—¿Y aun crees que llegará ese día, Wade?

Shendell se echó a reír.

—¡Qué duda cabe, Johnny! Lo que interesa es volver antes de que alguien los descubra, y de buena cuenta de esa provisión.

Hickman murmuró algo entre dientes que Shendell no pudo entender. Comprendió que su compañero deseaba dormir, y ya no volvió a importunarlo con sus absurdas esperanzas de volver a pisar el suelo de su patria.

V

El ruido de la puerta al abrirse, despertó a Shendell. Por el ventanillo penetraba una débil claridad, indicio de que el día comenzaba a despuntar.

Incorporóse sobre la paja, y quedóse mirando al hombre cuya silueta recortábase en el umbral. Detrás de él podía distinguir a dos soldados llevando sus armas.

La linterna que el alemán llevaba en la mano proyectó hacia Shendell su brillante resplandor, lo que le obligó a desviar el rostro.

—¡Salgan de aquí! —ordenóles en francés.

Hickman se había despertado, asimismo, y fue quien primero obedeció aquella orden. Shendell lo imitó, sacudiéndose las pajas que se habían adherido a sus ropas, todavía húmedas.

El oficial se hizo a un lado para impedir que salieran los dos hombres. Seguidamente, volvió a cerrar la puerta.

Precedidos del oficial y escoltados por los soldados, Shendell y su acompañante fueron conducidos hasta una de las habitaciones del piso superior de la granja. Trabábase de una sala de grandes dimensiones. Había en ella mucha luz, y ya se encontraban allí varios jefes del Ejército sentados alrededor de una pequeña mesa. Sin embargo, lo que más extrañó a Shendell fue la presencia de unos diez o doce individuos alineados junto al muro. Tenían el aspecto de ser aldeanos de aquellos contornos y en sus semblantes podía leerse la indiferencia, cuando no el desprecio a su propia situación. Trató de descubrir a los hombres reunidos en el viejo molino de Güschaen; pero no consiguió reconocer a uno solo. De no haber muerto en la refriega, posiblemente habrían conseguido huir de sus atacantes.

Apenas entraron en la estancia, uno de los oficiales obligóles a colocarse de espaldas a la pared, a continuación de los paisanos. Luego, uno de aquellos jefes, un coronel de las S. S., tomó unos

papeles de encima de la mesa, y se dirigió hacia los dos americanos.

—¿Paul Delleval? —preguntó, mirando a Shendell, fijamente.

—Yo soy —repuso éste, inmutable.

El alemán lo contempló por unos instantes y sonrió, irónico.

—Bien; no me voy a molestar en comprobarlo. Aquí dice que su nombre es Paul Delleval, de veintinueve años de edad, de oficio ajustador mecánico, que nació en Issingeuax, en el Alto Loira, y que procede de Antsirane, en Madagascar. Una filiación muy perfecta y completa, si no fuera falsa.

Quedóse mirando de nuevo al muchacho; pero éste no pestañeó siquiera.

—¿Quiere decirme su nombre? —preguntó con suave acento, en tanto golpeaba la palma de su mano con la documentación perteneciente a Shendell.

—¿Para qué voy a decirlo, si no va a creerme? —repuso éste.

—Es inútil que trate de negarlo. Sus papeles están muy bien falsificados. Sin embargo, existe el precedente de que otros llegaron con la misma clase de documentación, y no tardaron en confesar. ¿Cree que vale la pena mostrarse tan tozudo?

Shendell sonrió, encogiéndose de hombros.

El alemán regresó a la mesa.

—Venga acá —le dijo, haciéndole una seña. Y al llegar Shendell a su lado, indicóle una silla vacía—. Siéntese. Usted y yo podemos tener una conversación agradable.

Shendell atendió su indicación y aguardó a que comenzara el interrogatorio.

—Hace dos noches descendieron sobre esta región dos agentes del espionaje norteamericano. No conozco aún sus nombres ni sé los que constan en su falsa documentación; pero ello no me importa. Antes de cuarenta y ocho horas, estos extremos dejarán de ser una incógnita para nosotros. Una persona que sabe mucho de ustedes, llegará para someterles a un extenso interrogatorio. No escaparán de él ni mucho menos podrán negar unas pruebas que les presentarán como irrefutables. No obstante, es una verdadera lástima que siendo mío el mérito de esta captura, sea otro quien coseche unos laureles que en modo alguno merece.

El alemán encendió un cigarrillo, y dio algunas chupadas, quedando observando la columnita de bunio azulado con expresión

de desencanto.

—Para usted es difícil de comprender. Es lógico que nada le interesen las rivalidades del Ejército con el Servicio de Contraespionaje. Muchas de las veces a ellos corresponde el premio de una labor que únicamente nosotros hemos llevado a cabo. Lo que ahora calla tozudamente, deberá confesarlo dentro de unas pocas horas. ¿Quiere decirme su nombre y a qué ha venido a Holanda?

—Me llamo Paul Delleval —insistió como un autómatas—, y me encuentro en esta tierra esperando la oportunidad de salir y marcharme a América.

—Es inútil que se empeñe en negarlo. Me basta su nombre y la declaración de que fue lanzado en el avión que anteanoche sobrevoló estos territorios.

—No sé nada de lo que me está hablando.

El alemán hizo un gesto de impaciencia y llamó al oficial que había conducido hasta allí a los dos hombres. Salió de la estancia; pero no tardó en regresar. No iba solo, y al darse cuenta de quién era la persona que lo acompañaba, Shendell tuvo uno de los mayores asombros de aquella noche. Tratábase de la muchacha en cuyo coche subieron, y a la que obligaron a conducirlos hasta las inmediaciones de Haaremond. Recordó que había dicho llamarse Marta, y, al dejarla en mitad de la carretera, prometió que llegaría a arrepentirse por no atender a su súplica.

La muchacha vestía igual que la noche de su encuentro. Miró a los hombres reunidos alrededor de la mesa y, luego, a los que se alineaban a lo largo de la pared.

—¿Quiere echar una ojeada a esos hombres, señorita Brunnel?
—Rogóle el alemán que poco antes había interrogado a Shendell.

El muchacho sospechó que se trataba del comandante Kittzenbach a que se refiriera la joven la noche de su encuentro. Ahora ya no dudaba de que ella trabajaba para los alemanes, y consideró que había llegado el momento de purgar el desaire cometida con ella.

Vio a la muchacha acercarse a los prisioneros, y recorrer la larga fila con sus ojos de un verde singularmente hermoso y transparente. Por una fracción de segundo los detuvo al posarlos en las inalterables facciones de Shendell, y el muchacho hubiera jurado que en ellos brilló como un relámpago una fugaz sonrisa de

satisfacción y de burla.

—¿Qué es la que desea saber, comandante Kittzenbach? —preguntó, al fin, volviéndose hacia el jefe alemán.

—Necesito que me diga si entre estos hombres se encuentran los que la obligaron a llevarles hasta las inmediaciones de Haaremond.

Hubo una ligera pausa, durante la cual la joven volvió a mirar a los detenidos.

—No —respondió segura—. No están aquí.

El jefe alemán se acercó a ella.

—¿Está usted segura? —inquirió—. ¿Se ha fijado bien en esos dos hombres que están frente a usted?

Y el militar señaló a Shendell y a Hickman.

—Los que me obligaron a llevarlos en el coche no eran esos dos hombres —insistió firmemente.

Durante unos instantes, el alemán guardó silencio. Parecía extrañado por la contundente respuesta de la joven. Finalmente, se echó a reír.

—No es posible que se fijara bien, señorita Brunnels —dijo, cogiéndola del brazo y llevándola hasta quedar frente a Shendell—. Se habrían caracterizado... Posiblemente, se hallaba usted tan asustada que no se fijó bien en sus facciones.

—Tal vez... —vaciló—. Estaba, además, tan obscuro...

—En tal caso, recordará el timbre de su voz, y el jefe nazi volvióse hacia Shendell. —¿Quiere decir a la señorita Brunnels que está en un error y que no era usted el hombre que la amenazó en la carretera de Haaremond?

Shendell fijó sus grises pupilas en las claras e inquietas de la joven.

—Está usted en un error, señorita Brunnels —dijo, como recalcando cada una de sus palabras—. Jamás la he visto antes de ahora, y mucho menos en la carretera de Haaremond.

—¿Le habló en francés el individuo que subió en el coche? —inquirió el militar, antes de que Marta pudiera dar su opinión.

—No; estoy segura de que me habló en inglés.

—En tal caso —rogó a Shendell—, haga el favor de hablar en inglés.

—Le advierto que lo hago bastante mal —objetó, sonriente.

—No importa. Hágalo como mejor sepa.

Shendell repitió la misma declaración en un inglés tan pésimo, que el propio Hickman tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para contener la risa.

Marta movió la cabeza, convencida al parecer.

—No; decididamente el hombre que subió al coche no era éste.

La rotunda declaración pareció dejar perplejo al alemán. Volvió hasta donde estaban sus oficiales, y dio una orden.

Lleváronse a la muchacha de allí, y Shendell y su amigo fueron devueltos a la celda de donde los sacaran poco antes.

Ya de nuevo a solas, y en la convicción de que nadie podía escucharlos, los dos americanos sentáronse sobre el mismo montón de paja.

—¡Valiente chica! —comentó Hickman, en voz baja—. No ha dudado en comprometerse antes que descubrirnos. No esperaba tanto de ella.

—¿Tú crees? —contestó Shendell.

Su compañero quedósele mirando, asombrado.

—¿Qué es lo que estás pensando?

—Nada. Sólo que me parece extremadamente sospechosa la actitud de esa mujer.

—¡Bah! Los del

F. B. I.,

veis espías por todas partes, desconfiáis de todo el mundo y al fin y al cabo soléis equivocaros como la mayoría de los mortales.

—Esta vez lo desearía con toda mi alma.

Hickman le guiñó un ojo, maliciosamente.

—Es bonita la chica. Yo nunca desconfíe de ella.

Shendell guardó silencio. No era difícil adivinar que su pensamiento estaba fijo en la linda joven que tan limpiamente acababa de ayudarle. Le desconcertaba la actitud adoptada con ellos. Parecía mostrarse sincera, sin embargo, Shendell partía siempre del principio de desconfiar de cuántos desde el primer momento se ofrecían fáciles en la ayuda.

A media mañana hiciéronles salir de nuevo de aquella celda. Pero esta vez condujéronlos al exterior. Había allí dos coches dispuestos para partir. Obligáronles a subir en el delantero, en donde también tomó asiento, junto al conductor, el oficial que los acompañara la víspera.

Inmovilizáronles manos y pies con fuertes ligaduras. Shendell observó que el segundo coche estaba destinado a llevar una fuerte escolta. En efecto, cinco soldados ocuparon las plazas del mismo. Inmediatamente pusiéronse los motores en marcha.

Iban a salir, cuando desde la puerta un oficial gritó alto. El teniente que iba en el coche de los dos prisioneros dio una orden al conductor, y apeóse. No obstante, el que había llamado fue hasta él.

—El comandante Kittzenbach ordena que la señorita Brunnels vaya a la ciudad.

En el mismo momento apareció a la puerta de la granja la muchacha a que se referían. Acercóse a los dos oficiales. El teniente saludó militarmente, y ofrecióle el puesto que había ocupado junto al conductor. Luego subió, sentándose al lado de Shendell.

Los dos vehículos partieron veloces por el camino que llevaba hasta la carretera. Recostado en su asiento iba Shendell observando la negra y rizada cabellera de Marta Brunnels. ¿Quién sería aquella misteriosa criatura, y qué papel desempeñaba en el asunto en el que veíanse envueltos?

A su lado, el teniente fumaba en silencio, al parecer ajeno a la presencia de sus prisioneros. Un momento que Shendell volvió la cabeza, vio a unos quince o veinte metros al coche que conducía la escolta de vigilancia.

Unos minutos más tarde reconocieron los dos muchachos el lugar donde aquella noche fueron sorprendidos por los alemanes. A la salida del bosque, había un pequeño puente. Inmediatamente seguía una curva pronunciada, y al llegar allí el coche disminuyó algo la velocidad.

De pronto, una fuerte explosión atronó el ambiente. Los ocupantes del coche volvieron a una la cabeza para ver el automóvil seguidor volando con el puente sobre el que estaba pasando. Una densa humareda llenó el lugar y, al instante, se dio cuenta Shendell de lo que ocurría.

—¡Aprisa! —ordenó el teniente, inclinándose hacia el conductor—. ¡Pisa a fondo el acelerador!

El soldado que conducía dispúsose a cumplir aquella orden; pero en el mismo instante advirtió cómo uno de los árboles que flanqueaban la carretera se inclinaba y abatíase sobre ella, interceptándola.

Frenó el coche, y el teniente hizo ademán de apearse, al tiempo que llevaba su diestra al costado.

En aquel momento, de entre los árboles surgieron media docena de individuos, esgrimiendo sendos fusiles ametralladores.

—¡Quietos o disparamos! —gritaron en alemán.

Los dos alemanes alzaron los brazos. Uno de los asaltantes llegóse hasta los detenidos, y sacando una navaja cortó las cuerdas que ligaban sus manos y pies.

—¡Dense prisa! —apremióles—. ¡Antes de diez minutos esto estará lleno de fuerzas!

Shendell saltó con insospechada agilidad, y se acercó a Marta.

—¿Sabía algo de lo que iba a suceder? —le preguntó a boca de jarro.

Al tiempo de apersearse, la joven echóse a reír.

—¿Cree que, de no saberlo, hubiera pedido al comandante que me permitiera ir con ustedes?

Tres de aquellos hombres ataron a los dos alemanes a un árbol, uniéndose seguidamente a los que se alejaban apresuradamente por entre la espesura.

A poca distancia de allí, dos hombres aguardaban al cuidado de varios caballos.

—Faltaré uno —dijo uno de los reunidos—. No contábamos con la señorita.

—Yo me encargaré de llevarla —ofrecióse Shendell—. Y volviéndose hacia Marta Brunnels, añadió, sonriendo: —Si a usted no le importa.

Ella lo miró con un brillo de malicia en sus ojos.

—Perderíamos un tiempo precioso discutiéndolo. Vamos.

Ayudóla a subir, y una vez en la silla acomodóla convenientemente. Inmediatamente espoleó al noble bruto, en seguimiento de los que ya se alejaban al galope.

En aquella marcha perdió Shendell la noción del tiempo. Marta habíase recostado contra su pecho, y el joven sentía la caricia de su cabello bajo su mentón. Embriagábale el suave perfume que desprendíase de aquella mata oscura y sedosa que a cada salto del animal rozaba sus labios.

Cerca de media hora duró aquella desenfrenada carrera. Al fin detuviéronse ante una casa aislada al borde de un pequeño río.

Apeóse Shendell, y ayudó a Marta a hacer lo mismo.

—Sentiría que todavía siguiera dudando de mí —le dijo ella, con cierta ironía en su voz—. Venga conmigo.

Llevóle de la mano hasta la casa, seguidos a poca distancia del sorprendido Hickman.

Al llegar al umbral vio Shendell destacarse una figura de las sombras del interior. Detúvose, y aguardó a que llegara hasta él. Entonces reconoció a la «dama duende», a quien la noche anterior ayudaran a escapar del cerco de los alemanes.

—¡Bienvenidos, mis buenos camaradas! —saludóles alegremente, en tanto tendía hacia los dos hombres sus manos finas y bien cuidadas.

—¡Vaya! —exclamó Shendell, sorprendido—. ¡Francamente, no esperaba dar con usted!

—¿Creía que iba a abandonarles? —preguntó, con una mueca de asombro—. ¡Oh, no, amigo mío! —sonrió encantadoramente—. Les prometí ayudarles si se encontraban en un apuro, y vean que he cumplido mi palabra.

Shendell volvióse hacia Marta para presentarla.

—La señorita Brunnels...

—La señorita Beauchamps es una buena amiga mía —atajóle la mujer, mientras rodeaba a la joven con su brazo.

—¿Beauchamps? —repitió Shendell, asombrado.

—En cierto modo, somos compatriotas —hablóle Marta en francés, mientras sonreía de un modo picaresco—. Usted dijo llamarse Delleval. Paul Delleval, si mal no recuerdo.

Shendell sonrió, avergonzado de lo que había estado pensando de ella.

—No me comporté con usted de un modo muy correcto —confesó—. Estoy tan habituado a desconfiar de todo el mundo...

Marta sonrióle de nuevo, y no respondió. Entraron en la casa, donde ya la partida que acababa de librarles de los alemanes se había reunido con otros hombres que allí aguardaban. La mujer llamó a uno de ellos, y le dio una orden.

—Arriba les proporcionarán otras ropas —indico, volviéndose hacia los dos muchachos—. Las que llevan despertarían sospechas en dondequiera que fuesen.

El patriota condujo a Shendell y a Hickman hasta una habitación

del piso superior. Allí había un armario con algunos vestidos masculinos.

—Pueden elegir lo que más les convenga —les dijo por toda explicación.

Y volvió a salir del cuarto cerrando la puerta.

Veinte minutos más tarde, los dos hombres bajaban de nuevo a la planta. Era indudable que la mayoría de los ocupantes de la casa habían partido, ya que sólo quedaban en ella las dos mujeres y cuatro de los patriotas.

—Tendrán que marchar de aquí cuanto antes —observo la «dama duende», al tiempo que acompañaba a los dos hombres hasta la mesa—. Coman antes alguna cosa.

—¿Va a venir con nosotros?

Movió la cabeza, denegando.

—Tengo que salir inmediatamente para el este. La «resistencia» está allí bastante desorganizada desde el «golpe de mayo».

—¿Qué golpe fue ése? —inquirió Shendell, interesado.

La mujer le aproximó una fuente en la que había unos bocadillos.

—Vayan comiendo, se lo ruego —les dijo—. Es tan poco el tiempo de que disponemos...

Los dos hombres no se hicieron rogar. Marta tomó, asimismo, asiento enfrente de Shendell, y comenzó a comer con gran apetito.

—¿Le hablaron en Londres de Van der Thielden?

—¿Van der Thielden? —murmuró, tratando de recordar—. No; creo que es la primera vez que oigo pronunciar este nombre.

—Van der Thielden era uno de los jefes nacionales de nuestro movimiento —siguió explicando la «dama duende». Él era quien mantenía el enlace con nuestros compatriotas de Inglaterra. Recibía noticias de sus proyectos y se encargaba de dar órdenes a los comités de recepción para que cuidaran de los agentes aliados que periódicamente tomaban tierra en nuestro suelo. Dirigía personalmente la recepción de armamento y la distribución entre los grupos de resistentes. En más de una ocasión se encargó de llevar a cabo arriesgadas operaciones de sabotaje. Van der Thielden era el alma de la resistencia, y la más firme promesa en la liberación nacional. Era decidido, leal, enérgico y no temía jamás el peligro. Era, además, singularmente inteligente y astuto; pero, con

todo, había una persona más astuta que él.

—¿Quién era? —preguntó Shendell, dejando de comer y mirando con atención a su interlocutora.

—El jefe del contraespionaje alemán —repuso ella, con cierto énfasis.

—He oído hablar de él. Kleim me refirió sus procedimientos con los agentes que caen en su poder.

—Es uno de nuestros más duros enemigos —siguió la mujer—. Utilizó uno de sus agentes en Inglaterra para que se presentara a Van der Thielden con el nombre de un agente británico cuya llegada se había comunicado a nuestro jefe. Creo que su nombre era Raleigh. El tal Raleigh era portador, de un plano donde se detallaba el emplazamiento de un enorme depósito de armas y municiones de todas clases. Tratábase de un arsenal capaz para armar a los indefensos grupos que operaban cerca de la costa. Los dos hombres fueron al lugar indicado y, en efecto, allí estaban las armas y explosivos detallados en el informe secreto del agente. Era una vieja mansión de Rotterdam, y las armas habían sido llevadas allí por los propios alemanes. Van der Thielden ya no dudó. Prometió que a la noche siguiente enviaría allí a los jefes de los grupos de resistencia a sus órdenes para hacerse cargo del material.

—Adivino lo que sucedió —observó Shendell, admirando aquella muestra de astucia.

La mujer asintió, mientras sus dedos jugueteaban con una de las servilletas de la mesa.

—Mientras ese Raleigh y Van der Thielden daban cita a todos nuestros más destacados elementos y se presentaban en la casa para hacerse cargo del armamento, en otra de las estancias de la misma edificación se encontraban el jefe del contraespionaje alemán y los hombres a sus órdenes. Y de este modo tan estúpido, fueron cayendo en sus manos nuestros mejores luchadores.

—No hay duda que se trata de un hombre sumamente astuto.

—Hasta cierto punto, juega con nobleza. Disputa a la «Gestapo» todas sus presas y las libra del pelotón de ejecución. No sé de uno solo de nuestros jefes que haya sido ejecutado por orden suya.

—En verdad que es un caso notable.

Shendell se puso en pie, y Hickman lo imitó.

—Por el momento, es mejor que regrese a la casa de Kleim —

indicóle la mujer—. Allí estará seguro.

—Kleim? ¿Qué sucedió con Kleim y los demás?

Ella se echó a reír.

—Conocen muy bien el terreno y consiguieron escabullirse. Sólo cayó un campesino, pero murió en el acto. Así es que no habrán conseguido averiguar nada de lo sucedido.

—Pero estaba aquel Munloehs. El joven que les hizo traición.

Los ojos de la mujer despidieron un extraño destello.

—Ése ya no volverá, a traicionar a nadie —dijo, con decidida entonación—. Hans se encargó de darle su merecido al sorprenderle tratando de huir en la espesura.

Salieron al exterior, donde había tres caballos preparados.

—Bien, volveremos a la ciudad.

—Allí irá a verle alguien de quien ya le hablé.

—¿El agente francés que escapó del seminario de Haren?

—El mismo —asintió la «dama duende»—. El agente Beauchamps, hermano de Marta. Esto es el motivo por el cual mi amiga ha estado en estos últimos tiempos fingiendo colaborar con los alemanes. En adelante, ya no será preciso.

—¿Usted le ha facilitado la huida? —preguntó aún.

—Eso ya no se lo puedo decir —sonrió, enigmática—. Lo sabrá a su debido tiempo. Le ruego, entretanto, que no haga más preguntas que no pueda contestar.

Shendell inclinóse, y besó la mano de aquella mujer. Eran evidentes su distinción y el linaje de su estirpe. No cabía duda que se trataba de una gran mujer, y Shendell no pudo por menos que admirarla sinceramente.

Volvióse ahora hacia Marta, y le sonrió.

—Confío en volverla a ver, señorita Beauchamps —dijo—. Posiblemente, urdiré el modo de retener a su hermano hasta verla aparecer por allí.

—No será preciso —sonrióle Marta, con singular acento—. Espero ir a verlo mucho antes de lo que usted se imagina.

Y le tendió su mano, que Shendell estrechó con fuerza, reteniéndola algún tiempo.

Cinco minutos más tarde, guiados por uno de los hombres de la condesa, se alejaban de allí para regresar al domicilio del comerciante Kleim.

VI

Lucius Kleim abrió aquella mañana más tarde que de costumbre. Esperó a que llegara su ayudante para que él mismo se encargara de amontonar ante la puerta las mercancías que debían transportarse a otras ciudades del este.

Apoyado en el largo mostrador vio acercarse desde el otro extremo de la plaza a Jug Weis, dueño de una lechería y que no había ocultado sus simpatías por los ocupantes de su patria. Kleim frunció el entrecejo, y esperó a que llegara aquel indeseable vecino.

—Buenos días —saludó el de la lechería, al entrar—. ¿Recibiste ya las cestas de fresas que te mandan de Doesborgh?

—No —repuso Kleim, con alguna sequedad que no pasó inadvertida al otro—. Hasta mañana no estarán aquí.

Inconscientemente, con la mano derecha acomodó el brazo izquierdo que llevaba en cabestrillo.

—¿Qué te ha sucedido? —preguntóle Weis, al observarlo—. ¿Te lastimaste?

—No es más que una dislocación —apresuróse Kleim a responder—. Me caí en la escalera, pero me molesta mucho.

—A tu edad hay que ir con cuidado, Kleim —sonrió el otro, irónicamente—. Sobre todo si es de noche...

Salió de la tienda, para volver a cruzar la plaza. Kleim se le quedó mirando, intrigado por el significado que pudieran tener aquellas palabras. Murmuró algo entre dientes, terminando por escupir al suelo, con desprecio.

¿Acaso sabía Weis que la pretendida dislocación no era otra cosa que una bala alemana que le había alcanzado el antebrazo izquierdo?

Sonrió al recordarlo. Había sido una gran suerte burlar el cerco de las patrullas enviadas al molino de Güschaen, y el que Hans consiguiera tropezar con el traidor Munloehs, aniquilándolo de un

certero disparo a la cabeza.

Entró en la trastienda, y se dispuso a apurar la taza de café que acababan de prepararle.

No había concluido de sorber la aromática infusión, cuando oyó que alguien entraba en la tienda. Miró Kleim por una ventana disimulada tras unos montones de cestas, y vio que se trataba de un hombre joven que lo miraba todo con mal disimulada curiosidad.

Dejó la taza sobre la mesa, y salió para averiguar los deseos del desconocido.

—Buenos días, señor —saludó su visitante—. ¿Es usted el dueño de esta tienda?

—Sí, yo soy —contestó, intrigado—. ¿Qué se le ofrece?

—Así, pues, usted es el señor Kleim... —aseguróse, dudando.

—Me llamo Lucius Kleim. ¿Le dio alguien mi dirección?

El hombre miró hacia la puerta, receloso, y al ver que no había nadie por aquellas inmediaciones, se acercó aún más al comerciante.

—Van Storg es quien me ha indicado que viniera a verlo. Mi nombre es Beauchamps. René Beauchamps. ¿No le sugiere nada?

Kleim rascóse la barbilla, pensativo, mientras miraba al techo como intentando recordar.

—¿Beauchamps? ¿Es un nombre francés o belga?

—Es francés, pero ello no importa para lo que me trae aquí. Usted sabe muy bien a lo que he venido.

Ahora Kleim lo miró, asombrado.

—Usted perdone, señor Beauchamps. No tengo la menor idea del asunto que le trae por aquí. Y en cuanto a ese Van Storg...

—¿Tampoco sabe quién es?

—En absoluto.

El joven quedósele mirando, entornados sus ojos muy claros.

—¿Es usted realmente Lucius Kleim?

—Desde luego que soy Lucius Kleim. Aunque le advierto que encontrará otros Kleim en la ciudad.

—Sin embargo... sólo hay un Kleim que sabe que las cigüeñas marcharán el primero de octubre.

Ahora fue Kleim quien miró por encima del hombro del otro, en dirección al exterior.

—Si hubiera comenzado por ahí, se habría ahorrado las demás

explicaciones.

—Pero usted no ignora que Van Storg me envía aquí. Era suficiente para no recelar.

—Yo desconfío ya de mi propia sombra —sentenció Kleim—. En especial, desde que sé que a Van Storg lo detuvieron ayer por la mañana.

—¿Cómo! —exclamó el otro—. ¡No es posible!

—Desgraciadamente, lo es. ¿Quiere pasar a la trastienda, y podré servirle un poco de café caliente, amigo...? ¿Cómo dijo?

—Beauchamps. René Beauchamps.

—Bien, Beauchamps. Trataré de recordarlo. No estoy muy familiarizado con esos nombres franceses.

Entraron en la trastienda, y el comerciante sirvió a su visitante una taza de café. Sentóse frente a él, y comenzó a examinarlo con gran atención.

—¿Cuándo estuvo con Van Storg? —Fue su primera pregunta.

El otro dejó la taza en el plato, y paladeó con verdadera fruición el líquido que acababa de sorber.

—Es un café delicioso —alabó, satisfecho—. Hace mucho tiempo que ansiaba tomar una taza de verdadero café.

—Supongo que el lugar de donde viene...

—¿El seminario de Haren? ¡Bah! Es cierto que allí nos tratan de un modo que ni siquiera podíamos sospechar, pero la libertad es algo demasiado querido para no echarlo en falta.

—¿Cómo escapó de allí?

El francés tardó unos segundos en contestar.

—En realidad, todavía no sé exactamente cómo sucedió. Sólo he podido saber que «ella» se interesó por mí. Luego, intervino uno de los guardianes. Su nombre es Dammers. Él preparó la fuga, y me puso en relación con Van Storg.

—¿Ella? ¿Se refiere a...?

—A la «dama duende». Demasiado sabe que nadie sino ella podía hacerlo. Van Storg me dijo que usted me pondría en relación con ella.

Kleim se puso en pie, y echó una ojeada a la tienda a través de la ventana. Luego, satisfecho de su observación, volvió junto a su huésped.

—Le ayudaré en su deseo —respondió—, pero antes quiero que

vea a dos amigos que están aguardando su llegada. La «dama duende» manifestó su interés por esta entrevista.

—¿De quién se trata?

—Son dos agentes norteamericanos que descendieron la otra noche. Necesitan información sobre el paradero de varios de sus compañeros que, al parecer, se encuentran en el seminario de Haren. Nadie mejor que usted que viene de allí podrá satisfacer tan legítima curiosidad.

—¿Dos americanos? —murmuró el francés, pensativo—. Sí, creo que será una entrevista muy interesante para todos.

Kleim llamó a su ayudante que se encontraba en el almacén contiguo, y le dio el encargo de atender la tienda durante su ausencia.

—Es conveniente que no vayamos juntos —le dijo a Beauchamps—. Salga usted primero y deténgase junto a los soportales del otro lado de la plaza. No tardaré en pasar por allí. No tiene que hacer otra cosa que seguirme desde cierta distancia, y entrar en la casa donde yo lo haga.

Asintió el francés, y salió de la tienda. Cinco minutos más tarde hacia Kleim lo propio Al cruzar por delante de los soportales, vio a Beauchamps apoyado contra una de las pilastras. Pasó sin demostrar que advirtiera su presencia, y se alejó por una de las calles que desembocaban en la céntrica plaza.

Al llegar a uno de los arrabales del sur, entró Kleim en una casa de sórdido aspecto. Abrió una puerta que daba a una especie de cuadra y subió por una escalerilla inferior. Desde el primer rellano, aguardó a que apareciera Beauchamps.

No tardó el francés en entrar. Kleim le hizo una seña, y el joven se le acercó. En silencio, procedióle hasta llegar ante una puerta. Kleim llamó a ella con los nudillos. Repitió la llamada por dos veces más y aguardó a que abrieran.

Al fin, giró la madera. En el hueco oscuro destacóse la silueta de Wade Shendell. Inmediatamente detrás estaba Hickman, empuñando un arma.

—No hay cuidado, muchachos —tranquilizóles el comerciante—. Ha llegado, al fin, el hombre que esperabais.

—¿El agente Beauchamps? —preguntó Shendell.

Kleim hizo un gesto afirmativo.

El norteamericano se hizo a un lado, y los dos hombres entraron en aquella habitación.

—Aquí tiene al hombre que escapó del seminario de Haren —indicó Kleim, dejándose caer en una de las sillas—. Es francés, y se llama René Beauchamps. Éstos son los dos agentes de que le hablé. Puede hablarles con absoluta confianza, Beauchamps.

—¿Cuánto podré ver a la «dama duende»? —insistió el francés, no obstante.

—Ya le dije que no tardaría en proporcionarle esa entrevista. Las circunstancias son un poco adversas para poder señalar un plazo fijo.

—Bien, me basta con que se interese por ello.

Kleim se levantó de nuevo, y se despidió de los reunidos.

—Volveré al atardecer —anunció—. Hasta entonces, pueden hablar tranquilamente de cuánto les interesa. Posiblemente, a mi regreso pueda proporcionarles noticias de suma trascendencia.

Al atardecer, Kleim recibió una nueva visita. Mejor dicho, fueron dos las personas que fueron a verlo. Un hombre alto y fornido, de simpático aspecto, acompañando a una linda jovencita.

Hubiera sido muy difícil al comandante Kittzenbach reconocer en ella a la gentil doctora que un mes antes presentárase en su Cuartel General atendiendo al llamamiento hecho, y ofreciendo sus servicios como médico de uno de los hospitales que los alemanes tenían instalados en el territorio holandés.

El hombre entró en la tienda dando el brazo a su gentil acompañante, y dirigióse al comerciante que, tras el mostrador, examinaba unos libros. Éste levantó los ojos, y por unos instantes contempló a los que acababan de entrar.

—¿Recibió los tulipanes que le encargué, Kleim? —preguntó, con la mayor naturalidad.

—Tengo una variedad rarísima que estoy seguro le encantarán a la señorita —repuso el comerciante, cerrando sus libros—. ¿Quieren venir conmigo?

Y se dirigió hacia la trastienda. La pareja lo siguió, y no bien hubieron entrado, cerró Kleim la puerta que comunicaba con la pieza delantera.

—¿Qué tal la herida del brazo, viejo zorro? —preguntó el joven, cogiendo al dueño por los hombros.

—¡Bah! —rió Kleim—. No tardará en estar curada. De no ser por ti, Gustavo...

El joven volvióse hacia la muchacha, y tomó una de sus manos, llevándola hasta Kleim.

—La señorita Beauchamps —dijo con admiración y orgullo—. Una magnífica aliada a nuestra causa.

—Es un placer para mí, señorita Beauchamps —habló el viejo, estrechando la mano que Marta le tendía—. He oído hablar mucho de usted.

—Gracias, Kleim —sonrióle ella—. ¿Tiene alguna noticia de mi hermano?

—Su hermano está aquí —afirmó el comerciante—. Llegó esta mañana y se encuentra en lugar seguro. Con él están los dos americanos que escaparon ayer.

—¿Podré ir a verlo? —inquirió ella, anhelante.

—¡Claro que podrá verlo! Me figuro la impaciencia que sentirá, después de lo que ha estado haciendo para libertarlo.

—Yo saldré para realizar dos o tres gestiones —intervino Gustavo—. Volveré al anochecer a recoger a la señorita Beauchamps. No sería conveniente que nos vieran juntos.

Kleim lo despidió en la misma trastienda. Una vez hubo salido el joven, volvióse hacia la muchacha con un guiño significativo.

—Vamos a darle una sorpresa a su hermano, señorita —indicó satisfecho por aquel papel que se acababa de adjudicar—. ¡Qué poco se estará él imaginando que está usted tan cerca!...

—Si supiera usted lo que he luchado para vivir este momento...

Diez minutos más tarde, abandonaban la tienda. Aquella vez siguió Kleim un camino distinto para llegar al caserón donde permanecían ocultos los tres agentes. Apresuró el paso. No tardaría en anochecer, y a esa hora las patrullas de vigilancia alemanas comenzaban sus rondas por las calles de la ciudad. Hasta entonces no había tenido el menor tropiezo, pero nunca sabía uno las sorpresas que podían presentarse cuando menos lo esperara.

Entró en la casa por la escalera que había en el patio posterior. Tomó la mano de Marta y la condujo hasta una habitación modestamente amueblada. Abrió la ventana y dejó que la claridad del atardecer penetrara en la estancia.

—Usted aguardará aquí, querida señorita Beauchamps —dijo

Kleim, cual si estuviera llevando a cabo una travesura—. Yo me encargará de traerle a su hermano.

Marta sonrióle una vez más, con agradecimiento. Acercóse a la ventana, y quedó de espaldas a ella mirando hacia la puerta por la que acababa de salir Kleim.

Lucius Kleim frotóse las manos, satisfecho, y se detuvo unos segundos en el rellano de la escalera interior. Luego comenzó a subir los escalones que conducían al piso donde escondía a sus protegidos. Llamó a la puerta en la forma convenida, y no tardó en aparecer la recia silueta de Wade Shendell.

—¡Hola, muchacho! —saludóle, afectuosamente—. ¿Aburridos?

—Al contrario, Kleim —repuso Shendell, cediéndole el paso—. Hemos tenido con René Beauchamps una substanciosa entrevista. Estuvo hablándome de los agentes encerrados en el seminario de Haren.

—Celebro que haya podido serle útil. ¿Dónde está ahora ese chico?

Shendell hizo le un ademán, indicándole una puerta próxima. Hacia ella se encaminaron los dos hombres. Shendell la abrió, al tiempo que decía:

—Ya ha llegado Kleim, Beauchamps. ¿No quería verlo?

El francés se puso en pie y arrojó al suelo el cigarrillo que estaba fumando.

—Creí que no iba a llegar nunca, Kleim —declaró—. Comprenderá que no puedo permanecer aquí indefinidamente, sin saber...

—¿Qué es lo que tanto le interesa, Beauchamps?

—Demasiado lo sabe.

Kleim avanzó unos pasos hacia él.

—Hay una persona que desea verlo, Beauchamps.

—¿Una persona? —preguntó, no sin cierto asombro.

—La he traído —siguió el comerciante— porque sé que le causará una gran alegría.

El francés entornó los ojos, mirando fijamente a su interlocutor.

—¿Puede decirme de quién se trata?

—Sólo le diré que es una mujer.

—¿Una mujer? ¿Acaso la «dama duende»?

Kleim sonrió, enigmático, y se encogió de hombros.

—Vaya pronto y no la haga esperar. Yo aguardaré aquí, con mis dos amigos americanos.

Ahora los labios del francés entreabrióronse en una amplia sonrisa.

—Es usted un hombre genial, Kleim. Ahora me convenzo de que para usted nada hay imposible. ¿Dónde está ella?

Kleim lo llevó hasta la escalera, y señalóle el lugar donde poco antes dejara a Marta Beauchamps.

—Vaya pronto, muchacho —le dijo, dándole una afectuosa palmadita a la espalda—. No la haga esperar.

Kleim lo vio descender la escalera, y tan pronto se detuvo en el rellano inferior, volvió junto a los dos americanos.

—¿Vino con usted la «dama duende»? —preguntóle Shendell, intrigado.

—No es la «dama duende» —sonrió Kleim, enigmático—. Es la propia hermana de Beauchamps la que espera abajo.

—¿Marta ha venido? —preguntó, agradablemente sorprendido.

Kleim afirmó con un movimiento de cabeza.

—Dentro de unos momentos podremos bajar. Entretanto, debo decirle...

Kleim se interrumpió, y ambos hombres se miraron con extrañeza. Un grito apagado había llegado hasta allí, y aquel grito no podía proceder sino de una mujer a quien algo había asustado.

Sin pronunciar una sola palabra, los dos hombres echaron a correr hacia la puerta, seguidos a poca distancia de Hickman, que en aquel momento llegaba de la habitación contigua. Kleim señaló la puerta del rellano inferior, y Shendell, comprendiendo su gesto, precipitóse escaleras abajo.

Antes de empujar la puerta, llamó al francés.

—¡Beauchamps! ¿Está ahí dentro?

Ninguna respuesta le llegó del otro lado. Entonces lanzó con violencia su cuerpo contra la madera. Saltó el cerrojo, y con el ímpetu fue a parar al centro de la estancia.

No había nadie en ella, pero la puerta del fondo estaba entornada. Corrió hacia ella, y terminó de abrirla. Inmediatamente se detuvo, paralizado.

El francés se encontraba en el extremo opuesto, junto a la escalera de escape y tenía sujeta a Marta por la cintura, en tanto

con la diestra esgrimía su pistola. Escudábase en la indefensa muchacha, y por la expresión de terror que reflejaban las facciones femeninas, comprendió que algo terrible estaba sucediendo.

—¡Beauchamps! —exclamó de nuevo—. ¿Qué significa todo esto?

—¡No se acerque! —Intimidóle el francés—. Un solo paso que dé y va a tener que lamentarlo.

Continuó retrocediendo, sin dejar de escudarse en Marta. Luego, al trasponer el umbral cerró la puerta con violencia.

—¿Qué diablos ocurre? —murmuró Kleim, asombrado.

Shendell apretó los puños con rabia.

—Creo que ya entiendo... —Encaróse súbitamente con Kleim, y le preguntó—: ¿A dónde conduce esa escalera?

—Da al patio. Por él se sale a la calle trasera.

Shendell apartó al comerciante con cierta brusquedad y echó a correr hacia una de las ventanas de la habitación donde entraran primero. Daba al patio, cuyo suelo se encontraba a unos cuatro o cinco metros de la abertura.

De una rápida ojeada estudió Shendell la situación. El francés no tardaría en salir de allí, llevándose a Marta. Un disparo en aquellos momentos hubiera atraído la atención de las patrullas alemanas de vigilancia. La única probabilidad de rescatar a la muchacha, estaba en proceder con energía y sin vacilaciones.

Descolgóse por el hueco de la ventana, y tan pronto vio salir al hombre que se escudaba en Marta Beauchamps, dejóse caer con la pistola dispuesta.

Fue a parar a un metro escaso de ellos, pero antes de que el otro se diera cuenta de lo que ocurría, Shendell abalanzóse como un felino, yendo a caer sobre el desprevenido agente. Éste, sorprendido por aquel alud que se le venía encima, intentó esquivarlo, y al hacerlo cayó de espaldas. En la misma posición en que quedara, intentó alcanzar el revólver que se le había caído, pero Shendell, de una fuerte patada, lo lanzó a gran distancia. Inmediatamente rodeó con sus manos el cuello del falso agente, para impedir que pudiera gritar y atraer la atención de otras personas.

Hickman y Kleim llegaban en aquel momento, y ayudáronle a inmovilizarlo. Una sólida mordaza fue colocada en su boca, siendo trasladado acto seguido al interior de la casa.

—Subidlo arriba —indicóles Kleim, pasando delante.

Los dos muchachos llevaron a su prisionero hasta la habitación que ocupaban en el piso superior. Ya en ella, dejáronlo sobre uno de los camastros.

En aquel momento, entró Marta.

—¡Ha sido horrible, Shendell! —dijo al muchacho, cogiéndole el brazo—. Jamás pasé un susto como el de hace unos momentos.

Shendell sonrióle con simpatía.

—Nada debe temer, señorita Beauchamps —aseguró—. No la suponía a usted capaz de asustarse por cosas de esta índole.

—Sin embargo... ese hombre me sorprendió en tal forma... ¿Cómo fue que lo trajo aquí? —inquirió, dirigiéndose a Kleim—. ¿Cómo pudo hacerle creer que se trataba de mi hermano?

—No lo entiendo... —balbució Kleim, aturdido aún por lo que acababa de ocurrir—. Vino a mi tienda y me dijo que lo mandaba Von Storg. Luego dio la contraseña, y ya no dudé.

—¡Dios mío! —exclamo Marta, angustiada—. Ahora entiendo lo que esto significa.

—¿Qué le pasa, señorita Beauchamps? —preguntóle Shendell, aproximándose solícito.

—A mi hermano ha debido ocurrirle, algo. Probablemente, lo dejarían escapar para tenderle luego una celada.

Shendell miró al prisionero. Luego acercóse, al lecho y sentóse al borde. Sacó la pistola y la apoyó en el costado izquierdo del hombre que acababan de depositar en ella. De un brusco tirón quitóle la mordaza que le colocaran.

El otro lo miró, fríamente, aunque recelando de sus intenciones.

—¿Qué viniste a buscar aquí?

—Nada.

La presión del arma acentuóse en su costado. Sin embargo, Shendell sabía que no era aquel argumento convincente para obligarle a hablar.

—¿Qué habéis hecho del agente Beauchamps? —insistió.

Sólo obtuvo un marcado encogimiento de hombros.

—Ya hablarás más tarde. ¡Maldito demonio! —Increpóle Kleim.

Volvieron a colocarle la mordaza, y Shendell guardó el arma.

—Será conveniente sacarlo de aquí cuanto antes. En otro lugar más seguro, posiblemente se mostrará menos reacio a despegar la

lengua.

—¿Crees que eso pueda ser fácil? —opinó Hickman.

—Yo me encargaré de ello —afirmó Kleim—. Voy a llevarme a la señorita Beauchamps, y no tardaré en volver para prepararlo todo.

Shendell acompañó a los dos hasta el pie de la escalera.

—Fue la sorpresa lo que me impidió reaccionar —explicó Marta—. Se presentó casi de improviso, y me preguntó quién era.

—Él creía encontrar a la «dama duende». Tal vez, de momento, creyó que usted lo fuera.

—Le pregunté qué buscaba allí —siguió Marta Beauchamps—. Entonces fue cuando me dijo que se llamaba René Beauchamps, y que acababa de huir del seminario de Haren. Le repliqué que mentía, que yo era la hermana de René y que era aquélla la primera vez que lo veía. Sólo oír aquellas palabras y sacar la pistola para intimidarme, fue todo uno.

Habían llegado al almacén, y Shendell estrechó su mano con fuerza.

—Adiós, Marta —le dijo—. Tenga mucho cuidado. No estaré tranquilo hasta saber que está en lugar seguro.

Ella lo miró, en tanto bailaba una maliciosa sonrisa en sus lindos ojos.

—Se preocupa mucho por mí, Shendell.

—¿Cree que hago mal?

—No, desde luego que no. Sinceramente, me gusta saber que alguien se preocupa de mí.

Libróse de su mano y marchó tras Kleim, que acababa de abrir el pesado portón. Aún volvióse para agitar una mano, a modo de despedida. Contestó Shendell en igual forma. Luego, volvió a subir al piso alto.

VII

Kleim no tardó una hora en regresar. Volvía conduciendo un camión cargado de cajas y cestas que contenían frutas y hortalizas. Subió hasta donde habían quedado los americanos custodiando al falso agente.

—Tengo el camión aguardando abajo —dijo a Shendell—. Ésta es la mejor hora para sacarlo de la ciudad. Es de noche, pero todavía lo suficiente temprano para exponernos a tropezar con las patrullas de vigilancia.

—¿Tiene alguna idea de cómo lo vamos a conseguir? —preguntó Shendell.

Kleim hízole una seña para que lo siguiera. Condujo al muchacho hasta los bajos de la casa, donde tenía un almacén en el que había gran profusión de cajas y embalajes vacíos.

—Uno cualquiera de éstos nos servirá para sacarlo de la ciudad —indicó.

Shendell asintió. No le fue difícil adivinar las intenciones del comerciante.

Regresaron al cuarto donde quedara Hickman vigilando al prisionero, y cogiendo a este último lo bajaron al almacén. Luego de examinar las ligaduras y la mordaza, dedicáronse a buscar un cajón apropiado.

No les fue difícil hallarlo. Metieron en su interior al falso Beauchamps. Cabía allí perfectamente, aunque estuviera encogido. Procedieron a clavar la tapa y ayudaron al comerciante a cargarlo en el camión.

La calle estaba desierta, y apenas si había la suficiente claridad para llevar a cabo tal operación. Terminada ésta, subieron los tres hombres al camión, que se alejó seguidamente de aquel lugar.

Al llegar al otro lado del río y antes de tomar la carretera que se dirigía hacia el este, Kleim detuvo el vehículo, indicando a los dos

muchachos que había llegado el momento de apearse.

—Ahí en el cruce hay un control alemán —les dijo—. Seguid por ese camino hasta encontrar un canal de riego. Luego torced a la izquierda, hasta salir a la carretera. Allí estaré aguardando.

Se alejaron los dos por el camino que el comerciante les indicara. Éste reanudó la marcha, y pocos segundos más tarde deteníase de nuevo en el cruce. La barra estaba echada, y Kleim mostró al oficial del puesto los documentos que le permitían la libre circulación en su vehículo a fin de atender al abastecimiento de la población.

El alemán examinó los papeles, devolviéndolos seguidamente. Hizo una seña a los soldados que cumplían aquel servicio, quienes levantaron la barra. De esta forma, el camión de Kleim siguió en dirección de La Haya.

Quinientos metros más allá, detuvo el vehículo y se apeó. A fin de evitar toda sospecha, dedicóse a examinar el motor.

En esta tarea le sorprendió la llegada de los dos americanos.

—¿Hubo alguna dificultad? —preguntó Shendell, saliendo a la carretera, luego de haberse cerciorado de que no había nadie por aquellas inmediaciones.

—Ninguna —repuso el comerciante—. No perdamos tiempo.

Subieron todos al vehículo, alejándose de allí sin pérdida de un solo instante más.

A unos tres kilómetros de Deventer desvió Kleim el camión por un camino que se adentraba en dirección de unas montañas. Antes de llegar a ellas, les salió al paso una alquería. No había luz en las ventanas, pero apenas cesó de roncar el motor, cuando se abrió la puerta y una sombra se adelantó hacia ellos.

—Kleim? —interrogó, en voz baja.

—Sí. Ven acá, y ayúdanos a descargar la mercancía.

Un hombre de aspecto robusto dejóse ver. Kleim le señaló la caja donde iba el cautivo. Sacáronla del camión, llevándola al interior de la granja. El mismo hombre volvió a salir y sin aguardar la menor indicación del comerciante llevóse el camión hasta la carretera por la que acababan de venir.

Un nuevo personaje apareció por una puerta interior y casi inmediatamente, vio Shendell aparecer detrás de él la faz pálida y hermosa de Marta Beauchamps.

—No esperaba encontrarla aquí —le dijo, contento, no obstante, por aquella coincidencia.

—Era preciso que yo estuviera presente en el interrogatorio de ese hombre.

Y Marta señaló con un ademán el cajón en el que acababan de traer al agente enemigo.

En unos instantes hicieron saltar la tapa, y sacaron de él al prisionero. Se le dejó sentado en un banco, y fue despojado de la mordaza.

Otros tres hombres y una mujer habían aparecido entretanto. El agente miró a todos con desdeñosa frialdad.

Kleim se le acercó, y quedó a muy poca distancia de él. Lo mismo hizo el joven llamado Gustavo, que acompañara a Marta hasta la ciudad.

—¿Dónde está Beauchamps? —preguntó Kleim.

—¿Qué habéis hecho de él? —inquirió Gustavo.

El prisionero no despegó los labios.

—¿Quién te dio la contraseña? —continuó el comerciante.

—¡No creas que te va a dar resultado el callar! —amenazó el otro.

Y así comenzó un rápido asedio a preguntas, con el fin de desconcertar al pretendido agente.

—¿En qué lugar lo habéis encerrado?

—¿Qué es lo que te han ordenado tus jefes?

—¿Qué sabes de la «dama duende»?

—¿Quién planeó la captura de Beauchamps?



—¿Quién planeó la captura de Beauchamp?

El otro siguió impasible. Entonces, Kleim sacó una pistola y apuntó en el entrecejo del cautivo.

—¡Vas a obligarme a que te meta una bala entre los ojos! ¿Quieres hablar de una vez, maldito demonio?

—Yo lo volveré más razonable —sonrió Gustavo—. Vamos a

quitarle las ligaduras.

Entre los dos hombres libraron a su prisionero de las cuerdas. Aquello ya no le pareció muy bien al agente. Miróles, extrañado, pero su indecisión no duró mucho tiempo.

—Trata de defenderte, espía del diablo —escupióle Gustavo al rostro—. Vas a recibir la mejor paliza que jamás te dieron en tu vida.

Aquello desvaneció sus dudas. Retrocedió hasta la pared, pero Gustavo fue a buscarlo allí, y cogiéndolo por las solapas lo zarandeó, haciendo chocar su cabeza contra el muro.

Aquel gesto exasperó, al fin, al espía. Trató de golpear el rostro de su contrincante, quien hábilmente esquivó el puño.

A partir de aquel momento, los dos hombres se acometieron con tesón. Shendell sentíase atraído por aquel sistema empleado por sus aliados, mucho más noble que otra clase de métodos que siempre reprobara.

Sólo cinco minutos duró la pelea. Gustavo la suspendió voluntariamente, al advertir que su contrincante ya era incapaz de poner la más mínima precisión en los golpes. Cogiolo de un brazo y obligóle a sentarse otra vez.

—¿Vas a decirme ahora lo que sabes de Beauchamps?

Pero, ante el asombro de todos, el prisionero movió la cabeza, negando.

Los dedos de Gustavo crispáronse como dos garfios en la camisa parduzca de su contrincante, y lo levantó, casi en vilo.

—¿No quieres decirlo? ¿Sabes lo que voy a hacer contigo, si continúas negándote a hablar?

El otro siguió mirándolo, con turbia e imprecisa mirada.

—Voy a entregarte a «Los Vengadores de Appeldoorn» —continuó, inflexible—. Ellos emplearán otros métodos más persuasivos para arrancarte lo que guardas ahí dentro.

—¡No! ¡Usted no hará eso! —gimió el francés, asustado—. ¡Yo no he cometido ningún delito para entregarme a esos fanáticos!

Gustavo sonrió, triunfador.

—En tal caso, harás bien en contestar a todas nuestras preguntas. Es el único modo de librarte de una suerte cruel.

—Yo no intervine en la captura de Beauchamps —murmuró, dejándose caer de nuevo en el asiento—. Los agentes de la

«Gestapo» lo detuvieron cuando se dirigía al encuentro de Van Storg. Obligáronle a confesar. Luego, ellos me confiaron a mí la tarea de llevar a cabo su papel y de averiguar el paradero de la «dama duende».

—¿Dónde está ahora Beauchamps?

—Lo tienen encerrado en una casa de las afueras de Rijssen. Hay cinco hombres custodiándolo. Allí debo ir, una vez terminada la misión que se me ha confiado. Hasta entonces, no lo trasladarán a Haren.

Shendell miro a Marta, y vio cómo llevaba una mano a su garganta, como intentado dominar la terrible angustia que la dominaba.

—No sufra por su hermano, señorita Beauchamps —le dijo, aproximándose a ella—. No crea que lo vamos a dejar abandonado a su suerte.

Ella lo miró, sonriéndole agradecida.

—¿Qué casa es ésta? —preguntaba Gustavo.

—Es una pequeña casita de recreo que se encuentra cerca de la presa. Para llegar a ella, debe cruzarse un puentecillo sobre el canal.

—Conozco ese lugar —intervino Kleim—. ¿Creéis que sería fácil sorprender a los alemanes?

—Sea o no fácil —opinó Shendell, adelantándose a los demás—, nuestro deber es intentar sacar a Beauchamps de las manos de sus aprehensores.

Vio a los reunidos asentir en silencio.

—En tal caso, no debemos perder un segundo más —declaró el comerciante de Deventer—. Tenemos el camión aguardando, y antes de media hora podemos estar en el sitio indicado por ese hombre.

Un viejo granjero y su hijo, quedaron vigilando al prisionero. También decidieron que Marta quedara allí, aguardando el regreso de la expedición.

En el camión subieron, además de los dos americanos, Kleim y tres hombres, uno de los cuales era Gustavo, el hombre de confianza de la «dama duende» y que en aquella ocasión había acompañado a Marta Beauchamps.

Dando un pequeño rodeo, a fin de evitar los lugares donde era posible tropezar con fuerzas de ocupación, llegaron, al fin, a poca

distancia de la casa. Fue ocultado el camión en la espesura de un grupo de árboles, avanzando sus ocupantes hasta situarse a la vista de la casa.

Un soldado paseaba por el jardín. Indudablemente, era aquél el único centinela, ya que, posiblemente, nadie sabía a quién tenían encerrado ni era presumible que se atrevieran a husmear por sus alrededores.

Shendell y Gustavo se adelantaron, buscando la protección de unos arbustos. Casi inmediatamente detrás estaba Hickman y, más alejados, quedaron esperando los demás.

Durante unos minutos permanecieron observando las idas y venidas del guardián de la casa. Shendell dióse cuenta de que, de vez en cuando, pasaba muy cerca de un macizo de rosales situado a la extremidad izquierda de la edificación.

Hizo una seña a Gustavo, y se alejó de él. Buscando la parte más espesa del jardín, dio un rodeo hasta alcanzar el punto deseado. Agazapóse a su amparo, como el felino que en la obscuridad acecha a su presa, y esperó la circunstancia favorable que pusiera a su alcance al desprevenido centinela de la casa.

No tardó en presentarse aquélla. Shendell viólo aproximarse, ajeno a lo que a su alrededor sucedía. Y no bien pasó junto a los rosales, saltó como impulsado por un resorte, abalanzándose contra el alemán. Con el arma que empuñaba descargó un certero golpe en la cabeza de aquel hombre, quien desplomóse inerte sin proferir la menor queja.

Casi inmediatamente vio las siluetas de Gustavo y de Hickman acercarse desde otro lado del sendero.

—¡Ha sido magnífico! —Ponderó el holandés, en voz baja—. Lo llevaremos a cierta distancia, para evitar que pueda dar la voz de alarma al volver en sí.

Gustavo cargó aquel cuerpo sobre sus espaldas, y se encaminó a donde quedaran sus tres compatriotas. Segundos después, estaba de regreso.

—Ahora habrá que ver dónde tienen encerrado a Beauchamps.

Shendell examinó el edificio y pronto encontró un punto que le ofrecía una posibilidad de acceso. Seguido de Hickman y del joven holandés, trepó hasta una pequeña terraza que abríase sobre el jardín. Desde ella no tuvieron dificultad en alcanzar una de las

ventanas del piso alto.

Con la pistola dispuesta, entró Shendell en el cuarto. Estaba completamente vacío. Asomóse a una especie de corredor y desde allí escuchó el rumor de unas voces que procedían del piso bajo. Tratábase de los alemanes que tenían a su cargo la custodia de Beauchamps.

Volvióse hacia los que le seguían y que, como él, habíanse detenido para escuchar los rumores de aquella reunión.

—Vamos a sorprenderlos —les propuso en voz muy queda—. Es preciso actuar rápidamente y no dejarlos reponerse de la sorpresa inicial. Esos hombres no temen a nada y son capaces de todo.

Ninguno de los dos acompañantes contestó, pero en el brillo de sus ojos pudo leer Shendell la decisión que los animaba.

Descendieron con sumo cuidado, para evitar que los escalones de madera crujieran lo más mínimo y fuera delatada su presencia.

Ahora las voces llegaban claramente de un salón que había a la izquierda. A juzgar por el ruido de los cubiertos, debía tratarse del comedor.

Muy cerca ya de la puerta, apercibieron sus armas. Luego, a una indicación de Shendell, los tres irrumpieron en la estancia.

—¡Que nadie se mueva o disparamos al instante! —advirtióles Shendell, hablándoles en su propio idioma—. ¡Estamos decididos a lo que sea preciso!

Los cuatro alemanes quedáronse mirando a los intrusos, sin que en sus semblantes se reflejara la menor impresión. No obstante, ninguno de ellos hizo el menor gesto.

Gustavo y Hickman fueron hacia ellos, y en breves segundos les despojaron de las armas que llevaban encima.

—No venimos con malas intenciones —sonrió Shendell, acercándose pausadamente—. Cada jugada requiere su momento y en ésta lo único que nos interesa es cierto prisionero que se guarda aquí. ¿Dónde lo habéis encerrado?

El alemán de Shendell era perfecto, pero los cuatro ocupantes del inmueble no se mostraron dispuestos a darle las facilidades que exigía.

—Creo que en esta forma no vamos a entendernos —habló el americano. Hizo una seña a Hickman, señalándole a uno de los prisioneros—. Buscad un buen sitio para encerrar a los demás, y

dejad solo a ése.

El aludido quedóse donde le indicaban. Hickman obligó a sus prisioneros a colocarse junto a la pared, en tanto Gustavo abría la puerta del exterior y, mediante una señal convenida, llamaba a sus compañeros.

Dos de los holandeses aparecieron en poco tiempo.

—No perdáis de vista a esos tres —advirtióles Shendell—. Los demás, registraremos la casa hasta dar con Beauchamps.

Y aplicando el cañón de su pistola en el costado del alemán que permanecía junto a él, obligóle a dirigirse hacia las habitaciones traseras.

—Sería más conveniente para ti decirme dónde está —insinuó—. Sólo nos proponemos llevárnoslo de aquí.

El alemán hizo un ademán con la cabeza, mirando hacia lo alto.

—Está arriba —contestó—. Puede comprobarlo.

—Bien. Iremos los dos.

Precedido por su prisionero, llegó Shendell hasta el desván de la casa. Ante una puerta cerrada, se detuvo.

—Aquí dentro lo encontrará.

—Abre tú mismo.

—No es preciso. La puerta está abierta, y ese agente no puede escapar porque está prisionero. Si se lo he dicho ha sido, simplemente, porque soy su prisionero, y me hubiera obligado a ello de todas formas. ¿Va a permitirnos volver a nuestra base?

Por un instante cruzó por la mente de Shendell una sospecha. Aquellas palabras parecían adecuadas para que alguien que no era él las oyera, lo mismo que si se tratara de un aviso destinado a una persona que todavía no había entrado en juego.

—Bien, abriré yo mismo —decidió.

Pero tomando al alemán de un brazo obligóle a situarse a su lado. De una fuerte patada empujó la puerta, al tiempo que lanzaba a su prisionero contra la oscuridad del cuarto.

Un fogonazo rasgó las tinieblas, y guiado por él Shendell disparó. Le contestó una imprecación de rabia y dolor. Inmediatamente, abalanzóse a través de la puerta entreabierta, y de un formidable puñetazo derribó a la figura que pugnaba por conservar el equilibrio que perdiera al chocar con el otro cuerpo.

—Será mejor que deje de bailar —le dijo el muchacho,

regocijado por aquella postura en que había quedado.

Vio que se trataba de un hombre, posiblemente un oficial, aunque no podía precisarlo por acabarse de levantar del lecho. Lo miraba con expresión de sorpresa. Evidentemente, todavía no comprendía cómo se le había despertado de aquella forma. El arma con la cual disparara habíasele caído de la mano, yendo a parar a un rincón del cuarto.

—¡Salid los dos de ahí! —ordenóles Shendell.

Bajo la amenaza de su pistola no vacilaron los dos alemanes en obedecer. El muchacho los condujo hasta donde estaban los restantes moradores de la casa. Kleim y sus dos compatriotas seguían vigilándolos.

—¿Qué ha ocurrido, Shendell? —preguntó el comerciante, con expresión de alivio al verlo reaparecer indemne.

—No ha sido nada —repuso—. Intentaban hacerme una mala pasada, pero les salió mal. ¿A dónde fueron Hickman y Gustavo?

—Están registrando los sótanos. En la cocina está la escalera que conduce a ellos —añadió, señalando hacia el lugar mencionado—. Puedes dejar a éstos. Nosotros cuidaremos de que no se os importune.

Dejó a los dos alemanes al cuidado de los holandeses, y se encaminó a la cocina. Bajó por la escalera que conducía a los sótanos y guiado por el resplandor de la linterna de Hickman, no tardó en reunirse a los que buscaban.

—Ya hemos dado con él —avisóle Hickman, al verlo aparecer.

Y dirigió el haz de su linterna a un rincón, sobre el que aparecía un hombre inmovilizado por fuertes ligaduras. A su lado estaba Gustavo, quitándole en aquellos momentos las cuerdas.

—¿Es usted Beauchamps? —preguntóle Shendell, arrodillándose junto al prisionero.

El hombre asintió en silencio. Mirábales intrigado, parpadeando por el resplandor del haz luminoso hacia él dirigido, posiblemente sospechando de sus intenciones.

—No tema nada —tranquilizóle Shendell, adivinando sus pensamientos—. Somos amigos y hemos venido en su busca para llevarlo a lugar seguro.

—¿Amigos? —habló ahora el francés—. Eso mismo me dijeron los que me ayudaron a escapar de Haren.

Shendell sonrió, indulgente.

—Comprendo lo que estará pensando. Sin embargo, fueron los propios alemanes quienes intervinieron en su fuga. Les interesaba para conocer la personalidad y el paradero de cierta persona a quien usted debía ver.

—¿Qué persona?

—La «dama duendes».

El americano vio a Beauchamps vacilar.

—Me llamo Shendell, y pertenezco al servicio norteamericano de contraespionaje —le dijo, para evitar sus dudas—. Aquí estamos varios hombres dispuestos a libertarlo. Hemos sorprendido a los alemanes y arriba están los demás vigilándolos. Supongo comprenderá que no podemos perder un tiempo precioso.

—Tiene razón —repuso Beauchamps—. Llevo dos días encerrado en esta mazmorra, y casi he llegado a perder el juicio. Cuando hace cosa de una hora entraron para inmovilizarme de nuevo, comprendí que me iban a sacar para llevarme otra vez al Seminario de Haren.

Shendell y Gustavo cogieron al muchacho de un brazo cada uno, y ayudáronle a subir a la planta, del edificio. Al ver a los alemanes custodiados por los tres hombres, desvaneciéronse en el ánimo de Beauchamps todas las dudas que todavía albergaba.

Kleim y sus dos ayudantes obligáronles a entrar en un cuarto de los sótanos, cerrando luego con llave.

—Debemos marchar cuanto antes —advirtió Shendell—. Sí pensaban llevarse a Beauchamps, no sería descabellado suponer que de un momento a otro se presenten más fuerzas enemigas.

Salieron de la casa, y se encaminaron hacia donde quedara el camión.

—Cuando me dirigía hacia el lugar que se me había indicado —explicaba el francés—, me encontré con que me aguardaban los agentes de la «Gestapo». Me obligaron a confesarles mis propósitos, y me trajeron luego a esta casa.

—¿Sabe usted a quién debemos el haber descubierto la superchería que intentaban? —le preguntó Shendell.

—¿A quién?

—A su hermana.

En el rostro de Beauchamps pintóse el vivo estupor.

—¡Marta! ¿Es posible que ella...?

Shendell asintió.

—Su hermana está cerca de aquí. Vino a Holanda para averiguar su paradero y tratar de liberarlo.

—¡Es una muchacha admirable! —exclamó Beauchamps, con orgullo.

—También estoy de acuerdo con ello —sonrió el americano—. La casualidad quiso que, a la llegada del falso agente, ella se encontrara en la ciudad. Kleim preparó la entrevista y de este modo fue como se descubrió lo que tramaba.

Estaban acercándose al bosquecillo donde dejaran oculto el camión, cuando uno de los hombres que iban delante, se detuvo de repente. Todos le imitaron, excepto Shendell que se le acercó.

—¿Qué sucede?

—Me pareció ver una sombra deslizarse al otro lado de la carretera —indicó el holandés, señalando hacia la izquierda.

El americano miró en aquella dirección, pero no pudo distinguir nada sospechoso.

—De todos modos, es preciso cerciorarse —dijo—. Yo puedo adelantarme, mientras vosotros esperáis aquí.

—Yo iré, también —declaró Gustavo.

—Bien —accedió el joven—. Sin embargo, sería conveniente separarse en dos o tres grupos, para el caso de que algo sucediera.

—Retrocederemos hasta aquellos árboles —sugirió Kleim—. Allí esperaremos vuestro regreso.

Así lo hicieron, y no bien hubieron desaparecido. Shendell hizo una señal a Gustavo para que lo siguiera.

Adentráronse en el bosque, buscando los lugares donde menos probabilidades se ofrecían a sus enemigos para ocultarse. Dieron un pequeño rodeo, y fueron a salir a muy poca distancia, del camión.

Todo parecía en orden, y ni el más ligero rumor turbaba la solemne quietud de la noche. Unos metros más allá, distinguíase la blanquecina cinta de la carretera.

—No parece haber nadie por aquí —habló Gustavo, en voz muy queda.

—Sí... así parece. Sin embargo, es un silencio demasiado profundo. Nunca me gustó la noche.

De pronto, el oído finísimo de Shendell percibió el crujir de una ramita. Fue un chasquido leve, pero suficiente para hacerle

comprender que sus sospechas no eran infundadas.

Dio con el codo a su acompañante, y se dispuso a retroceder, pero en aquel momento unas sombras surgieron repentinamente a su derecha.

No había tiempo que perder. Echaron a correr para regresar junto a sus compañeros. Nuevos hombres perfiláronse en la penumbra del bosque, y sonaron los primeros disparos.

—¡No podemos ir hacia allá! —advirtióle Gustavo—. Han cortado el camino, y nos cazarían enseguida. Cerca de aquí pasa un río...

Una bala pasó silbando cerca de ellos, y partió una ramita de un árbol. De todas partes surgían alemanes, y nada, sino un milagro, podía salvarlos de caer en sus manos.

Los dos hombres corrían vertiginosamente a través del bosque. Unas ramas bajas azotábanles despiadadamente, arañando sus rostros y manos mientras buscaban su salvación en la obscuridad. Era indudable que habían sorprendido el emplazamiento del camión, y sospechado de que algo anormal ocurría en la casa.

Al llegar a la orilla del río, las pisadas de sus perseguidores resonaban próximas. Shendell abrigaba la esperanza de que con su precipitada huida habían conseguido atraer la atención de los alemanes y, por consiguiente, facilitando a sus compañeros el poder ocultarse o huir en otra dirección.

Gustavo titubeó ante la corriente, pero la aparición de nuevos soldados vigilando aquella parte, terminó con las esperanzas que abrigaba de poder escapar.

—¡Tire el arma al agua! —le dijo, al tiempo que él lo hacía—. Es la única forma de evitar que nos fusilen aquí mismo.

Shendell vaciló. También él sabía que al agente que se le capturaba con armas encima, podía fusilársele sin molestarle siquiera en tomarle declaración. Comprendió que, por el momento, era aquélla la mejor solución. Imitó la acción de Gustavo y echó a correr hacia la izquierda. Allí comenzaba una rápida pendiente. Trepó buscando los escasos matorrales con los que podía confundirse. Unos metros a su derecha, Gustavo hacia lo propio.

A punto de transponer la cinta completóse el cerco. Media docena de soldados aparecieron en lo alto, apuntando hacia ellos sus fusiles. El ambiente poblóse de voces imperiosas. Shendell y el

holandés detuviéronse en el acto. Habían sido cazados, y no quedaba una sola probabilidad de escape.

Un grupo de diez o doce soldados los rodearon. Registraron sus bolsillos, indudablemente para cerciorarse de que no llevaban armas. Luego, el oficial que mandaba la patrulla dio orden de que fueran conducidos a la carretera. Los dos hombres se extrañaron que no los llevaran de nuevo a la casa que acababan de abandonar. Por el contrario, les obligaron a subir a un coche, vigilados por tres soldados. Inmediatamente detrás, seguía un segundo vehículo con otros cinco individuos.

Veinte minutos más tarde, llegaban a una solitaria casa situada en la carretera, de Appeldoorn. El oficial los ordenó descender, y los hombres de escolta condujéronlos al interior del edificio.

Shendell no dejó de advertir el lujo de precauciones adoptado en aquel lugar. Iba a preguntar a Gustavo por tal circunstancia, pero el holandés, adivinando sus pensamientos, anticipóse a dar la explicación.

—El «nido de la araña» —dijo con una extraña sonrisa, que Shendell no pudo descifrar—. Desde aquí se dirige el contraespionaje alemán en nuestro país. Vamos a tener el honor de enfrentarnos con los más hábiles sabuesos que se dedican a cazar agentes aliados.

Entraban en una sala profusamente iluminada. Sólo había allí dos hombres, hacia los cuales se dirigió el oficial que mandaba la patrulla.

Entonces, ambos se volvieron. Vestían los uniformes de las fuerzas de asalto alemanas, pero Shendell no parecía ya reparar en ello. El gris de sus pupilas hizóse más sombrío, y los músculos de su rostro contrajéronse violentamente, delatando la sorpresa que acababa de experimentar.

El hombre que lo contemplaba, sonriendo al advertir su asombro, no era otro que Samuel Hepple, o, mejor dicho, el capitán Zierbahn. El hombre que fue en busca suya a Londres y lo acompañó al campamento del mayor Canthrup. El hombre que participaba de la campaña aliada en la guerra secreta y que estaba al corriente de las misiones que se llevaban a cabo en territorio holandés, no era sino uno de los dirigentes de aquel eficaz instrumento con el que los alemanes desbarataban todos los

proyectos que se planeaban desde suelo inglés. Hepple o Zierbahn, hombre de confianza de Canthrup, que desde Radio Orange dirigía el movimiento de resistencia en Holanda, era uno de los más decididos colaboradores con que contaban sus enemigos.

Avanzó lentamente hasta quedar a muy escasa distancia del muchacho. Mirólo con un gesto de admiración, y volvió a sonreír.

—Mucho me ha costado dar con usted, Shendell —le dijo—, pero jamás dudé de que vendría a parar a mis manos.

—Ahora ya no me extraña nada de lo que sucede —replicó, con irónica frialdad.

Pero la respuesta de Zierbahn no dejó de ser menos mordaz.

—Eso es lo que me ocurre a mí desde un principio, Shendell, pero todavía le quedan por ver cosas muy interesantes.

VIII

Zierbahn regresó junto al hombre con quien lo hallaran al entrar en aquella casa. Este último llamó al oficial que había llevado a cabo la captura, y le dio unas instrucciones.

—Van a tornarnos declaración por separado —observó Gustavo, en voz baja—. No es ésta la primera vez que me encuentro en semejante caso.

Efectivamente, el alemán llegóse hasta el valiente holandés, y le indicó que saliera con él. Llevóse a dos de los soldados de escolta, y dejó a los otros dos encargados de la vigilancia de Shendell.

Zierbahn tomó algunos de los papeles que había encima de la mesa y por algún tiempo estuvo examinándolos, como si si hubiera ya olvidado a su prisionero.

De pronto volvióse hacia él. Parecía sorprendido de encontrarlo aún cerca de la puerta.

—¡Oh, Shendell! —sonrió, obsequioso—. Perdóneme que me olvidara de usted. Hay momentos en que me absorbo demasiado en los problemas que me ocupan. ¿Quiere sentarse, por favor?

Y le indicó la silla que estaba al otro lado de la mesa.

El muchacho se acercó, y con la mayor naturalidad ocupó el asiento que le ofrecía. Zierbahn lo hizo enfrente, y por unos segundos los dos hombres se miraron, observándose atentamente.

—¿Quiere un cigarrillo, Shendell? —ofreció el capitán Zierbahn, tendiéndole una caja que tomó de encima de la mesa.

Shendell denegó con la cabeza.

—No es americano —dijo el otro, como excusándose—, aunque si lo desea puedo mandarlo traer para usted. Olvidé llevarlo en el bolsillo.

—Gracias —contestó, secamente.

Con un ligero encogimiento de hombros, Zierbahn volvió a dejar la caja en su sitio. Tomó uno de los cigarrillos, y lo encendió con

parsimonia.

—Ya se nos ha escapado una vez, Shendell —comenzó, mientras lanzaba una bocanada de humo—, pero esta vez hemos tomado mejores precauciones. Hay una persona interesada en ofrecerle su hospitalidad, y no creo...

—Sé quién es esa persona, y conozco la clase de hospitalidad que desea proporcionarme —atajó, fríamente.

—Está equivocado si cree que me refiero al comandante Kittzenbarh.

—No es a él a quien me refería.

Zierbahn echóse a reír.

—Comprendo que para usted haya sido un golpe bastante duro, Shendell. He oído hablar del

F. B. I.,

y, para serle sincero, le diré que cuánto he leído acerca de ese organismo me ha parecido simple y puro alarde propagandístico. No obstante, debo confesarle que creo en la sagacidad y en la valía de sus componentes.

Shendell limitábase a mirarlo, tratando de adivinar a qué clase de terreno pretendía llevarlo aquel hombre que con una singular audacia habíase infiltrado en los servicios del Estado Mayor Aliado.

—¿Sabe usted qué día es hoy, Shendell? —preguntóle de repente.

—Desde luego.

—No habrá olvidado lo que se le confió para mañana a las doce de la noche.

—Lo recuerdo perfectamente.

Zierbahn recostóse en el sillón que ocupaba, y miró por un instante al otro oficial que con él ocupaba la sala.

—Canthrup estará impaciente a la escucha de su mensaje. Pero no tema, Shendell, yo mismo me encargaré de que se realice a la hora prevista, y en términos tales que deje al mayor más que satisfecho.

—Sólo falta que me diga que conoce la clave y mi número de control.

—Puede darlo por descontado —sonrió Zierbahn—. Sin embargo, hay un cabo que es preciso atar. Se trata de su compañero Hickman. Aunque confío que antes de que termine de transcurrir la

noche se encuentre aquí. Sólo entonces habrá llegado el momento de enviar el mensaje que espera el mayor Canthrup.

Shendell adivinó las intenciones de aquel hombre siniestro. La batalla por darles caza, y sus intentos por saber de Jackson y demás agentes que se hallaban prisioneros de los alemanes, habíase convertido en una carrera contra reloj que parecía estar decidiéndose en favor del traidor. No dudaba que al expresar sus propósitos se había manifestado con ruda claridad. Conociendo la clave y su número de control, le sería fácil enviar un falso mensaje al mayor Canthrup, tenderle una celada cuyas consecuencias podían ser desastrosas para la marcha de la guerra.

—Veo que tampoco ignora la clase de los datos que mis superiores están esperando —dijo para tantear sus intenciones a dicho respecto.

—Confío en que el mayor Canthrup quede sumamente complacido de su misión —sonrió cínicamente—. Le hablaré de los trabajos que están realizando los agentes que le precedieron y formularé algunas sugerencias que no dudo merecerán su aprobación.

—Ya entiendo —replicó inmutable—. Y por ello dedicaré todos mis esfuerzos a impedir que pueda llevar a cabo sus propósitos.

Zierbahn lanzó una carcajada.

—Sabía que era usted decidido —dijo—, pero jamás creí que su presunción llegara a tal extremo.

—Sólo intento advertirle que jamás me dará por vencido.

—Y yo debo confesarle que le admiro sinceramente, Shendell. No siento por usted la menor animadversión, y puedo asegurarle que haré cuánto de mí dependa por evitarle cualquier mal.

—Siento no poder agradecérselo como debiera —repuso, con sorna—. Aguardaré esta oportunidad para cuando volvamos a encontrarnos en Londres.

Zierbahn volvió a sonreír y se puso en pie. Inmediatamente, Shendell lo imitó.

—Volveré a verlo más tarde, Shendell —anunció—. Cuando tenga noticias de que Hickman ha caído en nuestro poder. Entretanto, iré pensando la naturaleza de mi mensaje.

—Puedo sugerirle algo muy interesante —burlóse tranquilamente.

Pero Zierbahn lo atajó con un gesto.

—Le faltaría fantasía para imaginar un trabajo como el que he proyectado. Viniendo de usted, es completamente improbable que Canthrup vacile en ponerlo en práctica. Le hablaré de la emisora de radio desde la que se dirige el asedio submarino, contra las costas del este y sur de Inglaterra. De los depósitos de armas y municiones, de las instalaciones para el lanzamiento de bombas cohete, y de algunas cosas más que harán deshacerse al mayor en elogios para usted, le pediré el envío de material especial para estas misiones, y de los más valiosos agentes que actualmente se reservan para acciones difíciles. Le hablaré de Owen, de Colton, de Baley, de Ferguson y, en especial, del teniente Connor. Son los mejores ases de que dispone Canthrup, y que no dudo movilizará dados los magníficos objetivos que pondré al alcance de su mano. Nada sospechará que su incomparable Shendell le señale la hora y el lugar donde deberán lanzarse. Será la mejor jugada del servicio de nuestro espionaje, con la que vamos a desposeerle de sus mejores peones. ¿Pensaba proponerme algo parecido? —terminó por preguntar mientras observaba al americano con aire de triunfo.

Shendell no respondió. Había previsto que Zierbahn le expusiera algún descabellado proyecto, pero lo que acababa de insinuar era la gestación de un cerebro diabólico y singularmente astuto. No conocía a ninguno de los hombres que acababa de mencionarle, aunque estaba seguro de que Zierbahn los conocía bien a causa de sus relaciones con el Estado Mayor encargado de dirigir la resistencia en los Países Bajos.

El oficial se hizo nuevamente cargo de él y lo condujo a una habitación vigilada por dos soldados. En ella estaba ya Gustavo. Éste, al verlo entrar, se levantó del camastro y fue a su encuentro.

—Esperaba que te tendrían por más tiempo —le dijo, a la vez que colocada una mano en su hombro—. Cuando se convencieron de que hacerme preguntas era una tarea difícil, me trajeron a este lugar.

—¿Qué es lo que deseaban saber?

—Esta vez no me preguntaron por los jefes de la resistencia ni por el paradero de la «dama duende». Estaban interesados en saber de ti, de tus planes en nuestro suelo, de las relaciones que tenías con nosotros, de los lugares en que habías estado desde tu llegada...

Aunque, a decir verdad, no ponían demasiado empeño en que les respondiera. Creo que saben de ti bastante más que sé yo.

—Estoy seguro de ello —respondió, sentándose sobre el camastro.

Gustavo guardó silencio por unos segundos.

—Tengo esperanzas de que nuestros amigos intentarán cuanto esté en sus manos para sacarnos de aquí. Posiblemente, en estos momentos ya se habrán reunido para estudiar la situación.

—Sin embargo —opinó Shendell, reprimiendo un bostezo—, esta vez no parecen dispuestos a dejarse sorprender. Ya habrás observado la vigilancia que tienen montada alrededor del edificio.

—Sí, ya me he dado cuenta. Es la mejor garantía de que, por esta noche, nadie vendrá a interrumpirnos el sueño.

Y al ver como Shendell tumbábase sobre el lecho y entornaba los ojos, consideró que por el momento era lo mejor que podían hacer. Imitóle en silencio, y a los pocos minutos los dos jóvenes dormían profundamente. Entretanto, en una de las habitaciones del piso alto, el capitán Zierbahn hilvanaba los detalles de aquella fantástica operación que a la noche siguiente y transmitiendo con la clave asignada a Shendell, iba a someter a la aprobación del Estado Mayor Aliado.

Hasta la tarde siguiente no volvió a saber de Zierbahn. Entonces, el oficial y dos soldados de guardia fueron a buscarle a la celda, y lo condujeron a presencia del traidor capitán.

Antes de que el holandés le dirigiera la palabra, ya sabía Shendell el objeto de aquella llamada. En aquella misma sala, apoyándose en la pared a causa de su agotamiento, sujetos los brazos por fuertes ligaduras y las manos y el rostro sangrando por los arañazos y golpes, estaba su amigo y compañero Johnny Hickman.

Shendell sintió como sus últimas esperanzas se desvanecían. Apretó los puños para contener su rabia e impotencia, y miró a Zierbahn con la mayor naturalidad y altivez que pudo fingir.

—Supuse que estaría intranquilo por la suerte de su compañero —le dijo, señalando a Hickman con un ademán—. Tal vez le gustaría hablar a solas.

Shendell no contestó. Quedóse en la misma posición en que le sorprendiera la presencia de Hickman, y fingió no darse cuenta de

las palabras del capitán.

—Podéis dejarlos solos —ordenó Zierbahn, dirigiéndose a los soldados que custodiaban a los dos americanos.

El mismo holandés fue hasta Hickman, y libróle de las ligaduras. Luego se encaminó hacia la mesa que estaba situada al otro extremo de la sala. Una vez allí, aparentó abstraerse en el estudio de unos planes.

Shendell acercóse a Hickman, y cogió una de sus manos, estrechándola.

—¿Cómo estás, Johnny? —le sonrió, animándole—. La fatalidad está cebándose en nosotros.

—Esperaba que habrías podido escapar —repuso Hickman, en voz baja—. Conseguimos alejarnos de aquella casa, pero una patrulla nos descubrió. Optarnos por dividirnos en tres grupos. Me tocó marchar con uno de los campesinos que conocía muy bien aquel terreno. Sin embargo, habíamos atraído la atención de nuestros seguidores, y no tardamos en tenerlos pisándonos los talones.

—Entonces... ¿Os cazaron a todos... y también a Beauchamps...?

—Estoy seguro de que ellos tuvieron mejor suerte. Uno de los disparos alcanzó a mi acompañante, y poco después consiguieron acorralarme. Puedes ver por mi aspecto que la huida no resultaba nada fácil.

Shendell miró hacia donde estaba Zierbahn. Seguía mirando los papeles, y ni siquiera se mostraba interesado por la presencia de los dos jóvenes.

—¿Has reconocido a ese hombre? —le preguntó.

Hickman asintió en silencio.

—Estuvo interrogándome antes de mandarte a llamar. Parece interesado en saber quiénes nos acompañaban anoche. Por ello he deducido que Beauchamps y los otros consiguieron escurrirse entre el cerco de soldados apostados alrededor de la casa.

—Es un hombre diabólico —habló Shendell, bajando la voz—. Asegura conocer nuestro número de control y la clave para transmitir esta noche con el campamento de Canthrup. Tiene el propósito de...

Calló, al darse cuenta de que Zierbahn regresaba hacia ellos.

—Su compañero se encuentra bastante fatigado, Shendell —le dijo, no sin sorna—. Le hemos preparado una habitación independiente de la que usted ocupa con mi compatriota.

Los dos americanos quedáronse mirando, pero ninguno de ellos despegó los labios. Zierbahn llamó a los soldados que aguardaban junto a una de las ventanas, y a una indicación suya lleváronse a Hickman de allí.

—Desearía que nada le faltara mientras se encuentre aquí —manifestó el holandés, una vez quedaron de nuevo solos—. Quiero que lo tenga presente, Shendell.

El muchacho sonrió enigmático, y dirigióse hacia donde estaban sus guardianes. Poco después, entraba, en la celda donde le esperaba Gustavo.

—¿Qué sucede? —preguntó éste, intrigado.

—Han cazado a Hickman —le dijo—. Sin embargo, podemos tener esperanzas de que los demás hayan conseguido escapar.

—¿Lo han traído aquí?

—Sí, se encuentra bastante maltrecho. Hirieron a su acompañante. Beauchamps y los demás fueron por otra parte, y consiguieron escabullirse.

—En este caso, no debemos darlo todo por perdido. Hay muchos hombres que harán lo imposible por librarnos de esta gente.

Shendell movió la cabeza, con gesto de duda.

—Lo único que por el momento me preocupa, es el mensaje que ese Zierbahn piensa enviar a Inglaterra. ¿Cómo es posible que allí estén tan ciegos que no adviertan el peligro que les amenaza?

—Tal vez podamos huir antes de que su obra se haya consumado.

Shendell comenzó a pascar a lo largo de aquella habitación. Por más que se estrujaba el cerebro, no veía el modo de impedir al traidor capitán salirse con la suya. Su triunfo constituiría un grave golpe para la estrategia que el Mando Aliado estaba planeando en los Países Bajos. Cuando la invasión del Continente estaba ya decidida, era muy posible que el enemigo supiera ya el lugar elegido y las fuerzas que iban a tomar parte. Únicamente, y ya Shendell dudaba de que ello fuera un imposible, faltaba precisar el día y la hora en que la operación iba a efectuarse.

Las horas del día fueron transcurriendo lentas y cargadas de

angustiosa incertidumbre. Luego, al llegar la noche, Shendell comprendió que ya nada podía evitar, y sumióse en una profunda indiferencia, aceptando con forzado fatalismo la situación a que los acontecimientos habíanle llevado.

A la mañana siguiente, cuando el sol estaba ya bastante alto sobre el horizonte, fue sacado nuevamente para ser conducido a presencia de Zierbahn.

En la sonrisa de triunfo que iluminaba su semblante, adivinó Shendell la consumación de su atrevido proyecto.

—Voy a regresar a Inglaterra. Shendell —comenzó diciendo el holandés—. Ofrecí al mayor Canthrup venir aquí para conocer el estado del movimiento de resistencia, y he preparado un magnífico informe para ofrecérselo a mi llegada.

—Supongo que sus amigos, los alemanes, le darán toda clase de facilidades para llegar allí sin tropiezo —sonrió con ironía.

—Desde luego —rió Zierbahn—, aunque a los ojos de sus compatriotas serán los resistentes quienes me hayan ayudado.

Hubo una ligera pausa, que el propio Zierbahn cortó.

—Hablaré al mayor de la magnífica labor que están ustedes llevando a cabo —dijo—. Expondré el estado de efervescencia que reina en todo el país, y la necesidad de acelerar los golpes que están ustedes proyectando. Yo mismo le aconsejaré en lo referente al envío de los agentes especializados. Le hablaré de que tanto usted como Jackson consideran de suma necesidad acelerar esos sabotajes que piensan llevar a cabo. El mayor me tiene en muy buen concepto, y creo que no tendré dificultad en disipar cuantas dudas se le ofrezcan.

Shendell sintió como la sangre bullía en sus venas, pero procuró mostrarse indiferente en presencia de aquel hombre.

—¿Era eso todo cuanto pensaba decirme? —le preguntó.

—Sí —respondió—, sólo eso. Y, también, anunciarle que pasado mañana será llevado con sus compañeros al seminario de Haren. Allí espero ir a verlo cuando vuelva por aquí.

—Procuraré no darle esa oportunidad —replicó fríamente.

—Sería una desgracia para usted, Shendell. Y, a propósito, tal vez me sea útil su ayuda en ciertos aspectos. Usted es un buen sabueso del

F. B. I.,

y no he de negarle que algunos de los procedimientos que utilizan pueden sernos aquí de gran eficacia.

—Espero que llegue a convencerse de ello.

Y dando por terminada aquella conversación, dio media vuelta para salir de allí.

En todo el día no pudo ver a Hickman, pero Gustavo logró averiguar que ocupaba una habitación situada al extremo del pasillo al que daba la celda en que se hallaba. Si había que intentar algo, difícilmente podría contarse con él. Lo mantenían aislado, posiblemente con el fin de poder tomarle declaración separadamente de ellos.

Ya entrada la noche, un oficial fue a verlos. Tomó algunas notas referentes a sus datos personales, y volvió a salir. Dijo a Shendell que el capitán Zierbahn antes de partir, había dejado unos paquetes de cigarrillos, con el encargo de que los entregaran a los dos americanos.

Mientras daban cuenta de la cena, que acababa de llevárseles, un fuerte aguacero, acompañado de eran aparato eléctrico, descargaba en el exterior. Shendell se imaginaba a Zierbahn, en una lancha a motor, dirigiéndose al encuentro de las costas inglesas ayudado por los propios elementos de la resistencia que le consideraban como un esforzarlo paladín de la causa aliada.

Hacía ya media hora que concluyeran con la cena, cuando el propio carcelero les hizo entrega de las cajetillas de tabaco que Zierbahn dejara para ellos.

—No tenemos un solo fósforo —dijo Shendell al soldado—. No se me ocurre cómo podríamos encenderlos.

El centinela entró en el cuarto, y ofrecióse a proporcionarles lo que precisaban. Fue solo unos segundos, pero los suficientes para que Shendell pudiera darse cuenta de la situación y las posibilidades que tenía al alcance de su mano. Le repugnaba valerse de una treta como aquélla. Sin embargo, eran demasiado importantes los intereses que se jugaban para desperdiciarlos por un simple escrúpulo.

Dejó que el soldado encendiera el fósforo, y cuando iba a ofrecérselo saltó como una pantera, agarrándosele al cuello y tapándole la boca para impedirle proferir el menor grito. Gustavo, que se dio cuenta en el acto de su intención, acudió con una de las

mantas. En un abrir y cerrar de ojos redujeron la resistencia que ofrecía. Con el mismo revólver que llevaba en el cinto, propinóle Shendell un fuerte golpe, que terminó por dejarlo fuera de combate.

—¡No perdamos más tiempo! —apremió a Gustavo—. ¡Debamos sacar a Hickman y buscar el modo de salir de esta cárcel!

El guardián que tenía a su cargo la vigilancia del piso, llevaba encima las llaves de las habitaciones, circunstancia que facilitó la liberación de Hickman. Apoderáronse de cuantas sábanas pudieron hallar, y se encaminaron hacia uno de los cuartos donde habían descubierto que había una ventana dando al exterior.

Anudando las sábanas, confeccionaron una espacie de cuerda por la que poder descolgarse hasta el jardín. Seguía lloviendo con intensidad, y no era probable que hubiesen apostado una guardia en los alrededores.

Shendell fue quien bajó primero. Desde abajo dio tres tirones para indicar que no había peligro por el momento. Hickman le imitó, y Gustavo fue el último en descender.

Desde el pie del muro, dirigieron hacia la espesura más próxima. Aunque todo se había desarrollado en escasos minutos, era de temer que no tardaran en darse cuenta de su desaparición. Por ello, apenas se vieron a cierta distancia del edificio, echaron a correr a través del campo.

De pronto, un silbido estridente rasgó el ambiente y casi al instante, de la casa partieron varios disparos.

—¡Han advertido nuestra huida! —exclamó Gustavo, que marchaba en cabeza para guiarlos—. De todos modos, la obscuridad nos favorece y espero que no conseguirán encontrarnos.

Aceleraron el paso. Hacia la izquierda estaba la carretera, pero juzgaron conveniente permanecer alejados de ella. La lluvia comenzaba a decrecer, pero los relámpagos sucedíanse aún con bastante regularidad.

Al ir a sortear una elevación del terreno, escucharon claramente los ladridos de unos perros.

—¡Han soltado a los sabuesos! —avisó Shendell—. ¡Debemos apresurarnos y poner por medio todo el espacio que sea posible!

—No conseguiríamos nada —repuso Gustavo, deteniéndose para orientarse—. Es más prudente marchar en dirección del río. Allí, en el agua, podremos despistarlos más fácilmente.

Entonces comenzó una carrera desenfrenada por alcanzar la corriente. Los ladridos de los perros que guiaban a los alemanes escuchábanse por momentos más próximos. Afortunadamente, cuando menos lo esperaban, surgió ante ellos la ancha cinta del río. Tenía allí una anchura de doce a quince metros y la obscuridad del bosque que había en la otra orilla, era una promesa de salvación para los fugitivos.

A una señal de Gustavo, entraron en el agua. Braceando vigorosamente se alejaron los tres hombres hacia la orilla opuesta. La corriente en aquella parte era casi nula, por lo que no tuvieron gran dificultad en conseguir su propósito.

Se hallaban ya en tierra firme, cuando advirtieron que sus perseguidores habían alcanzado la corriente de agua. Las voces azuzando a los excitados perros llegaban claramente hasta allí.

Hundiéronse en la espesura del bosque y desviáronse hacia el este.

Poco antes de que amaneciera, agotados por el esfuerzo de aquella noche, llegaban a la vista de la casa donde dejaran a Marta Beauchamps aguardando el regreso de la fracasada expedición.

—Yo me adelantaré para averiguar si todavía siguen ahí —ofrecióse Gustavo.

Los dos americanos quedaron aguardando a cierta distancia. Cerca de quince minutos tardó el holandés en regresar, y cuando lo hizo comunicóles lo que habían temido.

—La casa está vacía —dijo con cierto desencanto—. Los otros debieron volver con las malas noticias, y juzgaron conveniente salir de ella.

En una granja próxima, donde había un granjero de confianza, se informó Gustavo de la vigilancia que habían establecido por todo aquel sector. Sólo había una solución por el momento, y era ir hasta la ciudad y tratar de encontrar a Kleim o a cualquiera de sus amigos.

Cambió Gustavo sus ropas por otras que le facilitó el dueño de la granja, y salió hacia la ciudad. Entretanto, Shendell y su amigo fueron ocultados en el pajar de la casa. Allí podrían descansar hasta el regreso del holandés.

Cuando al atardecer volvió Gustavo, facilitóles la desesperanzadora nueva de que en la ciudad habíase montado un

riguroso servicio de vigilancia, y de que estabase efectuando un importante registro en la casa de Kleim.

—Habrá que buscar el modo de salir cuanto antes de este país —sugirió Hickman, dándose cuenta de la importancia que el factor tiempo estaba adquiriendo en su gestión.

—El utilizar la «línea de escape», a través de Bélgica y Francia, para alcanzar España, supone una pérdida considerable de tiempo y un gran riesgo. Es preciso llegar, pues, a la costa, y conseguir una embarcación que nos lleve a Inglaterra.

Gustavo asintió en silencio. Comprendía la necesidad de aquella salida, y no dudó en ofrecerse, una vez más, a sus eficaces aliados.

IX

Aquella misma noche, los tres fugitivos tuvieron noticia de que Marta Beauchamps y su hermano, acompañados por Kleim y dos hombres de los que tomaron parte en la nocturna expedición de rescate, habían salido para un punto de la costa de Brabante, donde la «dama duende» intentaría ponerlos a salvo de la persecución alemana. Tras un breve conciliábulo, decidieron salir hacia aquel lugar. Sabía Gustavo que podía contar con la colaboración y la ayuda de cuantos compatriotas hallaran en el trayecto.

Sin desperdiciar un minuto más partieron hacia el sur. La marcha hacía con gran lentitud y dando continuos rodeos para evitar la vigilancia que en las últimas horas había intensificado, sin duda alguna para dar con los tres hombres que escaparan de la «tela de araña» de la «Gestapo». Utilizando toda clase de vehículos, incluso lanchas ligeras cuando el medio lo permitía, y después de largas caminatas nocturnas por ocultos senderos apartados de los núcleos habitados, consiguieron al tercer día de su fuga alcanzar la costa, a unos doce kilómetros al oeste de las bocas del Mosa.

Ocultos en una cabaña de pescadores aguardaron Shendell y su compañero a que Gustavo tratara de localizar a sus amigos.

Mediada la tarde, regresó. Venía acompañado de un individuo pobremente vestido, aunque se advertía que se trataba de algún importante elemento de la resistencia.

—¡Hay buenas noticias, amigos! —les dijo el holandés, apenas llegó a su lado—. Acabo de ver a los dos hermanos Beauchamps. Una embarcación de pesca los sacará, de Holanda esta misma noche, para tratar de alcanzar las costas inglesas. Con un poco de suerte, puede hacerse la travesía antes de que salga el sol.

—¿Dónde están ahora? —inquirió Shendell.

—Los han escondido en un caserío que se encuentra a unos cuatro kilómetros de aquí —repuso—. Apenas anochezca, nos

pondremos en marcha para llegar al lugar elegido a tiempo de la partida.

Y, tal como habían convenido, no bien llegó la noche, los tres hombres abandonaron su escondite para reunirse con los dos franceses que intentarían regresar a Inglaterra. Por dos veces tuvieron que apartarse de su camino para evitar el encuentro con las patrullas de vigilancia que recorrían aquel sector.

—Esta noche hay mucho movimiento por aquí —observó el desconocido que llegara en compañía de Gustavo—. Diríase que se han oído algo.

—No sería extraño que hayan conseguido algún indicio de que nos hemos dirigido hacia esta parte —coincidió Gustavo—. Incluso por el mar parecen afanarse en rebuscar como demonios. Habrá que proceder con suma cautela.

Poco más de una hora estuvieron caminando, siguiendo la dirección de la costa. Al cabo, los dos hombres que les guiaban señalaron la masa oscura de unas construcciones.

—Hemos llegado —advirtió Gustavo—. Será mejor que esperéis aquí hasta cerciorarnos de que todo sigue sin novedad.

Marcharon hacia el caserío, y a los pocos minutos estaban de regreso.

—Podemos seguir sin ningún temor —les anunció—. Están aguardándonos ya donde se encuentra la embarcación.

Todavía tuvieron que caminar unos diez minutos más, hasta llegar al lugar previsto. Tratábase de un refugio natural, donde se formaba un pequeño brazo de mar. La silueta de la nave era sólo visible al llegar a muy escasa distancia de ella, y ya entonces habían tropezado con uno de los hombres que cuidaban de la vigilancia.

Unos pasos más, y en la penumbra descubrió Shendell la silueta inconfundible de Marta. La joven, que indudablemente aguardaba su llegada, salió a su encuentro. Shendell cogió sus manos y las estrechó con fuerza.

—Tenía confianza en volverla a ver —le dijo mirándola a los ojos—. Ahora ya puedo decirle que es usted la mujer más valerosa que he conocido.

—¿Pensaba ya igual cuando me obligó a llevarle hasta Haaremond? —preguntó Marta no sin cierta malicia.

—Ya entonces pude admirar el temple que hay en usted —sonrió

—. Ahora me he convencido de que no me equivocaba.

Sin soltar su mano la condujo hasta la embarcación. Entonces descubrió a la «dama duende» entre los que allí se encontraban.

—No se entretengan —advirtió ella al tiempo que le tendía su mano—. De un momento a otro puede aparecer cualquier patrulla y desbaratarlo todo. Una vez en alta mar habrá pasado el peligro.

—Le deseo que tenga toda la suerte que su causa merece —repuso el muchacho—. Ahora ya no dudo que la dirección de este resurgir se encuentra en buenas manos.

Gustavo y Kleim, que también se encontraba allí, despidiéronse de los que iban a partir. Seguidamente, en unión de los dos hermanos Beauchamps, subieron a la embarcación.

Enfilaron el estrecho próximo, avanzando la canoa a fuerza de remos. Dada la vigilancia de aquella zona, resultaba extremadamente peligroso poner el motor en marcha. Sólo podía hacerse uso de él cuando se encontraran ya en alta mar. Afortunadamente, pilotaba la lancha un joven pescador, a quien se había confiado aquella difícil tarea. Él conocía los lugares más seguros, en los cuales eran menos de temer una sorpresa del enemigo.

Dos largas horas duró aquella angustiosa tensión. Dos horas, durante las cuales tuvieron que sortear peligrosos obstáculos y esquivar la vigilancia de las lanchas rápidas de las patrullas costeras.

Para Shendell, el objetivo de su misión en Holanda había experimentado una repentina transformación. Sabía que Jackson y los demás agentes que le precedieron se encontraban prisioneros en Haren. Por consiguiente, el servicio de espionaje que dirigía el mayor Canthrup, comunicaba directamente con los servicios alemanes, a quienes facilitaba cuántos datos precisaban para desbaratar todos los planes que estaban preparando para el asalto al Continente. Ahora sólo ansiaba llegar cuanto antes a su destino y tratar de evitar el daño que el capitán Zierbahn intentaba ocasionar.

Se hallaban ya en alta mar, y el motor de la embarcación funcionaba libremente. Hickman y Beauchamps alternaban en el cuidado del mismo, dirigidos por el holandés, que tenía a su cargo el timón. Shendell se hallaba enfrascado en el estudio de la carta de navegación que le entregara Gustavo antes de partir, cuando sintió

que le tocaban el hombro. Volvióse, y distinguió en la penumbra la figura delicada y esbelta de Marta. Envolvíase en un ligero impermeable de color oscuro, que resaltaba aún más la palidez de su rostro.

—¿Cree que estamos ya a salvo? —le preguntó, sin poder evitar un cierto temblor en la voz.

—No es fácil en esta obscuridad salir en persecución de una lancha pequeña como la nuestra —repuso, tomando una de sus manos y oprimiéndola con fuerza—. Cuando llegue el día, ya estaremos más cerca de las costas de Inglaterra que de las holandesas.

Shendell dobló de nuevo el mapa, y guardólo en uno de sus bolsillos.

—De todos modos, me extraña que no se adviertan señales de haber comenzado la persecución.

El muchacho asintió en silencio. Tras unos segundos que duró aquella pausa, se puso en pie.

—Eso ya me ha preocupado hasta ahora. Tengo la seguridad de que a estas horas conocen nuestra huida, y, posiblemente, con toda clase de detalles. Incluso entre los mismos adictos a la «dama duende», pueden encontrarse confidentes de los alemanes.

—Pero a la distancia en que nos hallamos de Inglaterra, ya no se atreverán a intentarlo.

—Estos hombres surgen, a veces, de donde menos se espera.

Hickman llamó en aquel momento a su compañero, y Shendell acomodó a Marta bajo el pequeño cobertizo que habían improvisado con unas lonas.

Cuando volvió a su lado, se dio cuenta de que la muchacha se había dormido.

Apenas amaneció, pudieron comprobar que la superficie de las aguas aparecía desierta. Ni una sola embarcación era visible a su alrededor. Ello les convenció de que los alemanes desconocían su fuga, o, cuando menos, habían desistido de perseguirlos.

Hallábanse examinando la carta, cuando Beauchamps, que se encontraba de pie junto al mástil, atrajo su atención señalando hacia el norte. Miraron todos en aquella dirección, y pronto distinguieron tres puntos oscuros que se acercaban velozmente.

Tratábase de tres aviones, que llegaban volando a poca altura

sobre el mar.

—¡Son aviones aliados! —exclamó Hickman, más conocedor que sus compañeros de las características de los aparatos.

—Y por la dirección que traen, no cabe duda que acaban de despegar de suelo inglés —coincidió Shendell.

—Tal vez les intrigue nuestra presencia —opinó Beauchamps.

—Si llevan una misión determinada, no se molestarán en investigar los motivos de nuestra presencia en estos parajes.

Los aviones se aproximaban rápidamente, y no tardarían en pasar ligeramente desviados hacia la derecha de la ruta seguida por la lancha, pero con gran sorpresa de sus ocupantes, torcieron a una el rumbo, y se dirigieron hacia ellos.

—¡Son ingleses! —exclamó Hickman—. Ahora ya son visibles los distintivos.

El zumbido de los motores fue aumentando en intensidad. Pasaron por encima de sus cabezas los tres aparatos, y trazaron una amplia curva para dar la vuelta.

—Es extraño —comentó Shendell—. Diríase que quieren cerciorarse de que no somos enemigos.

—Deberíamos enarbolar un trapo blanco —opinó Hickman.

Beauchamps cogió un lienzo, y, colocándose en la punta de proa, comenzó a agitarlo a derecha a izquierda.

El primero de los aviones enfiló la nave, y al llegar a poca distancia inclinóse, perdiendo altura. Inmediatamente tabletearon las ametralladoras, y una lluvia de plomo pasó muy cerca de estribor, trazando en el agua un reguero de espuma.

—¿Se han vuelto locos? —gritó Beauchamps, lívido por la sorpresa de aquella inesperada agresión.

—¡Hay que poner toda la marcha y avanzar en zigzag hasta que se den cuenta de que no somos enemigos! —ordenó Shendell, lanzándose hacia los mandos de la lancha.

Marta asomaba su faz asustada, aún no vencido el sueño del que tan inopinadamente la habían sacado.

—¿Qué ha ocurrido? —inquirió.

Pero su hermano la obligó a tumbarse, aprovechando la protección del saliente donde estaba el motor.

—¡No te muevas de ahí! —le ordenó.

Una segunda ráfaga, disparada por otro de los aviones, alcanzó

la lancha. Shendell aumentó la velocidad hasta el máximo. La proa hendía las aguas, levantando a ambos lados sendos penachos de blanca espuma. Desde su puesto, junto al timón, el holandés trataba de imprimir una ruta irregular y sinuosa con que evitar aquella brusca e insospechada agresión.

El tercero de los aparatos llegaba raudo y a menor altura que los anteriores. Shendell gritó algo, y todos los hombres echáronse sobre cubierta. Tabletearon las ametralladoras, y los impactos mordieron de nuevo la embarcación.

Súbitamente, el motor dejó de ronar y una llamarada brotó de él. Wade Shendell se apercibió antes que los otros del peligro que se cernía sobre ellos, y saltando hacia donde estaba Marta, la apartó de la zona peligrosa.

—¿Hay salvavidas a bordo? —preguntó al holandés.

—¡No hay nada que pueda utilizarse! —contestó aquel hombre, mirando a todas partes como buscando una posibilidad de escape.

—¡No habrá otro remedio que echarse al agua!

Una explosión en el motor conmovió la nave.

Shendell, que se había vuelto hacia la muchacha, sintióse violentamente empujado hacia atrás. Tambaleándose, sintió que perdía el apoyo bajo sus pies, y cayó al agua.

La última visión que tuvo de la lancha fue la de una enorme llamarada envolviéndola, mientras en lo alto los tres aviones británicos revoloteaban como siniestros buitres aguardando su presa.

EPÍLOGO

Ante el barracón que el mayor Canthrup ocupaba en el campamento 56, detúvose un «jeep», del que descendió un individuo vistiendo uniforme de las fuerzas aéreas. Subió los cuatro peldaños de madera, saludó al centinela que había en la puerta, y penetró en el interior. Unos segundos más tarde, entraba en el despacho del mayor.

—¡Buenos días, mayor! —saludó amistosamente—. ¿Hay alguna novedad de los aviadores que salieron en busca de la embarcación?

Canthrup correspondió al saludo del capitán Zierbahn, con el que ya había tenido una minuciosa entrevista unas horas antes.

—No hace ni diez minutos que recibí una comunicación de la base —respondió—. Acababa de regresar el primero de los tres aviones, con el informe de que la lancha había sido incendiada y hundida.

—¡Magnífico! —exclamó Zierbahn, con mal contenida satisfacción—. Confiaba que sus hombres llevarían a cabo esa delicada operación.

—Sin embargo —objetó Canthrup—, no he quedado satisfecho. No veía la necesidad de obrar tan enérgicamente contra unos individuos que pilotaran una frágil lancha.

Zierbahn lo miró, reflejando extrañeza su semblante.

—No olvide que el propio Shendell se lo recomendó en el mensaje de esta madrugada. Sus instrucciones eran tajantes. La lancha debía ser atacada y hundida sin ninguna consideración. Iban en ella elementos peligrosísimos, dispuestos a emprender una audaz operación contra una de las bases navales de la costa oriental de este país. Cuando Shendell lo ha dispuesto así, sus buenas razones habrá tenido. El mensaje se recibió con clave y contrastado con su número de control. No es posible pensar en un error.

—Ya sé, ya sé —repitió Canthrup—. Ello fue lo que me inclinó a

dar esa orden. Solamente me queda esperar a que Shendell venga aquí y nos dé más detalles de lo sucedido.

Zierbahn sonrió enigmáticamente.

—Shendell es un joven inteligente, y sabe muy bien lo que hace. No cabe duda que algún motivo muy grave le indujo a dar ese paso. En las pocas horas que duró mi estancia en Holanda, se me insinuó la posibilidad de que los alemanes realizaran pequeñas incursiones, en apariencia insignificantes, pero que con la ayuda de terribles armas secretas, podían aniquilar el poderío aliado en la Gran Bretaña.

—Me parece una historia sencillamente ridícula.

—Pero que, no obstante, puede ser cierta. Tal vez Shendell tenga mucho que decir en esta cuestión.

—Tal vez sea así. De todos modos, se ha hecho tal como Shendell ha pedido.

Zierbahn estrechó la mano del mayor Canthrup, y salió de allí. El aire de preocupación que llevara a la entrada, parecía haber quedado entre aquellos muros del barracón de madera.

Fue hasta su aposento, y por espacio de dos largas horas estuvo preparando la alocución que aquella misma noche debía dirigir a los holandeses, a través de Radio Orange. En apariencia no era sino una incitación a la resistencia y a la rebelión, lo mismo que tantas otras veces hiciera, pero la disposición de las palabras estaba hecha de acuerdo con cierto método que sólo la sección del servicio de contraespionaje alemán en territorio holandés, podía interpretar en su justo sentido.

Aquella misma noche, el propio Canthrup le acompañó en su automóvil hasta las oficinas de la emisora. Allí se separaron, y Zierbahn entró en el departamento desde el que iba a lanzar al éter su mensaje.

Quince minutos más tarde, cuando ya había terminado, vióse desagradablemente sorprendido al ver que media docena de soldados le esperaban a la puerta, con la orden de conducirlo a presencia del mayor Canthrup.

—¿Qué significa esa broma, mayor? —inquirió, al encontrarse en presencia del jefe aliado.

—Significa, capitán Zierbahn, que acaba de dar fin a sus servicios de información al Estado Mayor enemigo —replicó,

tranquilamente, Canthrup—. Para su buen criterio, debo decirle, además, que su mensaje no ha salido de las cuatro paredes del edificio. Únicamente ha sido registrado por los aparatos grabadores, para ser estudiado detenidamente.

A pesar de su sorpresa, Zierbahn sonrió tranquilamente.

—Espero que no pase de ser una de sus bromas, mayor. De lo contrario, deberé exigir una explicación por hacérseme objeto de tan grave acusación.

—Y yo no tendré ningún inconveniente en dársela —replicó Canthrup—. Ahí la tiene.

Y señaló hacia una puerta lateral que acababa de abrirse. Zierbahn desvió hacia ella la mirada, y al instante su rostro tornóse lívido por la sorpresa y el espanto.

Inmóvil, con el semblante pálido y desencajado, y un brazo en cabestrillo, estaba Wade Shendell. Apenas sus miradas se encontraron, cuando el americano avanzó decidido hacia él.

—¡Éste es el hombre que ha desarticulado todos nuestros servicios en territorio enemigo, y por cuya causa todos los hombres que allí se enviaron cayeron prisioneros de los alemanes! —señaló, mirándolo fijamente—. Sin embargo, el último crimen no ha podido consumarse. Tengo numerosas pruebas contra él y espero que no se tomará siquiera la molestia en intentar desmentirlas.

Zierbahn no hizo nada por defenderse. Desvió la mirada y bajó la cabeza, confundido por tan abrumadora acusación. Los mismos soldados que lo habían conducido hasta allí, sacáronlo de la sala. Entonces, Canthrup fue hasta Shendell y cogióse de su brazo sano.

—Bien, Shendell —le dijo amistosamente—. Ha sido todo tan repentino, que todavía no comprendo lo ocurrido.

Mientras salían del edificio, Wade le contó cuanto acaeciera aquella mañana.

—Afortunadamente —añadió—, uno de los aviones decidió amarrar para recogernos y hacernos prisioneros. Entonces, pude explicar lo que ocurría y pedir que me trajeran a su presencia. Creo que ha sido un golpe de efecto.

—Sin duda alguna, amigo Shendell —sonrió Canthrup—. Y si quiere venir conmigo, me hablará con más detalle de lo que le sucedió en Holanda y de la suerte de Jackson.

—Esta noche he prometido acompañar a cierta persona —sonrió

misteriosamente—. Ha sido un valiente colaborador y merece que... Véala, mayor —añadió, señalando hacia un coche detenido allí cerca—. Está aguardando a que pase a recogerla. Puede, entretanto, pedir a Hickman y a mis dos ayudantes que le informen de cuánto saben.

Canthrup miró hacia donde le señalaba, y vio a una muchacha apoyada en la portezuela del vehículo.

—Ya entiendo —sonrió, comprensivo—. Vaya con ella, y no la haga esperar por más tiempo.

—Gracias, mayor —le dijo—. Ella tiene deseos de ver el Parque de Ressel, y creo que de noche es algo maravilloso.

—Sí, creo que oí decir algo acerca de ese lugar. Espero que se diviertan en él.

Estrecharon sus manos, y Shendell fue al encuentro de Marta.

—Ya han encerrado a Zierbahn —le dijo—. Mañana presentaré mi informe a los jefes del servicio especial. Pero esta noche nos pertenece, y podré llevarte al Parque Ressel. Le hablé de él al mayor Canthrup, y me aseguró que es un lugar delicioso.

—¿Tú le dijiste eso? —preguntóle Marta, asombrada.

—Sí, y no creo que tenga nada de particular. ¿Por qué lo dices?

—¡Oh, Wade! —Echóse a reír Marta—. Yo le hablé del Parque Ressel, porque fue lo primero que se me ocurrió. En realidad, había oído hablar de él, pero ni siquiera sabía dónde se encontraba. Ahora me he enterado de que no está en Londres, sino en Viena.

—¿En Viena?

—Sí. Comprenderás que no es fácil ir allá. ¿Qué habrá pensado de mí el mayor Canthrup?

—¡Bah! —sonrió él, tranquilizándola—. Canthrup es de Baltimore, y estoy seguro de que tampoco sabe que ese parque está en Viena. No habrá vacilado en creer que es un hermoso lugar de Londres.

Marta Beauchamps pareció tranquilizarse.

—Siendo así... De todos modos, no conozco Londres, y no se me ocurre a dónde podremos ir.

—¿Y eso, qué importa? —replicó Shendell, al tiempo de poner el coche en marcha—. Iremos de un sitio a otro, hasta encontrar el lugar que más nos agrade.

—¿Y cuando lo encontremos?

—Entonces te diré que eres la mujer más bonita del mundo. También te diré tres palabras que llevo mucho tiempo deseando decirte. Pero te las diré en tu propio idioma. Suena de un modo tan dulce...

—¿Por qué no las dices ahora, Wade?

Shendell pasó su brazo libre por los hombros de la joven.

—Te quiero, Marta —murmuró a su oído.

Y la atrajo hacia sí, pero la muchacha le contuvo en su ademán.

—¡No, Wade, por Dios! Primero debes parar el coche. No es muy recomendable marchar a tales velocidades.

Obedeció el joven, y cuando el vehículo se hubo detenido, la rodeó entre sus brazos y la besó con fuerza.

Dos horas más tarde, cuando Shendell y Marta regresaban al campamento, tenían la seguridad de que no había tierra más hermosa que la que estaban recorriendo, ni jamás las estrellas habían brillado con la magnificencia y el esplendor que lucían aquella noche. Y, en su interior, repetíase Wade que en su profesión no todas las misiones eran desagradables ni sólo ofrecían como recompensa la satisfacción del deber cumplido. Y la prueba estaba allí, a su lado, en la figura de una linda francesita que le hacía mil extrañas preguntas acerca de Norteamérica y a la que conociera una noche, en la carretera de Haaremond, conduciendo el coche de un jefe alemán y contándole una extraña historia que nunca llegó a creer, pero que siempre recordaría como el principio de la más anhelada felicidad.

FIN

UNO DE LOS SECRETOS MILITA-
RES MAS CELOSAMENTE GUAR-
DADOS DURANTE LA ULTIMA
GUERRA...

y que originó la última gran ofensiva
alemana en el frente de las Ardenas,
es descubierto por primera vez en la
sensacional obra de

A. ROLCEST

titulada

La operación "Greif"

un relato apasionante e inolvidable en
que, junto a episodios dignos de la me-
jor novela de aventuras, el lector asis-
tirá a las más cruentas y decisivas ba-
tallas entre dos de los ejércitos más
poderosos del mundo

¡No olvide este título!

La operación "Greif"

QUE SERA PUBLICADO EN EL
PROXIMO NUMERO DE LA
COLECCION:

SERVICIO SECRETO

